

SUEÑOS EN ROJO  
Y NEGRO



JOSÉ "CHIQUITO" MOYA  
EDUARDO LOPEZ (EDY)

# SUEÑOS EN ROJO Y NEGRO



*A Laurita Ramos, mi compañera.  
Amante y camarada.*



# Índice

Prólogo.....	11
Breve comentario del autor .....	15
Expiaciones.....	17
La sangre tiene que ser roja.....	19
La resurrección.....	63
Una semana que me conmovió bastante .....	85
Juego de retratos .....	107
La dama del Falcon .....	123
Spasky en el tablero .....	137





## Prólogo

Quien aquí cuenta acepta un desafío al más puro estilo de barrio. ¿Cuánto ha que la tierra del mate y la grapa no se aguanta la letra del policial negro? Y el narrador, que desde pibe ha ido al baño e incluso a la cama (en el sentido más varonil posible) con Chandler, Hammett y hasta con el negro Himes, evoca *El Eternauta*, no achica y arremete. Se autobautiza sin falsos pruritos nacionalistas. Se va a llamar Blass, con doble *s*, en las seis historias, que pueden ordenarse a gusto como una novela, y arranca el primer relato.

Ahí tienen, un muerto con sangre y todo, pero no es un charco, es una piletta de cinco metros por lado y dos de profundidad. Si *la sangre tiene que ser roja* a nosotros nos sobra, aunque la mayoría pertenezca, en este caso, “a los que en vida fueran animales, vacas, para ser más exactos”, dirá, por las dudas alguien crea que por las reminiscencias tangueras el drama argentino es puro lamento y no tiene lugar para el sarcasmo. Es que aquí, Blass es un joven de unos dieciocho años, más o menos por 1968, trabaja en la última jerarquía operaria del frigorífico Armour de Berisso, se ha iniciado en el clasismo, es zurdo ¡bah! Y se ve exitosamente involucrado en una compleja operación de vaciamiento empresario, corrupción gubernamental y agitación revolucionaria. No puede detenerse, o no lo dejan; Mr. Raymond, en este caso nombre hartito justificado por la filiación apátrida de la empresa en cuestión, es el capo-gerente para Latinoamérica y lo ha elegido entre miles de obreros posibles; su ambivalente mujer –un despelote, para el decir de época–, también, aunque con otras intenciones. Los hechos tendrán su epílogo en 1982, justo el 30 de marzo, en el microcentro porteño, a dos días de Malvinas, ¿le suena? La nuestra es una *sociedad carnicera*, opina un personaje de otro de los cuentos, haciendo gala de una polisemia que, entre varios sentidos, refiere nuestras debilidades gastronómicas, y uno siente marcada a fuego la huella de los clásicos,

como si sintiera el Smith and Wesson del 38 pesando en el bolsillo; ahora, si es por armas, en estas páginas se juntan como para hacer dulce de todos los calibres. También, fiel a la ortodoxia, Blass va a sobrevivir, probablemente sólo por el hecho de que muchos lo hicieron. Y seguramente porque tenemos que encontrarlo, promocionado al grado de obrero metalúrgico, por abril de 1975 en Villa Constitución, ciudad cercana a la gangsteril Rosario de Chicho Grande y Chicho Chico. ¿La recuerda? No digo a los émulos litorales de Capone, sino a la ciudad fabril asolada por la violencia de López Rega. Grave episodio del personaje que, no obstante, permanecerá, contratado ahora en FORJA, un taller de la calle Ovidio Lagos. Pero ya es 1977, plena dictadura, y Rosario tendrá una insólita semana insurrecta con nuestro héroe como protagonista; ésta no la busque en su memoria, hasta aquí no estaba registrada.

Sí, dirá usted ¿y la compulsión con los tópicos americanos? Bien, si el tema son los matones a sueldo o los “roperos de cabaret”, le respondo con la triple AAA, y ni qué decir de lo que vino después. Si es por autos, al Chrysler azul o al Plymouth acerado los corro con un enjambre de Falcons; especialmente uno verde, con el que el protagonista sufre una especie de síndrome de Estocolmo en el relato *La dama del Falcon*. En *Spasky*, otra de las historias, ya en el 2000 pos menemista, Blass, tras las huellas de un amigo desaparecido, va encontrando el rastro de sus propios sueños. En ese rubro, el de los secuestros y sus consecuencias, el policial vernáculo está directamente pasado de categoría. Al fin, si en el policial negro clásico la justicia es siempre insuficiente, en estas latitudes no llega nunca; damos vuelta la página a puro efecto de máscaras y olvido.

En ese duelo criollo con Marlowe, Spade o Sepulturero Jones, a Blass lo persiguen, lo interrogan, lo revientan a piñas, lo torturan, pasa jornadas en prisión o lo seducen mujeres de esas por las que cada lector estaría dispuesto a pasar el mismo calvario. Compartirá con ellos un concepto, una actitud. Por encima del pesimismo aparente enfrentan la frustración con una huida siempre hacia delante, a toda acción, con ritmo y tozudez. Algo así como un optimismo del hacer.

Parece que alguna vez Raymond Chandler dijo que sus héroes se distinguían porque estaban más preocupados por corregir los errores de la sociedad que por resolver los crímenes. El personaje de los *Sueños en rojo y negro* apuesta más fuerte y sueña precisamente con cambiarla. Su destino es esa aventura eterna. Como en toda aventura que se precie hay poesía, humor, intriga romántica y política, filosofía, discusión ética ¿habría que decir a la antigua?

La provocativa pregunta del principio queda contestada con retruco. El lenguaje del arrabal no solo logra sostener el canon de la serie negra y su denuncia de la impiedad social; expone, además, los misterios no tan complejos de una criminología de clase.

Daría la impresión de que no es la vida vista a través de un género, sino que ella hace el género. En especial ciertas vidas. Hay aquí otra semejanza con los antepasados del gran país del Norte. Aquellos detectives eran quijotes incomprendidos que atravesaban una sociedad conformada por una minoría complotada y una mayoría indiferente; lo hacían desconfiando, en primer lugar, de sus propias convicciones. Blass no es detective, pero tiene vocación de redentor; vive con algo de placer la soledad de quien se piensa conocedor del enigma, pero logra salir de ese vértigo de certezas cuando sospecha de sí mismo.

Tal vez esta clave, la de la serie negra, sea la única forma de contar retazos de estos cuarenta años de historia nacional, de incorporar voces nostálgicas y críticas, más conectadas con los orígenes de los movimientos sociales de principios de siglo, lo que genéricamente podría nombrarse como el clasismo revolucionario, de izquierdas o "trosko". Voces de la resistencia acalladas por otras igual de dignas, pero más oficiales y absolutamente dominantes del discurso, las del peronismo.

Es válida aquí una digresión: los géneros, cuanto más ficcionales, cuanto más disparados en el infinito de la imaginación, suelen ser percibidos como remando en el último pelotón del pensamiento cierto, y sin embargo es el lenguaje rebelde, el que se niega a argumentar y no se siente obligado a convencer; el que releva la experiencia humana contradictoria, sensible y caótica.

Los relatos, originados en un desafío, proponen otro: transitar el enigma del presente con el código de la serie negra, el de la aventura de sospechar y de reírse de nuestras propias certezas. Después de todo, el género nos debe ser ahora más próximo porque el crimen, la injusticia, la impunidad, también se deben haber globalizado.

**Eduardo López**



## Breve comentario del autor

Este comentario –no por breve esclarecedor– es toda una paradoja. Lo que a la vista del lector aparece como “primeras palabras” son, en realidad, las últimas. Si estuviesen donde debieran, difícilmente serían leídas. Es una cuestión de perspectiva.

Sí, es casi una imposición. Van adelante como el envoltorio que uno debe rasgar para ver el contenido de la cosa.

Es un riesgo. Pueden desalentar al probable lector presentando un producto que no es el que busca.

Otro riesgo es que estas “primeras palabras” no sean lo que el autor desea, que no surjan como producto de la obra, ni sirvan para explicarla. Ni sirvan para nada. Una excusa. Inútil.

Sin embargo, estas palabras me sirven a mí, ahora, para ofrecerles las notas que siguen, que son un auténtico pedazo de mi vida.

Hay, sin empero, un problema: más o menos la mitad de lo que sigue es cierto; la otra mitad, no. Para colmo, no hay fronteras entre ambos territorios.

Cuando digo “cierto” digo realmente sucedido, con días, pelos y señales. Y personajes no necesariamente disimulados. Pero todos sabemos las limitaciones de lo que es “cierto” para una persona según el momento en que lo diga. Con esto, la porción fidedigna de la cosa viene renqueando.

Por otro lado la mitad ficcional puede no serlo tanto. Siempre nos sorprende lo detrás que va la ficción respecto de la así llamada realidad. Menudo problema éste de establecer las potencialidades certeras de lo ficcional.

Y con esto otro, el segundo ingrediente también pierde su pretendida identidad. Es del todo previsible que, además, uno mute en el otro. Quizás sea un estado de necesidad.

Realidad y ficción. En la militancia revolucionaria, estos dos compuestos eran tan inseparables que pretender escindirlos signi-

ficaba matar indistintamente a uno de los dos. O a los dos. ¿Se podía luchar sin una dosis de fantasía? ¿Se podía *crear* aunque más no sea una línea sin que ésta se infectara del delirio de ese mundo?

Hemos sido egoístas con la excusa de que ello nos protegía la vida. Pero fuimos dejando pedazos de nosotros y a nosotros enteros, en el camino. No es un *nosotros* muy nosotros. Fallan las gramáticas. Es el *nosotros* de un pueblo que a veces ni conocíamos.

¿Cuánto de esta gigantesca ficción en movimiento los afectó a Ellos? ¿Habrán cedido aunque sea un sólo paso?

Como ven, la cosa se complicó. Conviene dejar acá. Y que el audaz lector, si así lo desea, intente la operación de despejar lo despejable.

Con el título tuve un problemón. Me pareció que debía aludir a esta verdadera ambigüedad, pero fracasé. Concluí que nombrarlo era recortarlo y desaparecerlo. Así que preferí refugiarme en la anécdota cierta de buscar una especie de género *negro* local. El otro color –el rojo– se impuso por su cuenta. Y lo de sueños, bueno, eso está impuesto desde el principio. Y espero que siga así.

## Expiaciones

La culpa original fue de Edy. Fue él quien disparó la primera idea de esta serie fantástica que ahora me tiene atrapado. Me dijo “Tienes que probar con la novela negra”. Aclaración: seguramente me dijo “tenés”. Lo americanicé en mi traducción española por una cuestión de clima. Puede ser un virus cultural. Edy habla bien, me gusta escucharlo. Es amigo de ideas y culto en el pensar. Y tiene el nombre apropiado para el género, además.

Edy dispara de nuevo: “Hazlo, será divertido”.

Nos quedamos parados en la vereda esperando que el tránsito se evaporara. Quiero crear una nueva expresión para estas latitudes, que sea remedo de “lo que mata es la humedad” tan porteña. Lo único que me sale es “lo que revienta es el viento”. Estamos en Neuquén, después de todo. Y cualquier alusión a la novela negra exige una sobredosis de contextualización extrapolada. ¿Pero por qué extrapolada?

En eso me quedo pensando, ya solo, después de varios días. La idea me interesó, pero tardé un poco en llevarla al papel. A lo mejor acá está la clave.

Discutíamos si un “negro” era posible en cualquier escenario o si un género nace y muere dentro de un ámbito que es parte propia del género. No me imagino a un sioux correteando entre las bardas, aunque los hermanos mapuches puedan usar eventualmente un Winchester 44-40. O a Sam Spade buscando algún indicio entre los canales de las chacras de Cipolletti. ¿El Bronx es todas las ciudades y son aquellos negros todas las franjas sociales que van desde los trabajadores a los lumpenes?

Quizás el “negro” sea sólo un swing, un compás. Para probarlo, paso frente a mi pecera y le espeto a los pececitos que recién despiertan: “No fue tan dura la noche, ¿o sí?”. No me contestan nada. Lo negro está en mí.

Miro lo de arriba ¿Por qué habré involucrado a Edy? Dije que puede ser por lo apropiado del nombre. Por el swing.

Tengo que buscar un nombre para mí. ¡Espectacular! un acto de bautismo. Otro más. Me voy a llamar Blass. Suena bien, es corto, místico, y lo puedo escribir con una sola mano en el teclado. Qué más se puede pedir de un nombre con el que vamos a morir.

Sí, ya sé. Recién ahora lo sé, cuando lo veo escrito: muerte. Lo negro va asociado con la muerte. Claro que no cualquier muerte. No la de San Martín exiliado y en su cama. No la de un soldado argentino en Malvinas. No la de un obrero de la construcción que cae en la represa. La muerte en lo negro no es la cualidad, el accidente, la muerte es el sujeto.

Pero entonces, Edy, nosotros los argentinos sobrevivientes del Proceso, ¿deberíamos ser campeones mundiales de la novela negra?

–Lo somos, Blass.

–Con sólo contar bien un pedazo cualquiera de nuestra vida real pondríamos histéricos de envidia a Chandler, Ross Mac Donald y cía.

–Tú lo has dicho, Blass, pero al escribirlo, la ficción debe ser superior a la historia.

–¿Para qué complicarnos, Edy?

–Porque vivimos en la Argentina, Blass, y aquí los monstruos siguen vivos.

Me pregunto por qué tardé una semana en llegar aquí. Ahora sé que ese pequeño lapso no fue para tomar impulso o madurar una idea en el estricto campo de la literatura. Fue para formular toda una confesión, dirigida en primer lugar a mí mismo. Después, al paciente lector, claro.



## La sangre tiene que ser roja

El tipo estaba flotando panza abajo en medio de la sangre. No sólo de la suya, claro. La sangre llenaba una pileta gigante –de unos cinco metros por lado y dos de profundidad– que no estaba azulejada. Pertenecía a los que en vida fueran animales, vacas, para ser más exactos. Y el que flotaba, mostrando los hombros y la cerviz, debería ser el capataz, por el cuello de toro, valga la redundancia.

El casco reglamentario estaría en el fondo.

Alimentaban esa pileta infernal unos chorros de sangre mezclada con agua caliente que bajaban bombeados desde la *playa* o lugar de matanza de los animales, un piso más arriba. El vaho soporífero resultaba lógico, como en el resto del frigorífico Swift-Armour de Berisso al que pertenecía.

Cerraba el espectáculo una especie de puente que atravesaba la batea de lado a lado, donde un operario con una espumadera gigantesca, intentaba pescar aquí y allá pedazos de oreja, cuernos y pezuñas, o restos de recortes de cuero con grasa fresca. La idea era que no se tapara la bomba de succión que mandaba esa sangre a cocinarse en la grasería ubicada en otro edificio cercano. Si tuviéramos que hacer la historia de la morcilla, es allí donde tendríamos que comenzar la investigación.

Bueno, el operario que al principio quiere evitar las salpicaduras y finalmente se entrega sin condiciones, inclinado peligrosamente, apura un montículo de sangre a punto de coagularse para que siga el curso natural de las cosas.

Ese operario soy yo, Blass, y tengo para esa fecha dieciocho años. Claro que estoy castigado en ese puesto de trabajo. Ahora, si protestás te despiden; en Berisso del 66, en el Armour, te mandaban a la batea de la sangre. Pero hay lugares peores.

Siempre dije que al tipo no lo había visto enseguida. Aunque esa versión no me la creyó ni la policía ni nadie. No pude argumentar lo

de los walkman porque en esa época no existían. Pero sí recuerdo que esa mañana no me podía sacar de la cabeza a Eleonor Rigby. Además, lo que aparecía de él era menos que lo de los icebergs de los famosos ejemplos. Sería por la gordura del hombre. Tarde o temprano me iba a tapar la bomba de succión y por eso podían sancionarme. Así que, justo cuando iba a pegar el grito, apareció otro capataz que rápidamente observó la novedad.

–Jesús, María y José, dijo en alusión a la religión de la que sería devoto. Y me miró espantado.

Yo giré –tuve la precaución de estar de espaldas al fenómeno– y también largué un alarido que me asustó a mí mismo.

En pocos minutos la batea se rodeó de gente vestida de blanco. Parecía un hospital. Todos miraban abajo, a un punto que se desplazaba muy a su pesar. Yo con el cucharón quería pescarlo sin éxito. La sangre seguía cayendo a borbotones salpicando a los presentes. Aunque pararan la matanza, la sangre de ambas vertientes que estaba en viaje seguiría su destino fatal. En la batea se produciría la simbiosis. No habría problemas, el capataz tendría todas sus vacunas. Además, ¿quién se va a tomar el trabajo de discriminar glóbulo por glóbulo?

El segundo capataz apareció con un par de serenos que eran la vigilancia interna del establecimiento. Entre los tres me retiraron de mi puesto de trabajo con una actitud que iba del consuelo a la acusación.

Me contaron que al hombre –que efectivamente era el capataz general de la sección “Menudencias de Novillos”– lo sacaron atrápando por sus ropas con un guinche desproporcionado. Esa parte debió de ser interesante pero me la perdí. Estaba más muerto que una media res. Ah, ¡me olvidaba! De la espalda sobresalía el mango de un cuchillo de carnicero de seis pulgadas. Es de presumir que la punta habría aparecido por la parte del pecho. Pero eso pertenece al secreto de sumario.

Edad. Domicilio. Profesión. Edad. Domicilio. Profesión. Por ahí a alguno se le escapaba ¿Ideas políticas? Y de vuelta: edad, domicilio, profesión. Como si tuvieran cuerda.

Yo les pregunté que si conmigo tardaban más de un día, cuándo iban a terminar de interrogar a los otros seis mil compañeros. Por eso me tacharon de intelectual y, ya se sabe, fue peor.

El más piola fue el sargento ayudante Lagos, ex obrero del frigorífico, que en medio de un descanso me acercó un cigarrillo y una coca. Me dijo:

–Lárgalo, Blass. Sé que el tipo era un gusano y se lo tenía merecido. Ni la familia lo va a llorar. Pero los papeles tienen que cerrar.

–¿Los papeles?

–Claro, acá lo que vale es el trámite. Y que no se corra la bola que el tipo terminó nadando en la pileta de los chacinados. Sabés cómo es de prejuiciosa la Empresa con la propaganda de sus productos.

–A mí me parece que el tipo se suicidó.

–Acá vendría la parte en que yo te informo que el occiso, además, tenía un hermoso *knife* de carnicero que desde la espalda le apareció por la tetilla izquierda, a lo que vos respondés con cara de auténtica sorpresa. Demasiado complicado para ser suicidio. Por otro lado, nadie elige para suicidarse semejante lugar. Sería como matarse dos veces.

–En eso último tenés razón. El lugar más apropiado para una muerte o para un suicidio son las cámaras frías. Muerte sin dolor.

–Veo que has barajado planes alternativos, Blass.

–Imposible no pensar en la muerte trabajando en el Armour.

El tipo había ingerido al menos dos litros de mal vino. Todos sabíamos que tomaba vino como por venganza. Hay que imaginárselo antes de las diez de la mañana, hora de los acontecimientos descritos. Hay que imaginárselo tambaleante, persiguiendo a una chica que pudo haber sido mi chica, a la hora de acercarme el mate cocido. Ella, saludada por el repiqueteo cómplice de los cuchillos golpeados por el lomo contra los caños musicales de mis compañeros de trabajo. Sorteando charcos pútridos y máquinas inverosímiles. ¡Hela aquí, como una aparición súbita y palpitante!

El capataz sentado en su oficina, eructando cirrosis, la puede ver de lejos. Se pasa las manos por el pelo para aplastarlo y después calzarse el casco también pringoso. Con los dedos –no tiene espejo disponible– calcula la crecida de su barba. Por asociación recuerda que el día siguiente es sábado. Y él estará solo. O debiera estarlo. Y esa cervatilla corretea detrás de ese mocoso comunista. Sale de la oficina. Parece Moisés, a su paso todo se abre. La gente redobla su trabajo o comienza a hacerlo. Ríe y palpa sus “knaifes” colgados de la cintura en su funda de madera. No los lleva sólo para demostrar autoridad. Es, o ha sido, un carnicero excelente.

Pero no alcanza a interceptarla. Ella dejó su tazón de mate cocido, probablemente una sonrisa y una palabra pícaro, y se ha ido. Su perfume fractura el ambiente del frigorífico.

El pibe rema, abajo, castigado. Irá a negociar con él. No parece ser lo adecuado. Pero uno nunca sabe. La vida te da sorpresas.

*¿Cómo vamos, Edy? De negro no tiene mucho. ¿O sí? Puede ser un simple accidente. Me dirás que el negro tiene que tener algo de suspenso, y que eso es lo que opera sobre la denuncia social. ¿Denuncia? Descripción. Voy a intentarlo.*

El tipo despreciable se acerca y me dice que tenemos que tratar algo importante pero fuera del establecimiento. Yo me limpio un coágulo de la frente perlada de sudor y digo ¿por qué no? Nos citamos esa noche en su casilla frente al canal.

Resultó ser una casilla prefabricada de madera y chapa, pero no de las de la generación del sesenta, las Tarzán tan populares. Esta era de factura anterior, como del treinta. A cuatro aguas por inspiración eslava. Su ligero peldaño social superior consistía en ser una casilla individual. Y es que a ambos costados y por toda la cuadra pululaban los conventillos de madera de uno o dos pisos, sostenidos entre sí, con tablas desvencijadas y hermanados en el color uniforme que dan la pobreza, el abandono y la maldita humedad del río. Quizás sea una suerte que Quinquela haya vivido en La Boca. Esto no puede inspirar a ningún pintor.

Las totoras nocturnas y la supuesta alegría en el cantar de las ranas no volcaban la situación a favor. Las veredas y las calles eran intransitables y agresivas.

De vez en cuando aparecía un pequeño comercio chato y mal iluminado. Podrían vender vino chinche de la costa, o algún producto importado de contrabando, obtenido por una dudosa transacción con los marineros ingleses borrachos hasta la envidia.

Encontré la casilla enseguida. Tenía una cabeza de ganado, con guampas y todo, colgada en el frente. ¿Por qué esa imagen poco delicada tiene que ser exclusivamente texana?

Pasé por debajo de la cabeza y me enfrenté al tipo que me estaba esperando, como no podía ser de otra manera, con un vaso de vino tinto en la mano. No sabía por qué estaba allí. Pero sí sabía que no podía estar en otro lado.

El tipo era grande, como de cuarenta; yo, un chico. El hombre, capataz; yo, operario. Enorme contra flacucho. ¿De qué podríamos hablar? Me hizo pasar a una estancia con apenas una mesa pelada y dos sillas mal entrazadas. Parecía como de interrogatorio. Y

lo era. En las paredes no había nada. Excepto en una en la que colgaba un retrato que de lejos parecía el de Bakunin. Puse cara de reconocerlo, pero de no creerlo.

–¿Sabés de quién es este retrato?

–Me lo regaló mi abuelo. En la pared queda bien. Era un ruso medio loco. Quiero que seas parte de la banda.

–Ya soy parte de la banda. Sea como sea, ¿qué programa político tienen?

–Sacarle toda la guita al Armour. Necesito a un pibe duro, audaz y con pocos escrúpulos. Ya estamos en la etapa del camión. Robar menos es un grave error.

–¿Y esa mercadería iría a parar a la Villa Miseria?

–Está bien que tenga arreglos con los muchachos de la zurda, pero ¿vos me ves pinta de boludo?

–Supongo que el simple hecho de escuchar la propuesta me hace cómplice.

–La Empresa ya te tiene fichado por comunista. No te echaron todavía para darte tiempo de que formes el semillero y les marqués a los candidatos al Ejército Rojo. O sea que a vos te tendría que dar igual. Además, nos une la lucha contra la compañía.

–Si digo que esto me huele mal puede ser interpretado como una tautología. Así que vayamos al plan operativo, que le llaman.

El plan era tan simple que daba asco. El área controlada era la carga y descarga de lanchas y camiones. O sea el territorio que iba desde la salida de las cámaras hasta el transporte propiamente dicho. El arte consistía en apoyarse en la certeza burocrática de que nadie iba a interesarse realmente en qué era lo que pasaba en la sección de al lado. Los estibadores no iban en nada. El jefe de la operación no era Robin Hood. Pero por las dudas se cubría tirándoles unos mangos por abajo. Los serenos, tanto de la playa de embarque como los de las cámaras frías, firmaban todo papel que flotara a cuarenta centímetros de sus narices.

No conviene preguntar cómo se producía la “conversión”. Calculo que el tipo tendría toda una red montada afuera. Le iría bien, la Argentina es un país con una gran cultura carnicera. Yo hacía las veces de supervisor y cambiaba las etiquetas de la merca que estaba en las cámaras. Ni sé qué decían porque todo estaba en inglés, lindo idioma. Sólo “trabajábamos” de noche, de donde se deduce que ese ámbito no es sólo para dormir.

Un día le pregunté al tipo si los de la Empresa eran tan nabos, porque aun haciendo todo el esfuerzo a nuestro favor respecto de

la audacia e inteligencia de la operación, actitud típica de la adolescencia tardía, no podía dejar de ver que todo era demasiado escandaloso. Lo nuestro ya era rutinario y nada poético. Me miró como para mandarme al diablo, pero en cambio le salió:

–Son las contradicciones del capital, vos deberías saberlo.

–Pero de este choreo saben hasta las vacas de los corrales. Más que de contradicción tiene pinta de cargada.

–Menos pregunta Dios y tampoco perdona. Vos metele para adelante.

No me convenció. Pero me quedé tranquilo recordando que vivía en los sesenta.

No debió sorprenderme verlo a Mr. Raymond, la semana después, en horas de la madrugada, emergiendo de la cámara fría, envuelto como un beduino en invierno. Mr. Raymond era el ejecutivo de mayor rango al sur del Río Grande. Para la mayoría de los obreros era el dueño derecho viejo. Lo adiviné unos metros antes por la cojera, pero hubiera sido inútil dar la alarma. La excesiva legalidad nos había hecho bajar la guardia.

Para mi estupor, Mr. Ray y el capataz se encerraron en una cabinita del puerto. A los quince minutos el jefe se fue nuevamente convertido en Mr. Ray, con el bigote descongelado y una carpeta en la mano.

A la pasada el rengo me suelta: “Esto es como el juego de las cajas chinas. Usted, por las dudas, no renuncie a sus ideales”.

El día antes del que eligió el capataz para nadar en la batea de la sangre, se estaba preparando el embarque del siglo. Me tendría que haber avivado antes, porque una de las cámaras con más movimiento y con capacidad para quinientas toneladas estaba misteriosamente inhabilitada por mantenimiento. Imposible. Con un poco de imaginación tendría que haber sacado la conclusión de que algo se estaba preparando. Lo que me llevó a meditar sobre mi rol en toda esa sanata. ¿Qué era yo? ¿Qué pito tocaba, realmente? ¿El tipo me había elegido por la pinta?

Me dije: “Blass, debés usar todo el poder del intelecto del que se dice que estás en posesión. Apelemos a la lógica formal. Definición aristotélica, por género próximo y diferencia específica: ¿Qué tengo yo que los demás no tengan? (segundos de reflexión). Sonamos, estos ñatos me están tendiendo una trampa”.

Feliz con el descubrimiento me meto en la covacha del tipo; y en su escritorio, entre un montón de facturas, gráficos y estadísti-

cas de accidentes, me encuentro con un panfleto mimeografiado, todavía con la tinta fresca. En la parte superior, con letras manuscritas bastante irregulares, decía: "El que roba a otro ladrón..."; puntos suspensivos sugerentes. El que lo pensó se rompió el bocho. Pero no sé por qué la alusión se me hacía, aparte de familiar, reciente. Leí el contenido, si se le podía llamar así. Era un bando anarquista, o pretendía serlo, pero estábamos en los sesenta y con suerte llegaba al rango menor de guerrillero. Terminaba con una referencia directa a las Villas Miseria; devolución al pueblo, justicia popular, etcétera. Un tango con bronce. Firmado: *La nueva venganza*. Pero lo que disparó al corazón fue la fecha: era del día siguiente.

No sé por qué me imaginé la tapa del diario *El Día* con mi foto en primera plana y con el cartelito abajo. Ese que no hace falta leer para saber que uno está del todo en cana.

El día D arrancó tranquilo. Habíamos quedado en que yo remara en la sangre para establecer ante la tribuna que el capanga y yo nos odiábamos. (También podía ser interpretado que yo tenía sobrados motivos para odiar al tipo) Lo más probable era que sí nos odiáramos. Ese día también caí en la cuenta de que al susodicho lo desvelaba el perfume de Mary, mi chica. El perfume y lo que andaba debajo. Era una jornada de revelaciones.

El capataz se acercó discreto con las manos en los bolsillos del guardapolvo pringoso. Estaba raro. Me dijo, de lejos:

-Vine a despedirme (en eso no se equivocó). El caldo se puso espeso. Hay vigilantes por todos lados. Creo que Ray me quiere cagar.

La alusión a la trampa debió hacerme sonreír. Pero lo único que hice fue parar de espumar el verdadero caldo rojo y mirarlo con aire de sordo. Con el rabillo del ojo vi a Mary salir de la sección.

Repetía la frase como sin terminar de entenderla, y yo me corría hacia el extremo más alejado del puentecito. Cuando el tipo pisó el puente le solté la frase de manual: "Espero que te pudras en el infierno".

Calculo que nunca entendió qué estaba pasando, porque el siguiente paso que dio coincidió con la parte prematuramente podrida de la madera del puente que tendría que haber sido de acero inoxidable, como indican las normas de seguridad e higiene. Sus cien kilos largos aprovecharon para tomarse revancha.

Los que estaban cerca del sector deben de haber visto cómo me agachaba y permanecía así por espacio de unos minutos. Habrá

parecido que buscaba mis cigarrillos en un bolso que siempre tenía a mano. Permanecí allí abstraído un buen rato pensando en cosas de la vida y la muerte. No tenía sentido apresurarse. Después de todo, la sangre que había ahí adentro, estrictamente, ya era cosa muerta.

El sargento Lagos, ex operario del Armour, entre pucho y pucho me había preguntado algo de un embarque.

–Blass, en este punto hasta Mr. Raymond se hace el otario. ¿Qué tenía que ver el finado con la evaporación de veinte toneladas mensuales de cortes especiales?

–La carne es débil, sargento. Eso en Berisso es *vox populi*.

–¿Y el volante expropiador?

–Yo estoy con lo de las masas. Va a tener que hacer un curso tan básico como urgente, mi sargento.

Cuando ya me estaban soltando, un oficial me mostró de sope-tón –como marca el reglamento– un retrato conocido, que supo colgar, solitario, en la pieza del occiso.

–¿Quién es este hombre?– me dijo acercando su mugrosa y grisienta cara de bife a la plancha.

–Digamos que cien años atrás no hubiera hecho esa pregunta.

Fue lo único que heredé del tipo, el retrato de Bakunin. La Policía –acostumbrada a la práctica del choreo de evidencias– me lo concedió.

Fin

*Corrección. Debió haber sido el fin. ¿El fin? ¿O sea el objetivo?*

*–Oye, Blass, te estás enredando en las palabras.*

*–En un sentido, fue sólo el comienzo. Porque de ese frigorífico, en el que efectivamente estuve trabajando desde el sesenta y seis hasta el sesenta y nueve, me fui voluntariamente. Libre de culpas y cargos y con el retrato de Bakunin en la maleta, medio disimulado entre los de Marx y Engels y varios miembros del primer C.C. del Partido Bolchevique, que por aquellos años sí tratábamos de entender. Sea como sea, hace falta seguir con esta historia hasta que alguien surja claramente como el vencedor.*

*–Hay una cosa que no me cierra del todo, Edy, es lo que en teoría podríamos llamar la ley de los caminos yuxtapuestos. La otra posibilidad es que en aquellas épocas yo consumiera más negro de lo que realmente recuerdo.*

*–Déjalo así, Blass; lo que pasó, pasó.*



- Pero tengo que elucidar por qué. Si pudo haber cambiado.
- La historia, Blass, es un invento capitalista.
- No tengo más remedio que volver un poco atrás, si se me permite el anacronismo.
- Se hace camino al andar.

Me bajé del tren semidormido. Estaba en Gonett por primera vez. Era curioso verificar la enorme diferencia que da la perspectiva de “estar” en la estación, o “pasar” por la estación. Particularmente la de Gonett, probablemente la zona más bacana de la región. Era tal la opulencia que nadie parecía darse cuenta de que estábamos en invierno.

Las mansiones estaban lo suficientemente espaciadas entre una y otra como para que se pudiera hacer entre ellas una buena canchita de fútbol. Hubiera sido inútil, esa gente está ubicada del rugby para arriba.

Quise perderme en esas calles ligeramente irregulares, de una imperfección fríamente calculada, pero no pude. Sin guiarme por el planito que me habían dejado misteriosamente en mi casillero de la fábrica, llegué casi abruptamente al viejo chalet de Mr. Raymond.

Más que una casa parecía una pequeña ciudadela. Lo más parecido para mí a una estructura medieval. No por su composición arquitectónica con un aire marcadamente inglés, sino por su distancia. Los muros estaban pensados para que ningún adolescente estampara ningún graffitti en ellos.

El detalle del estacionamiento estaba mal resuelto. Los lujosos coches aparecían desparramados en un insinuante prado perfectamente rasurado.

El collage del estacionamiento no alcanzaba a disimular la falta de perspectiva de aquel arquitecto. Uno puede suponer que por aquellas lejanas décadas no se había pensado en la imperiosa necesidad de ganarle algo al tiempo. En los treinta el tiempo era de ellos.

Entré sin pedir permiso. La gente vestía de un “sport” insoportable. En los hombres se notaba la ausencia del *oxford* y la gomiña tardía a cambio de nada. En las mujeres era distinto, porque en cualquier época la ropa es un epifenómeno. Yo me entiendo.

La única piba con blue-jean se me pegó enseguida. Sería por la atracción de mis vaqueros que gozaban de varias semanas de uso ininterrumpido.

La mujer no lo era solo de la cintura para abajo. Tenía el cabello suelto como recién lavado, miel, bucles infantiles en los ojos atrayentes, también miel pero exageradamente inteligentes. Hubieran roto el equilibrio a no ser por los hombros nunca insinuados pero inevitables a la hora de hacer el resto del inventario. Todo esto en pocos segundos y por el rabillo de mi ojo derecho, mi mejor perfil.

–Vos sos Blass.

–Si te digo que en realidad soy San Blass, vos deberías deducir...

–... Que soy un angelito –se sonrió pensativamente– lo que te ubica en el género machista ortodoxo.

–En algo trato de ser ortodoxo, pero no viene al caso. La pregunta sería si se puede ser *parcialmente* ortodoxo.

La perdí en ese momento. Estaba preocupado por recibir instrucciones. O sea que sólo concebía mi presencia allí a fin de recibir instrucciones, para después salir precipitadamente a cumplirlas. El ambiente inspiraba únicamente esto último.

Me perdí medio a propósito en el interior de la mansión. En las habitaciones demasiado espaciosas chocaba el aire circunspecto que emanaba de cuadros al óleo y tapices vagamente orientales, con el avance de nuevas generaciones de inoxidable y acrílico.

No había mucha gente. Esta gente no es mucha casi nunca. Tampoco adivinaba dónde estaba el asado.

Me enfrenté con Mr. Raymond justo en el salón de billar. En ese preciso momento Mr. Ray recogía del paño una interesante cantidad de billetes arrojados al acaso. El otro, en mangas de camisa y con un toscano en la boca, que no alcanzaba a ponerlo fuera del “status”, maldecía más que convencionalmente. El toscano multiplicaba las maldiciones. Se habría pasado la palabra revancha. Mr. Ray se anticipó.

–La revancha, Sr. Minucci, no es de caballeros. Altera el curso natural de la vida, que como se sabe *no* da revancha. Dejemos que el joven exponga su idea –dijo, dando casi un paso de baile a un costado.

Elegí un taco que me pareció más o menos balanceado y dije, colocando las tres bolas en su lugar:

–La lisa es mía, la del punto suya, vamos a tres rayas y no vale *massé*.

Los dos se sonrieron a la vez. La del tano no era para nada paternalista. Pensaría que *su revancha* era verme perder.

Mr. Ray hizo gala de una tacada interesante, casi una raya, pero así y todo lucía desconcentrado. Lo interpreté como una oportunidad y sin reparar en efectos indeseables me jugué con todo.

En el billar hay dos clases de tipos y sólo dos clases. Están los *caramboleros*, que le pegan siempre fuerte para hacerla y que el mundo se venga abajo, y están los que juegan *para el golpe*, o sea los que hacen las carambolas pero siempre privilegiando la que queda, *cómo* queda armado para el próximo tiro, que de esa forma se transforma en lo más importante del juego. Es más importante la que no se ve que la que está presente. Estos tipos son un poema. Pero los otros representan la aventura del presente. Escandalosos, pero generando envidia. Dos culturas opuestas, dos psicologías.

Yo había aprendido de un campeón el segundo estilo, sin pensar en que el billar será siempre un juego que se parece a una novela policial. Buena o mala.

Bueno, al viejo le gané por lejos. La última bola, cuando ya había superado ampliamente las cuatro rayas, la tiré a errar para no quedar como un pedante. Creo que Mr. Ray apreció el gesto, aunque sería difícil jurarlo.

–Esto es lo que pienso de la revancha –dije, sin arrepentirme de lo que acababa de hacer.

El viejo destornilló su taco cuidadosamente, como si dentro hubiese un detonante. Quizás lo hubiera. Una vez enfundado siguió con las manchas de tiza azul en la solapa de su blazer negro con detalles heráldicos. Hacía las cosas una por una, como diría mi madre. El tano había desaparecido, con maldiciones y todo. Mr. Ray me dijo:

–Jovencito Blass, de aquí en adelante se va a cuidar muy bien del capataz. Ya sabe a qué capataz me refiero. Resulta evidente que está en un doble y muy peligroso juego. Es un tipo que le quita romanticismo al egoísmo. Es un vulgar ladrón con un solo detalle interesante: no está seguro de querer serlo. Tengo la certeza de que va a traicionarnos.

Ese “nos” me dejó atónito. Por un segundo viví dentro de un espejismo al que, sin embargo, no quería pertenecer. Creo que no lo dijo con mayor intención. Mr. Ray hacía de la virtud de lo directo un verdadero defecto. Era la clase de gente que abandona muy pronto sus zapatos en buen estado, pero no los regala a la servidumbre. Los tira él mismo a la basura. Hubiese sido un buen tipo de estar metido en otra situación y con otro perfil. Cuando me miró puse cara de no entender. La palabra trampa estaba apareciendo demasiado seguido en mis diálogos.

–El tipo es un anarquista venido a menos. Y su juego consiste en venderle carne robada a los guerrilleros, o mejor dicho a aprendices de guerrilleros.

–Me va a decir que Fidel entró en el negocio de las hamburguesas.

–Lo que hacen esos tunantes me tiene sin cuidado. Probablemente no estén preparados para robarla a lo cow-boys. Ya llegará el día. Pero me enferma que el capataz regale así nuestro esfuerzo común. Casi preferiría que él mismo llevara los camiones a las Villas y las repartiera personalmente. Es más fácil pelear contra una clase que contra un individuo.

–Hay una cosa que estoy a punto de abandonar como preocupación.

–Es lógico, usted es joven y todavía se pregunta. Cosas de la edad. Vea, lo único que importa es llevar a cabo la misión lo mejor posible. Léase: imperceptiblemente.

–Y cuál es esa bendita misión, porque *tiene* que ser bendita.

–Si yo le insinuara que la bendita misión es fundir la Empresa estaría cometiendo el doble error de, por un lado, ofrecer una información gratuita, y por otro poner en riesgo su desprolija y envidiable cabeza. Digamos que nuestro enemigo, para las estadísticas, es la revolución tecnológica de las nuevas cámaras frigoríficas que hacen obsoletos semejantes monstruos industriales.

Debo de haber empaldecido.

–Como marxista, usted debería saber qué pasa cuando se opera un cambio significativo en la infraestructura de una sociedad. Esas teorías dejaron de ser patrimonio de los intelectuales hace ya tiempo. Pero basta de abstracciones. ¿En qué estábamos? Sí, en la figura oblicua del capataz. Es la tuerca que se soltó dentro de la maquinaria y va a romper todo. Se me ocurren varias ideas para neutralizarlo. Pero, como siempre, lo del quién está primero.

Casi me doy vuelta para ver si hablaba con otra persona.

–Me imagino que no *estamos* en la situación de depender de un pibe que todavía no hizo la colimba– dije.

–No se subestime Blass, que eso trae adicción. Presente un plan en una semana. ¡Ah! y no se le ocurra ganarme otra vez al billar.

Mr. Ray desapareció como una visión. Empecé a dudar de que esa charla hubiese ocurrido realmente. Conservaba azules los dedos de mi mano derecha. No sé por qué asociación se me apareció la idea de comenzar a usar guantes. Pero serían guantes de cuero fino y no esas porquerías que dan en la fábrica.

Ella me estaba esperando a la salida del salón. El pelo todavía parecía recién lavado. En una mano sostenía un libro pobremente forrado con papel madera. Servía para ocultar su título. O su autor.

–Que el Viejo no te atrape, Blass. Es como una viuda negra pero macho, o...bueno, del sexo que sea. No serás de los que son seducidos por el peligro.

–Acercarme a vos es peligroso, aunque no sepa por qué– no quería perder tiempo.

–Hay otros peligros más... trascendentales –tenía la inclinación a usar puntos suspensivos. Problema de carácter.

–Otra vez la filosofía. En esta casa suena a macumba en la catedral.

–Seguime –dijo, y empezó como a huir de algo, internándose con pulcra decisión por los recovecos en penumbras de la casa.

Debo de haberla perdido por unos instantes, porque sin querer me encontré como atrapado entre un pasillo ciego y varias puertas a mis dos lados. Todo rumor proveniente del exterior había desaparecido. Nunca la idea de exterior estuvo mejor pensada. Intenté sin éxito abrir algunas puertas. Serían placares, escritorios, o nichos de familia. Una sola cedió.

El sitio estaba alfombrado hasta el mismísimo techo. El aroma a saumerio me llevó lejos, igual que la voz de Joan Báez. Quizás estuviera en un habitáculo camino a la luna.

A pesar de la penumbra distinguí el jean arrugado en el suelo. Era probable que la pista de las prendas fuera fácil de seguir. Y relativamente previsible. No lo podía entender como una invitación. Así que llegué a la cama totalmente vestido. Si hubiera encontrado un sobretodo en el camino, pienso que me lo hubiera puesto. O una gabardina auténtica.

La piba estaba tapada a medias con una especie de poncho un tanto latinoamericano. Recuerdo una caricia que no sabía que existía y como una picazón por el contacto de un material áspero contra mi espalda, por fin desnuda. Una cama singular. Un cielo raro con figuras pegadas o remachadas con grandes clavos en sus esquinas. Algunas pretendían caerse. Preferí callar, pero se me ocurrió que decir “has recorrido un largo camino” no hubiera desentonado del todo. Intenté con otro proverbio popular: “Donde se come, no se caga”. Tengo que reconocer que no era mi día de profundas reflexiones, ni de sabia elección de lugares comunes, probablemente por el drenaje de hormonas. Igual, la parte estrictamente amorosa la vamos a dejar de lado. No me gusta aprovechar circunstancias para hacerme propaganda. Además, recordemos que entonces tenía dieciocho años. Las desintelencias también pueden atribuirse a la edad.

Todo pudo haber terminado como empezó, entre fronteras poco claras, donde lo que predominaba era la sorpresa. Pero ella se

empecinó en darme una tarjeta con sus datos en letra dorada, y con una estrella roja mal dibujada al dorso.

–Es la única que tengo –se disculpó– y la última. Es un rezago vergonzoso de mi vida anterior. Ahora el camino está trazado.

–¿Y cuánto hace de esa vida?

–Un mes, más o menos.

Le iba a decir que un mes es una eternidad para confundirla un poco, pero, como quedó diagnosticado más arriba, el placer sexual había inhibido mi tradicional sarcasmo. Me salió:

–Repasá la foto de Mao. En cualquier momento se te cae encima.

*No te creas que no lo pensé, Edy. Meter a la piba en la historia era, es, un tanto tradicionalista. El sexo rápido y todo eso. Se podría hacer la interpretación de que opera algo así como un cable a tierra. Como reconocerse humano, aunque más no sea en la función cuasi vegetativa.*

*No me la puedo sacar de la cabeza. Miel, el pelo como recién lavado. Y a esa altura no sabía si era la hija o la esposa del Viejo Mr. Raymond. O qué era.*

El animal intuyó que algo malo iba a sucederle. A él. No es cierto que los animales no tengan conciencia del mal. Alguien parado cerca de él le enterró en sus ijares un rayo monstruoso. Si el animal hubiese tenido algún concepto de la tecnología habría sabido que se trataba de una picana eléctrica. Ese alguien sabía hacerlo. Es en situaciones como esas cuando el lugar en el cuerpo adquiere verdadero principio de identidad. ¡Oh, sí! Porque el cuerpo es uno, pero también son uno el ojo, el diente, el paladar, el ano, la teta, el garrón, la cola, donde el cuerpo deja de ser, y viene luego el otro y el otro. Y eso es la especie.

Ese alguien debe saber hacerlo. Porque la picana quema, y cuero quemado vale menos. Y carne o pellada quemada es de segunda. Además, ese alguien no quiere perder el trabajo casi de gaucho. ¡Gauchos con picanas! Ni en la fantasía más emparentada con la imbecilidad se podría concebir semejante detalle.

El animal sigue trepando, entonces. Porque en total son cinco pisos de plano inclinado que la bestia le tiene que ahorrar de energía al hombre. Patética ingeniería de avanzada. El animal deposita el último aliento de su vida en esa rampa inclinada simbólicamente hacia arriba. Nada de última cena. Ni extremaunción. Ni

despedidas familiares. Hay que trepar la cuesta, el Dios rayo lo ordena. Quisiera no poder pensar. Quisiera simplemente ser un animal. Asumirse como un animal en este destino que tiende a degradarse a lo vegetal.

El animal llegó dolorido al quinto piso. Inmediatamente percibió el olor extraño. E inmediatamente temió ese olor. No era a pasto. No era a comida. Ni a lluvias o sal. Tampoco a mar, que un día olió al pasar. Era olor a encierro, pero más. Era olor animal, pero más. Era el aliento del dolor, pero más. Era la vibración del pánico, pero más. Era la sangre. Pero no la sangre del parto. No la de la espina o la roca filosa. No la del cuerno y la pezuña vengativa. Era la sangre voluptuosa del terror a la vida, del terror a la sangre. El animal no lo sabía de antes, lo sabía desde el *principio*. Era el arrepentimiento de haber nacido. No, no era su destino. Ni siquiera los dioses de dos patas pueden haber concebido un destino igual de cruel y sin destino.

Estaba allí, solo. La especie lo había abandonado.

El camino se había estrechado imperceptiblemente. Los gauchos urgían y urgían con gritos y chiflidos. Pero no hacía falta ya. El animal estaba dentro de un río, de un fluido, y su única meta era llegar a otro lado que no fuera ese mismo. Más adelante hubo gemidos y sonidos como de tambor y cadenas. No podía ver nada por la confusión y lo nuevo. Se detuvo. Lo detuvieron. Y aunque fueron solo unos segundos, llegó a temer más esa calma inerte, cuadrada, ese paréntesis de falsa cordura en tanto delirio, ese multiplicador de soledad, que a cualquier otra cosa. La víspera. Pero no pudo o no quiso y no tuvo tiempo de relajarse. Se abrió una compuerta y un movimiento compulsivo que nació de su propio cuerpo lo precipitó adelante. Había llegado finalmente al brete. Estaba adentro. La compuerta se había cerrado con él adentro.

El piso era de metal y estaba mojado con restos de mierda fresca. Tenía una ligera inclinación que no le permitía pararse bien. Por allí aparecía una gran franja de luz con mucho movimiento detrás. Todo lo demás estaba cerrado y oscuro y fétido, con manchas de sangre nuevas y viejas. Y algunas muy viejas. No tenía techo, solo un gran vacío hacia arriba. No podía ver el cielo, aunque se suponía que debería estar arriba, en algún lugar. En los bordes aparecieron los hombrecitos. Hablarían, sonreirían, pero imposible saber qué y de qué. Los idiomas nunca fueron tan distintos. Observó uno en particular.

Era joven y no tenía ropa en el pecho. Tenía los ojos raros, como llenos de sangre y un odio anterior a él. El hombrecito semidesnudo

estaba borracho desde temprano. O sea cada vez más borracho. No quería dejar el largo martillo de la matanza que alguien quería arrebatarse porque ese era su martillo. Se movía tambaleante usando el instrumento como bastón, balanceándose, cabeceando maldiciones.

Finalmente se detuvo, descalzo, frente al brete. Era un hombre grande entre los de su especie. Alto y erguido en sus dos patas, fantástico. Con su piel sudada y lustrosa de trabajador vital. Estaba pensando una canción.

El primer martillazo lo erró. Fue a dar sobre el hueso que protege el ojo derecho del animal. El ojo saltó de su órbita para quedar apenas sujeto del nervio, colgado, mirando hacia abajo. El dolor paralizó al animal. Era un dolor que nacía de muy lejos, de adentro, y se multiplicaba vibrando en los huesos y la carne. Y era el dolor del estupor. De algo que jamás pudo adivinar que podía existir. Y la parálisis se hizo abandono. Y el animal creyó caer. Pero un segundo martillazo lo atrapó con la lengua afuera y el efecto obligó a cortarla limpita. Ya era un animal sin lengua, o con un poco menos de lengua, lo que es casi lo mismo.

El hombre sin camisa se desembaraza de sus amigos que quieren recuperar el martillo. Respira hondo. Por la escalera se aproxima un capataz. Lo sabe por el casco blanco. En su borrachera se abre un solo pliegue y entonces el hombre advierte que puede perder su trabajo. Levanta el martillo y descarga el golpe de su vida. La frente del animal se partió como una madera seca, y cayó entre su propia sangre y estiércol. Además, no estaba muerto.

El sargento Lagos terminó de afeitarse sin novedad. Era su día franco y bien pudo haber pasado algo distinto. Pero no. La mañana estaba fría y el patio del conventillo también. El sol ya había salido, pero sólo en verano pegaba temprano del lado del cuartito del policía. Así que estaba acostumbrado a afeitarse casi entre penumbras, pero por alguna razón, obligatoriamente, afuera, en el patio. Reminiscencias cuarteleras. Si hubiese usado tiradores, estarían también colgando fuera del pantalón.

Como siempre que tomaba franco lo atrapaba la indecisión. Podía ir a cortarse el pelo una vez más o estudiar el programa de carreras de La Plata. Lo que no podía hacer era quedarse allí. No es recomendable para un policía soltero alternar con las señoras de los vecinos tan próximos que a esa hora están en las fábricas y que vienen de dejar a sus chicos en la escuela.

Y no se podía dar el lujo de cambiar de conventillo. Hacía más de quince años que vivía allí y quería seguir haciéndolo. Probable-



mente no resistiría vivir sin el desagradable olor proveniente de las graserías de los frigoríficos. Lagos vivía en el corazón de la Nueva York, la aorta de Berisso, y estaba orgulloso de hacerlo. Los vecinos lo aceptaban como a un callo plantal.

Recién a las tres cuadras caminadas con fingida parsimonia, Lagos cayó en la cuenta de que el pibe Blass estaba metido hasta las manos. No por lo que dijo (igual había dado la pista de las cámaras que había que investigar), sino por *cómo* lo dijo. No se trataba de la pedantería de un joven comunista, sino de la nota de fatalismo que no encajaba. Lo que no cerraba, profesionalmente hablando, era el móvil. En el mapa apresurado que le pasaron en los últimos cursos de la fuerza, en arreglo a no sé que perspectiva de convulsión social, decían que ese tipo de comunista no es afecto a acciones violentas ni a “expropiaciones”, una palabra que, por las dudas, tuvo que buscar en el diccionario. Eran sí un tanto románticos. “Digamos –había señalado el comisario inspector responsable del cursillo–, peligrosos a largo plazo”. Largo plazo, había anotado cuidadosamente Lagos en su cuaderno y dado vuelta la hoja.

¿Y si no fuera político? ¿Si fuera algo más bien privado? El tipo quería avanzar sobre la novia del joven Blass. Pero no. Esta juventud de los sesenta está por lo que ellos llaman el amor libre, o por paralelas, o amontonados, vaya a saber.

La parada obligatoria del franco era el bar de la calle Marsella, a la entrada del Swift. La hora ya no era la del submarino, pero tampoco la del Gancia. El Turco le sirvió un vino tinto, por las dudas. Lagos nunca había dejado de ser un obrero de la carne, pero no podría definir si prefería el cuchillo de ocho pulgadas o la reglamentaria de nueve milímetros.

A sus espaldas, dos obreros, a todas luces prófugos de las cámaras, donde deberían estar agachando el lomo, festejaban por anticipado algún aniversario. Eran del extraño bando de la cerveza. Lagos tardó en sintonizar lo que hablaban. Quizás se estaba tomando muy a pecho su franco:

–Te digo que Mr. Raymond, el capo *di tutti i capi* estaba en la mismísima cámara 32, la otra noche, cuando amarró el Miss Allison

–¿Le pediste un aumento? ¿Qué tiene de malo? El ñato es el dueño.

–Sí, todo lo que quieras, pero ¿me querés decir qué estaba haciendo disfrazado?

Allí Lagos comenzó a felicitarse por su afición a las costumbres matinales.

–¿Será travesti el Viejo, con los bigotes que tiene?

–No, boludo, yo te digo *disfrazado* de *disimulado*. Tenía como tres capotes encima, más varios guardapolvos, un pasamontañas y “stokinets” hasta las orejas. Parecía el yeti. Yo me di cuenta no porque rengueara sino porque quería ocultarlo. Por eso me intrigó. Y como yo había entrado a la camarita para afanarme la entraña nuestra de cada día, de puro asustado lo encaré para disimular.

–¿Lo fuiste a apretar?

–No, le pedí un cigarrillo. Y, confirmado, era Mr. Raymond. La voz la disimuló más o menos, pero lo que dijo lo vendió: “Dejá algún vicio para los demás”. O sea que se avivó de todo.

–No entiendo, eso pasó hace cuatro días y todavía no te echó a la mierda.

–Yo tampoco lo entiendo. El Viejo no perdona ni a su madre, si es que nació de por ahí.

Lagos terminó su vino pensando que inevitablemente todos llevamos un policía adentro. Estaba celoso. Si mal no recordaba, el carguero inglés había arribado cerca de la fecha que le preocupaba. Como no quería levantar la perdiz, lo cabeceó al Turco. Con la mirada fue suficiente. Todos los bolicheros son buchones. Cuando se acercó para el segundo vino, Lagos lo confirmó:

–Son Milonguita y El Camello, viejos conocidos fáciles de encontrar. Vaya tranquilo, mi sargento.

En la comisaría había un inusitado movimiento. No se trataba de algún hecho. Era una simple mudanza. Donde antes era el fumadero se estaba armando una nueva oficina. Lagos pudo pensar que se extendían hacia adentro, pero el aspecto crítico de las cosas no era su fuerte.

El que daba las órdenes era un petimetre desconocido, de vaqueros y barba incipiente, y la nueva oficina pasaría a llamarse “algo así”. Tal era la respuesta que el personal recibiría al preguntar por su naturaleza: “Algo así como inteligencia”. “Algo así como prevención social”. “Algo así...”

Finalmente, encontró al comisario Fanducci a punto de engullirse su decimosegunda medialuna. Usaba una hoja oficio prendida del cuello de la camisa reglamentaria.

–Es un vicio, Lagos. ¿Qué sería de la vida sin los vicios?

–Perderíamos el laburo.

El jefe no sonreía nunca. Le habían dicho que era conceder demasiado. Acomodó su escritorio y tiró al cesto de papeles su ridícula servilleta. Iba a disparar que todos los policías que en su día de

franco van a la Comisaría son cornudos, pero se arrepintió a tiempo. No tenía esa confianza con Lagos. Además, el sargento era de los que sí se tomaban el franco. Lo interrogó con un gesto de su mentón.

–El caso del Armour, jefe. Hay más conexiones de las que suponíamos.

–Usted lo dijo Lagos. Afirmativo, “suponíamos”. Tiempo pasado, infinitivo o condicional. Qué sé yo, pero pasado. Pretérito. Se fue.

–¿Qué se fue?

–El caso.

–Pero si no tenemos más que un par de sospechosos y todo indica que algo grande...

–Se fue, Lagos. Tranquilícese. Se fue. Chau. *Se lo llevaron.* Addio.

–Empecemos de nuevo, jefe.

–Para empezar de nuevo tendríamos que matar a otro capataz. Y con eso tampoco podríamos decir que empezamos de nuevo, ¿capice? Lagos, goce de su franco como yo gozo de la víspera de mi retiro. Nuestra profesión está a punto de transformarse de insalubre en muy insalubre. ¿Qué quiere que le diga? Ayer, a última hora, cayó toda la plana mayor de la fuerza. Había tiras de todos los colores. A mí, por poco me pasa lo de Chirola, que por las dudas se entregó solo. Pero no andaban ni a la caza ni a la pesca. ¿Móvil? Caso Armour. Se llevaron las cintas, los papeles, las fotos, las evidencias. Se llevaron hasta el recuerdo del caso. ¡Y chito la boca! ¡Ni qué hablar! ¡Mire si yo me voy a enchivar porque me saquen laburo! ¡Masí, que el Swift empieza a exportar cristianos congelados si quieren! Que se cocinen en su propia salsa.

Calló satisfecho de su perorata, pero en guardia ante la réplica del sargento. Se anticipó:

–Para mí que acá está metido el Gobierno. Estos radicales, mucho chamuyo, pero no son ningunas mosquitas muertas. ¿Sabía que el fuerte de la exportación es el *frozen* con destino al ejército yanqui en Viet-Nam? Déjelo así, Lagos. Me parece que el pibe ese que usted interrogó, ese bicho colorado medio fanfita... en el fondo tenía razón: a todos los que laburan ahí les pasan ideas locas por la cabeza. ¡También, con el oficio que tienen! ¡Tanta sangre! Déjelo así, amigo, no sea cosa que se lo tenga que ordenar.

Salía Lagos de la comisaría cuando fue alcanzado por un viejito que ya debía de andar por su tercera jubilación. Era una especie

de cadete anquilosado multifuncional, civil, más parecido a un preso manso que a un funcionario. Controlaba los chismes y todo el rubro extraoficial con gran maestría. Se podría decir que estaba excitado.

–Te estaba buscando, pibe. Tengo algo que no me pediste, pero sospecho que te va a interesar. Quedé medio pegado con la secretaria del forense, pero lo mío ya es manía. Además, vos sos mi pollo.

–Todavía no me imagino de qué se trata.

–El tipo murió asfixiado. El tipo, el capataz del Armour. Sangre en los pulmones, pero de vaca. Lo del cuchillazo fue de yapa. Se lo plantaron ahí para confundir al enemigo.

*La criatura sigue en progreso, Edy. Los cajamares intentaron ser puestos un tanto clásicamente. El poder, el dinero, la política dentro de un territorio de violencia con menos sexo que el que acostumbra nuestros hermanos del Norte. Cosas de latitudes o de cultura. Aunque, quién sabe, aún no terminamos.*

*Los laberintos se entrecruzaron provocativamente y el juego de los roles va desde una ubicación pedagógica hasta la más franca espontaneidad. Deseo que el muchachito no aparezca nunca y, por sobre todas las cosas, deseo que un tipo como Lagos no termine hablando directamente conmigo.*

*Al leer esto último caigo en la cuenta de que lo estoy haciendo en voz baja. Y es que los temores del principio van tomando consistencia. Ahora tengo que seguir. Librems la batalla en su terreno: las palabras. O el recuerdo.*

*–Entonces, Blass, lo del “negro” es puro cuento.*

*–No te creas, Edy, el problema es dónde va a aparecer el Smith & Wesson Special.*

*–A las armas las carga el diablo Blass, nunca lo olvidas.*

Y claro, el cana entró a la fonda. A pesar de estar repleta de obreros que comían y hablaban, el golpe se sintió. Pero no todos los que se volvieron hacia el sargento Lagos lo hicieron con igual cuota de bronca. Uno o dos lo apreciaban. Después, todos reiniciaron sus ocupaciones y el policía –que seguía de franco– pensó que él tampoco había comido. Aunque no estaba allí por el famoso churcut de Dominga. Esa era la fonda donde prácticamente vivía Blass. Debía encontrarlo. Un cambio imperceptible se había producido en la arruga izquierda que enmarcaba la comisura de su bo-

ca. Lo había notado al afeitarse esa mañana. Lo sorprendió reconocer que podía sorprenderse al verificar cambios a su edad. Dejemos eso.

Blass estaba discutiendo a grito pelado la situación política de un pequeño país perdido en Indochina, al que su único interlocutor parecía haber ignorado a propósito. Blass intercalaba análisis y perspectivas con una muletilla pegadiza que obraba como un comodín en la perorata.

–El Viet ganará.

A lo que el otro contestaba cerrando los párpados, como quien quiere ver más lejos. O como quien quiere estar más lejos de lo que ve.

El cana optó por sentarse a la mesa sin que lo invitaran. Era evidente que el pibe no iba a terminar más de hablar de política, por lo menos hasta que el Viet ganara. Además, se sentía agredido como si estuviera él en la trinchera de enfrente. Está bien que la juventud sea valiente, pero para todo tiene que haber un límite, se dijo.

El interlocutor válido interpretó que tenía que irse y así lo hizo, no sin antes despedirse del intercambio cultural con un cierre decoroso: “Tenés razón Flaco, a ese Viet no le gana nadie, no le gana”.

–¿Qué pasó, le cortaron la luz y se quedaron sin picana? –arrancó Blass como para entrar en diálogo.

–No recuerdo haberte pegado algún cachetazo, flaquito. Además, deberías saber que la picana funciona con baterías.

La gente alrededor seguía comiendo como si tal cosa. Blass sintió una bocanada de envidia. Aunque la verdadera molestia estaba en otro lado. Se podía bancar un cana tranquilamente, lo interesante era entender si era necesario. Se resistía, por prejuicios, a imaginarse a sí mismo “errando el camino”. Entendió que levantarse de la mesa e irse era lo peor. Dijo:

–¿Ya encontraron al asesino? En la sección del frigorífico los muchachos no paran de festejar.

–Se ve que el tipo era muy confiado. Cuando yo laboraba en la playa, después de las nueve de la mañana no bajaba un capataz ni a palos. Falta de cultura alcohólica.

–O mucha cultura de la otra.

–Bueno, la solución no es matar capataces, ni gerentes, ni ...

–...¿Sargentos? Veo que se están actualizando en la discusión política.

–¿Actualizando? –amortiguó con los hombros un resoplido resignado– Ustedes creen que inventaron la pólvora, pibe. Ni la pólvora ni donde ponerla, que es el verdadero problema. Pero no vengo por el occiso. Además, estoy investigando por la mía. En la seccional me sacaron el caso. Cosa de no creer. No sé qué pasa. Estoy convencido de que algo gordo se está cocinando. Y digamos que no me gusta ser el chorizo del guiso.

–Cuestión de profesionalismo.

–¡Ma qué profesionalismo, pibe! ¿No viste la pinta que tengo? ¿No viste dónde vivo? Cuando me jubile voy a tener que volver a la carne, de donde no sé si hubiese tenido que irme –esta última frase la agregó en voz baja–. Profesionalismo. La quieren toda para ellos. Una parte de mi teoría es que al tipo lo mataron porque sabía algo grosso. Puede haber gente importante dando vueltas.

–O sea que no fue un accidente.

–¿Accidente? ¿Me estás cargando? ¿Con el knife metido entre pecho y espalda?

–Se dice que lo plantaron *después*.

–Este caso es una joda, todo el mundo maneja la información a *piacere*. Pero no veo por qué tomarse semejante riesgo sin una causa clara. Un accidente al revés.

En la fonda los ruidos indicaban el fin del almuerzo y el inicio de la cena. Los aspectos vitales más elementales andaban al compás de los horarios establecidos por la administración de los frigoríficos. El vino en la mesa se había terminado y ambos dudaban sobre si debían pedir otra vuelta. Tampoco el sentido de la charla estaba muy claro.

–Mire Lagos, hay dos cosas que no entiendo. Una es qué hago acá afuera, en la vida civil, gozando de mi ansiada libertad.

–Recién ahora lo tengo claro. No *quieren* a nadie adentro para no levantar la perdiz. Menos aún a alguien que está en la política, y menos todavía si tiene que ver con la Universidad.

–Y bueno, allá ellos. Lo otro que no entiendo es para qué me vino a ver, así, en estas condiciones.

–Para proponerte un trato. La otra parte de mi teoría es que vos estás hasta el caracú.

–Digamos que no me sentiría comprometido si escuchase alguna suerte de propuesta del enemigo. La otra parte de la lucha de clases son los acuerdos.

–Escuchame, “lucha de clases”, lo único que quiero es que me hagas gancho con Mr. Raymond, tengo un dato que seguro le va a interesar. Si voy de frente lo espanto y es peligroso. Además, no

creo que lo ponga muy contento al comisario. Probablemente lo vea como una invasión de jurisdicción.

–Espanto. Peligro. Connivencia con el enemigo. Jurisdicción. Occiso. Parecemos personajes de una novela policial norteamericana. ¿Qué te hace pensar que estoy en condiciones de hacerte contacto con el trompa?

–Los dos años que me faltan para jubilarme. Dicho lo cual, me las tomo. Tampoco es cosa que te esté chupando las medias, y menos a un *bicho colorado*. Si lo hacés, tomalo como una cuestión humanitaria, si es que los comunistas son tan humanos.

–Las cuestiones ideológicas parecen interesarle cada vez más, sargento.

–Es inevitable Blass, el bocho domina al mundo.

–Dicen que las pelotas también aportan lo suyo.

–Es que no siempre vamos a vivir en los sesenta, Blass.

*Soy un manojo de dudas, Edy. Sospecho que perdí la iniciativa. Son estos elementos autobiográficos que no puedo manipular como quisiera.*

*–La historia la escriben los vencedores, pero la viven también los perdedores.*

*–Habría que estar atento por si se repite, Edy.*

*–¿Para corregirla o para corregirse?*

*–Si pudiera volver ahora al Armour estaría más nervioso que en aquella época. Es lo que no entiendo. Posiblemente no aceleramos lo suficiente.*

*–Siempre se dijo que había un problema de dirección.*

*–Es lo que quiero resolver con este maldito cuento, Edy. Lo más gracioso es que creo que hasta acá vamos ganando.*

*Intenté hasta aquí dejar afuera a los camaradas, Edy. Pero ya no puedo. No porque ellos tengan algo que ver con los hechos que estoy narrando, sino porque en aquellos años todos éramos una sola persona. Mi existencia era nuestra existencia. Como debe ser. Por más que me rompiera la cabeza tratando de plantarme por la tangente, resultaba evidente, aun para un petimetre como yo, que los estaba comprometiendo seriamente.*

Arturo había observado en la reunión del sábado una serie de olvidos, producidos todos, inevitablemente, en los últimos días. La crítica no vino dura.

–¿No será por falta de amor, Blass?

La respuesta fue igualmente críptica:

–El amor está en la sangre, Arturo.

Ninguno entendió nada y todos felices. Cuando ya se habían ido de mi cuarto –que era donde funcionaba clandestinamente la célula–, Arturo, fuera de su rol de responsable, me disparó desde la puerta, al salir:

–¿Así que te lo estás captando al milico Lagos?

–¿Me acusás de connivencia con el enemigo? Ese término me hace cada vez más ruido.

–No, al revés. El milico fue un activista bárbaro en la huelga del '54. Lo rajaron por comuna.

–Cosas veredes Sancho que no crederes. O las vueltas que da la vida.

Un Dodge Polara pasó ligero patinando sobre el empedrado siempre húmedo de la Nueva York. Frente a la escuela agarró de lleno una pelota número cinco que había salido picando vaya a saber de que aula. La explosión duró apenas un segundo y adentro del vehículo se sintió como si hubiera pisado un adoquín mal acomodado. El del volante ni se enteró. O no quiso hacerlo. Ni mirar atrás por el retrovisor.

La muerte del capataz fue lo mismo. Un adoquín mal acomodado. Un par de pibes resignados con el cuero destripado en la mano. Y a buscar otra pelota.

Todo parecía encaminarse nuevamente por la senda de la aburrida aventura cotidiana de la subsistencia. De no ser por la Rubia.

–¿Que sería de la novela de la vida sin una rubia, Blass?

Eso me estaría preguntando cuando literalmente se *infiltró* (una palabra que empezaba a ponerse de moda entonces) en mi cuarto. Tenía puestos grandes anteojos negros, viejos, de carey, pero caros. Un traje sastre azul prusia, arrancado violentamente de una revista de modas, que sin embargo dejaba ver por un tajo apropiado la pierna derecha, perfectamente enfundada en nylon, hasta la altura de la liga. La liga, claro, increíble y en los sesenta. Esas cosas no deberían cambiar nunca con los años. Tacos más o menos convencionales, pero para Wall Street, o Florida entre Córdoba y Santa Fe. No soy muy bueno con las calles de Buenos Aires.



Recién ahí asumí que la Rubia era más alta que yo. Todo eso debajo de un sombrero que prefiero no describir, fabricado con el resto del paño del vestido. No fumaba en boquilla ni tampoco gastaba la famosa redecilla. Son los costos del subdesarrollo.

No me la imaginé bajando del colectivo de la línea 14. Pero con algo de esfuerzo, sí del tranvía 25. Ese era un vehículo pensado para los dioses. Igual: había bajado de un remis grande como una cancha de bochas, blanco, que probablemente la estaría esperando disimulado en el paisaje más que urbano. No recordé haberle dejado mi dirección y mi popularidad aún no estaba tan alta. Vivimos entre espías.

Ni siquiera dijo “voy a ir directo al grano”.

–Tenemos que reemplazar al capataz.

–Aramos, dijo el mosquito –fue lo primero que me salió, era un dicho de mi abuelo.

–Mañana, 5 horas, el embarque. Tengo la plata.

–¡Pará Flaca, pará! ¡Quién sos! Vení, sentate un poco. Contame tu vida. Tratame dulcemente. No, en serio, serenate. Acá hay gente que muere, hay gente que hace mucha plata y hay gente que está en cosas raras. Yo medio entré por diversión, curiosidad intelectual, me atrajo la personalidad de un tipo tan jodido como el finadito. Recién después te conocí a vos, que tenés algunas ventajas adicionales. Pero ahora hay que parar la máquina, dejar que se enfríe, respirar hondo, hacer un par de flexiones, qué sé yo, ponerse a cortar el césped. ¡Nada de boludeces! si me permitís la expresión. No sé si soy claro.

La Rubia había escuchado –o no escuchado, recordemos lo enigmático de las rubias– de pie frente a la cama hecha un desastre. Nunca mujer alguna estuvo más lejos de mi cama. Sin los anteojos pensé que hubiese estado a punto de llorar. Pero la voz decía otra cosa.

–No puedo y no quiero retroceder. Cuento con ese embarque. Todo el mundo cuenta con ese embarque.

–Es un nuevo orden. El orden de los sesenta. Todos somos chorros, todos somos luchadores de algo. Eso me recuerda cierto volantillo alusivo.

–Si querés tomalo como un nivel de entrenamiento. Hay otros que lo llaman acción de propaganda armada. Y, como podrás suponer, no toda la carne va a parar a las villas. La Organización tiene varias prioridades.

–Sí, además hay gente en las villas que no sabría qué hacer con un corte especial con destino a Boston, USA.

–Digamos que el grueso ingresa al mercado por una vía exenta de impuestos y de gravámenes burocráticos y burgueses. Este es un país de abigeos y contrabandistas.

–¡Ya aparecieron las palabras mágicas! ¡Abracadabra! Pará, dejame a mí:

“O sea que la Orga hace una especie de servicio *sui-generis*. Paga un precio ridículo por la merca, que revende igual a bajo precio para reventar a la competencia. Desparrama un par de cuartos traseros por la Isla Maciel, por el qué dirán, y algún churrasco que otro en la Cava. Todo esto sazonado con volantes armados que proclaman el cambio de sistema o la venganza, según se mire. Coimean a Dios y a María Santísima para que todo quede en la clandestinidad... ¿Cómo hacen para pasar los controles sanitarios?

–Los térmicos de la estrellita roja contra el parabrisas pasan de largo.

–Encima, la estrellita roja. El que dirige esto debe ser un sádico de primera. Pero esperá que sigo yo, como si supiera. Se produce un pequeño capital acumulado que se invierte convenientemente en inmuebles, aparato en general y, obviamente, en armas y comunicaciones de primer nivel. Ahora, estas siguen siendo las vísperas. Los cuadros de la Orga no sospechan nada. Mejor dicho, aunque sospechen algo raro, saben que es el preparativo de una operación grossa. Y claro, en ese ambiente el chamuyo es burgués, así que chito. Pero el tiempo es un demolidor de ilusiones. Así que el compañero gerente debe justificar que se trata de puras preliminares, que el plan está montado y ya superamos la etapa de la preparación previa, compañeros. Un par de embarques más para tener algún efectivo en la mochila y ¡avanti! el golpe del siglo. El sin retorno. De allí al estrellato. Que puede tener dos destinos no necesariamente contradictorios: uno, en una isla del Pacífico con alguna compañera y un pasar faraónico; el otro, en una catacumba blindada en el estómago de Rosario, por ejemplo, al mejor estilo Lex Luthor, desde donde dirigir las masas continentales.

–Para ser un tipo de izquierda estás sobrecargado de escepticismo. Tendrías que dejar que tus ideas vuelen hacia la utopía. Hay que aprovechar ahora, más adelante, estará prohibido por el sentido común.

–No sé cuál es el plan, el golpe o la operación o como diablos quiera llamarlo quien quiera llamarlo de alguna forma. No lo quiero saber, tampoco. Ni siquiera intuirlo. Ni siquiera debí llegar hasta allí en el razonamiento. Es que vos me alterás un poco.

–No sé si tu crítica apunta...

–Mi crítica. Mi crítica. Olvidate de mi crítica. No estás acá con esa pinta para escuchar mi crítica. Entré en esto de puro perejil, contra mis convicciones, si es que un pibe de 18 años puede tener convicciones firmes. Casi una humorada. Me voy. Ya me fui. Hay un fiambre dando vueltas por ahí. Tarde o temprano la cana va a tener que apretar. Estoy comprometiendo a gente sin quererlo. Qué sé yo, esto no se puede agarrar por ningún lado.

La Rubia finalmente se sentó en la cama, que hizo un ruido familiar que me devolvió cierta alegría. Quizás un acorde premonitorio. No tendría que haber cruzado así las piernas. Tampoco estaría cómoda. Se sacó el sombrero y la cascada de pelo de miel recién lavado formó, con el azul prusia del atuendo, una especie de bandera de una guerra épica. Desde afuera no llegaba ningún rumor. O algo había cortado el tránsito sobre la Nueva York o estábamos en el paraíso. El olor, igual, era a grasa, pero a grasa nueva.

La vi retraída, era comprensible; buscaba las palabras, como una maestra. Quizás había exagerado el papel de niño arrepentido.

–Vine porque *necesitamos* que reemplaces al capataz. Por única y última vez. Sos el único que conoce los contactos. Sin vos, soñamos –hizo un mohín para realzar la simpatía de la afirmación–. En cuanto a tus críticas, podemos charlarlas después; no están mal encaminadas, creo. Pero no conmigo. Comprenderás que soy un simple eslabón, no vayas a creer que entiendo mucho.

La Rubia, al revés de lo que decía, era muy viva. Se estaba anticipando a mi propio interrogatorio sobre ella. Quitaba ángulo para mi disparo. Claro que siempre podía pasar a la acción, aunque la hora del día no acompañara mucho y las sábanas malolientes estaban horribles. La piba percibió la electricidad y decidió pararse. Una bocanada de perfume caro siguió al movimiento que me dejó paralizado. Terminé de desmoralizarme cuando corroboré que, sin dudas, era más alta que yo. Hay ideologías difíciles de expulsar.

Debió de haber dado por terminada la entrevista, porque se echó el sombrero en la cabeza sin reparar en gastos. Al pasar clavó un sobre blanco en un panel de telgopor que oficiaba de pizarrón y transparente a la vez. Allí quedaron las instrucciones y la plata, entre la cara atónita de Lenin y la primera división de Gimnasia y Esgrima de La Plata.

Las palabras huían de mí en forma acelerada. Quizás tuviera seca la garganta y mis movimientos respondían a los de otra persona. No creo que el amor pueda venir en estas circunstancias.

La acompañé por el pasillo que daba a la calle. Efectivamente, el auto blanco estaba a pocos metros y el tránsito en la Nueva York era normal. Adivinó mi observación sobre la relación entre sus atuendos y mi conventillo, que no me animaba a formular.

–No creas que soy tan desubicada. Vine por una emergencia. Estoy vestida así porque *tenemos* una recepción en el salón VIP del Swift. Parece que los japoneses quieren comprar todo. ¿Qué tendrá que ver con la electrónica?

–¿Tenemos?

–Sí, es un plomo pero tengo que estar por una cuestión de imagen. Después de todo, Mr. Raymond es mi marido.

Podría haber renunciado. Sí, ya sé, no es una recriminación. Es barajar una salida más a las hipotéticamente planteadas allá. Y acá. No nos engañemos, siempre puedo renunciar acá y ahora, y para el caso es lo mismo. Mejor. Aquello es historia, aunque si nadie la contó quizás no lo es del todo. Pero los participantes que sobrevivieron deben de estar tan ocupados en olvidar, como lo estaba yo hasta hace unos días en mi ventosa Neuquén, antes de mi desafío literario. Que curioso, me es más difícil ahora escribir que entonces arriesgarme. Pero la idea inicial es correcta: podría haber renunciado. Es un privilegio de los que empezaron algo. Como una gratificación. Terminar acá. Fin del episodio. No continúa la próxima semana, ni la próxima década. No hay más publicación. El arado que vino después justificó viejos errores. ¿Un muerto ignoto? Paparruchadas. ¿Una pequeña traición de bolsillo? Nimiedades. Un disparo, una liga, un toco de billetes, una cuchillada, una dieta a base de salame, una encamada fugaz, un retrato de Bakunin, una guerrilla, un robo sin fractura, un obrero en doble turno, un tranvía, una caricia, una revolución prácticamente ganada. Pavadas, temas sueltos para una mala novela.

No, no voy a renunciar ahora. No renuncié antes tampoco, aunque las dos situaciones se opongan por el vértice. En vísperas de la gran utopía la verdad la elaboraban rápidamente mis glándulas. Ahora no puedo darme ese lujo, debo encajar las partes de mi historia y hacer de cuenta que todo esto transcurre en la ficción de una latinoamericana novela de color negro prestado. Aunque mirándolo bien, el que predomina es el rojo.

El tono dramático viene a cuento por el momento de la historia. Pude pensar en renunciar viendo cómo se perdía la carroza de la princesa en la resignada Nueva York. De hecho lo estaba haciendo al volver a mi pieza. Pero adentro me esperaba la definición en

forma de objetos. La primera la leí ávidamente: eran instrucciones operativas para el día después. Conectar, recibir, entregar, volver a recibir, guardar, cambiar. Era demasiado fácil. Los grandes acontecimientos están sostenidos en acciones pobrísimas. La segunda fue como un cross a la mandíbula: en el sobre había diez mil dólares, con la cara de Washington o de alguno de sus camaradas. Nunca había observado tanta plata junta. Me la puse en el bolsillo de atrás del vaquero, para ver cómo me quedaba. Después probé en la cintura, en contacto con la piel.

*La plata te entra en la sangre, Edy.*

Cuando la fui a guardar en el único lugar del mundo en que se guarda humanamente la plata, o sea, debajo del colchón, descubrí el último objeto que había dejado la Rubia subrepticamente. No muy pesado, ni frío ni tibio; elixir de la vida porque lo es de la muerte, venido a este mundo de parte de los dioses: un Smith & Wesson 38 Special, cargado y sin seguro. El seguro hubiese sido un contrasentido.

*Era inevitable, Edy. El género clásico tiene sus cosas. Todo se hubiese desmoronado con un Rubi o con una Tala. Quizás no tanto con una Ballester Molina. Pero la Rubia seguramente se había leído todo Chandler. ¿Qué hacemos, Edy? Intenté decirlo más arriba. No sé si lo logré. Sólo nos queda cumplir con nuestro destino. ¿Quién soy yo, quién era yo para rebelarme contra el sistema?*

Lo tenía todo: un poder real, una montaña de plata, aunque momentáneamente ajena, y el fuego sagrado de Prometeo en la mano derecha. Y sí, con la Rubia era un afano. De eso, dejando eufemismos de lado, se trataba.

He visto cosas peores, pero no sé si vivido. Algunos tienen una capacidad especial para objetivarse. Lo mío es más fácil; todavía no sé si lo que sigue realmente ocurrió, o es cosa de la literatura. Hasta acá sí ocurrió. Pruebas al canto: el perfume de la Rubia quedó en el bulín hasta hoy. El de la plata quedó menos, lo material es corruptible. Ahora, la idea empavonada, ese misterio de la naturaleza humana que vive en la parte de afuera del corazón, o también

cerca del sexo, me refiero al SW, claro, ese perfume fue el verdadero culpable.

Esa madrugada andaba lento de reflejos. En parte porque había estado demasiado tiempo adentro de las cámaras, y los cuarenta y dos grados bajo cero hacen lo suyo. En parte por el maldito vino chinche de la costa que a un iluminado –de esos que nunca faltan– se le había ocurrido mezclar con jugo de naranja o de cámbanos.

No quería que se me notase el bulto de la plata, en el lado derecho, ni el bulto del revólver en el izquierdo. Parecía Superman.

Hacia rato había conseguido el casco blanco de los supervisores. Al principio me ponía incómodo, pero uno se habitúa rápido a estar en la vitrina. Nadie sabía de qué trabajaba, yo tampoco. Tenía que asumirlo como un disfraz, un camuflaje operativo. Igual, a mis viejos compañeros no les caía muy en gracia la metamorfosis acelerada. Evitaba pasar por las playas: los roldanazos –una roldada pesa sus diez kilos, incluyendo la cadena y el gancho– quiebran piernas de los supervisores. Tiene que ver con el peso específico de los componentes de la materia en cuestión. Tenía un cartelito colgando del bolsillo exterior que decía “Inspección Veterinaria”. Pobres animales. Es bravo estar en el último peldaño de la escala, pero peor debe ser no saberlo. Entre la sangría y el frío me estaba volviendo todo un filósofo. Tengo un amigo que sancionaría esto con el infalible diagnóstico de pequeñoaburguesamiento. Toda una palabra.

El contacto se me identificó como si se tratara del cabo primero Alderete frente al general Mc Arthur. Lo ridículo era, además, que el tipo podía ser mi padre. Tuve ganas de preguntarle las razones por las que se había metido en semejante aventura, pero me hubiera fusilado devolviéndome la pregunta. De todos modos, estaba más cerca de la jubilación que yo.

Hice lo que la Rubia había indicado que hiciera. Le di los datos de la dársena de embarque, el número de camiones comprometidos, la hora precisa y le endilgué boletas, facturas y hojas de ruta, todas falsas. El destino era cosa de ellos. Pero no me hubiera sorprendido que lanchas y camiones volvieran a descargar todo el choreo en el mismo punto de partida, horas más tarde. De hecho, era lo que había empezado a sospechar a falta de mejor ocupación.

El otro embolsó datos y papeles y se quedó como esperando, algo nervioso. Pensé que a lo mejor quería una propina. Sabría que andaba con el toco y estaría midiendo rápidamente las alternati-

vas favorables de apretarme allí mismo, lo que hubiese demostrado lo efímero de los planes y proyectos. A propósito: me descubrí pensando que la plata era mía. Inevitable. En realidad debía entregarla al final del embarque a una persona portadora de una ridícula contraseña del tipo: "El ángel ha llegado a San Telmo". Consideré que lo mejor era apuntarle con mi arma a la cabeza. Así que después de desabrochar desprolijamente media vestimenta, logré encontrar la culata tibia de mi compañero. El tipo que tenía enfrente, a menos de tres pasos, debió de darse cuenta de que yo no era el Cisco Kid. Pero, por razones que aún ignoro, prefirió dar media vuelta y marcharse. Los norteamericanos llaman a eso disuasión armada. Yo no pude *arrancar* del todo. Así que después de esa experiencia traumática decidí andar con el revólver en el bolsillo, apenas disimulado con un trapo lleno de sangre y grasa. Y que todo se encausase por la vía más natural. No sé si me explico.

Del puerto llegaban los contrapuntos de las sirenas de los remolcadores. Dirían algo misterioso, imposible de descifrar para un mortal ribereño. Llamarían al amanecer, que se mostraba perezoso. O simplemente se quejarían, como todo el mundo. Las lanchas aplastarían con sus panzas chatas la superficie aceitosa del canal. No se podía decir si navegaban o rodaban. El olor rancio de la resaca recordaba que se trataba del verdadero límite de los elementos. Además, la bruma, claro. ¿Qué sería de una historia como ésta si no estuviese envuelta en brumas?

Me parece que los primeros disparos vinieron del río. Pero pudo haber sido por culpa del eco. Además, no parecían verdaderos disparos. En otro contexto podrían haber pasado por pacíficos cohetes escapados de algún festejo, vinculado a alguna mala costumbre popular. Un obrero que andaba por ahí no debió de ser de la misma opinión: cayó redondo al suelo, atravesado por una bala que le entró por el pecho, le salió por la espalda y además tuvo fuerza para incrustarse profundamente en un tonel de tripas listas para ser embarcadas a Singapur. No provenía de un matagatos.

No tuve tiempo de asistirlo, en parte por la mancha roja que se desbordaba por la espalda, apenas contenida con las varias capas de ropa, hecho que insinuaba la inutilidad de cualquier apoyo externo; en parte porque otro tiro rebotó en una columna en la que segundos antes estaba apoyado, precipitando una molesta lluvia de arena y cemento entre el cuello y la camisa. Creo que me apuntaban a mí.

Tuve tiempo de pensar que ese era mi bautismo de fuego, reafirmando mi condición de intelectual contumaz. Después salí co-

rriendo como un bólido, me metí dentro de un camión térmico todavía vacío, y salí disparando al instante, pues en el terror caí en que eso era un perfecto sarcófago. Volví a la tierra como un poseso, perdiendo el casco y la dignidad al zambullirme en una estiba de bolsas con pulmones disecados con destino a Israel. Todas las balas del mundo perseguían mi frente o mi culo, según el sentido siempre cambiante de frente y retaguardia en la guerra moderna.

La inesperada protección fofa y agradable de los bultos en arpilleras me dio un respiro para intentar pensar algo. Por momentos arreciaba el furor histérico de los disparos, aquí y allí, unos en respuestas de otros.

A ver, hipótesis más probables: guerra con los chilenos, no. Grupos de azules contra colorados rezagados del 62, no. Revolución proletaria tipo Comuna de Berisso, no. Avanzadilla de la cana en lucha contra los malos, difícil, los malos son ellos. Alguien se quiso anotar un poroto y deschavó la operación. ¿Serán de salva las balas del S.W.?

Ahora los gritos se escuchaban más claros. Alguien berreaba por los *compañeros* dando indicaciones al viento. Desde el edificio de las oficinas, en el tercer piso, por entre las ventanas semiabiertas, asomaban caños alucinantes de armas de todo tipo. No serían los empleados haciendo liquidación de sueldos y jornales. Más policías, porque a esta altura era evidente que se trataba de policías en ropa de fajina, parapetados tumultuosamente en los vagones metálicos del ferrocarril, ensuciándose con el estiércol de las vacas, excitados por sus propios disparos, pero sin muchas intenciones de abandonar la seguridad de su posición. No habrían dormido lo suficiente y la mayoría estaría en tránsito a emborracharse. Al menos hasta que empezaron los tiros.

La otra parte, que en los libros militares figura como *el enemigo*, estaría en una zona hipotética cercana a mí. Dicho de otra manera, yo era parte del enemigo. Algo es algo, al menos ganaba en claridad. Recordé que había dejado la muda de ropa sucia debajo de la cama y deduje lo que pensarían cuando la encontrara quien la encontrara. Y las circunstancias del hallazgo. Habría libros desparramados por todos lados. Quizás alguna revista algo pornográfica. Me dije que siempre se tiene ese tipo de evocaciones en momentos críticos, para después caer en la cuenta de que era esa mi primera oportunidad. Por qué no la última.

Acompañó esta reflexión un cadáver que cayó literalmente del cielo. No hacía falta ser un profesional en la materia para trazar el diagnóstico. Al sujeto le faltaba medio cráneo y el ojo derecho,



para apreciarlo. Andaría asomado por algún lugar arriba mío y fue alcanzado de frente por una especie de cañonazo. Cayó sobre mí como un muñeco, pasándome en la caída un brazo por el hombro, en señal no necesariamente de amistad. Noté que debajo del guardapolvos blanco de rigor –ahí todo el mundo se disfrazaba de trabajador– tenía una especie de uniforme de combate.

El espanto de los sesos sobre el suelo, sobre mi hombro y brazo, sobre las bolsas de arpillera con destino a Israel, sobre las tarimas de madera que esperaban pacientes su turno, sobre la pared vencida por la humedad, en fin, sobre todo el universo circundante. Sesos sobre el río y las riberas y edificios con y sin chimeneas. Sesos sobre sesos y sin cuerpo. Sesos blancos regordetes sin memoria, sanguinolentos y con un suave humito a sesos. Pasta de hombre. Pensar que ese pedazo es el responsable del progreso del hombre, del genio y de la creación artística y científica. Habría que reconsiderarlo.

Pude haber vomitado hasta darme vuelta como una media, pero no lo hice, superado por el terror. El cadáver se había instalado sobre mí impidiéndome todo tipo de movimiento. Estuvimos luchando un rato: él rociándome con los consabidos sesos, con sangre y otras gelatinas; yo aplicando codazos y patadas no del todo ortodoxas. Gané yo. Pero no podía quedarme allí, podían llover más muertos.

La sangre y otros restos sobre mi ropa no fueron muy chocantes, psicológicamente hablando. Yo ya mataba vacas. En la escala de la vida, nuestra diferencia con los animales es una cuestión casi ideológica, y encima con tendencia a desaparecer. Además, la sangre tiene que ser roja.

El escenario del combate, en cambio, seguía confuso. No ayudó mucho a resolver la cuestión un flaco que se acercó serpenteando por el empedrado como en las viejas películas norteamericanas de guerra. Era del mismo bando que el finado sin seso que cayó del cielo. Vestían el mismo uniforme de combate con una estrellita roja en las charreteras. Este, por lo menos, ya se había desprovisto reglamentariamente del guardapolvos civil. Lo único que desentonaba era una gorra de visera con los clásicos colores rivales y con una inscripción que decía “Los capos de La Plata”.

El flaco no abandonó su posición reptante para preguntarme cómo me iba. Le dije que bien y le señalé al ángel caído. Me contestó que Ramiro era un tipo que siempre se exponía demasiado. Podíamos haber estado charlando en ese tenor un largo rato sin avanzar un milímetro. En realidad, yo no me animaba a preguntarle a

qué ejército pertenecía, cuándo se había declarado la guerra –contra quién no, porque era técnicamente obvio–, con cuánto parque contaban y si había alguna posibilidad de negociar. No quería hacerlo por temor a la respuesta, o quizás porque no deseaba aumentar más las preocupaciones del otro, que suponía importantes a la vista de la conflagración. Quedaba implícito que los del flaco estaban perdiendo. Con sólo verlo charlar desde el suelo se sacaba la conclusión. El otro aspecto implícito, esta vez desde el punto de vista del flaco, era mi ubicación en el pleito: una o dos veces me trató de *compañero*, apelativo al que era difícil rehuir. Yo insistía en tratarlos de *ustedes* y usaba la segunda persona del plural a cada rato y a modo de definición. Pero el centro no era una cuestión gramatical, algunas balas rebotaban en el hormigón de las columnas. Nunca me encontré más solo en mi vida.

El combatiente me dejó una consigna que yo traduje por el clásico “No pasarán”. No debió hacerlo, tenía una dosis de yeta histórica como ninguna otra consigna. Se fue por el mismo lugar y del mismo modo en que había llegado. En ese momento supe que ese hecho influiría en la especial óptica que tendría respecto a otros acontecimientos de la vida en general. Interesante. Yo todavía no sabía cuál era mi propio bando. Podría haber sido el de la Rubia, o el del fantasma de Bakunin, pero no estaba seguro de tener que morir a tal efecto. Lo único que quería hacer era escapar, así que me dediqué a eso.

Aproveché un acto de distracción natural. Un camión de carga del que asomaba una bandera roja, conducido por uno de la estrellita del mismo color, había arrancado con gran estrépito, acelerado en segunda a fondo, y enfilado contra un montón de policías parapetados incorrectamente detrás de unos tambores de grasa con destino a Liverpool. Los de azul prefirieron dispararle con todo lo que tenían antes de dispersarse. El chofer hizo un buen trabajo porque alcanzó a arrollar a varios, o de los más lentos o de los más valerosos, provocando una serie de carambolas entre personas y tambores con un rédito apreciable. Fue regando el camino con cortes de carne y corderos congelados que caían de la caja térmica abierta de par en par. Esos animales ya habían pasado por ese tipo de situaciones y su participación en las acciones era del todo accidental. El veloz episodio terminó en escándalo. Algunos disparos provocaron el incendio del vehículo con bandera y todo. Incendio que rápidamente se extendió a otros tambores inflamables que rodaron expandiendo la buena nueva. No era de esperar una rápida intervención de los bomberos. Algunos tímidos chorros de agua

aparecieron dirigidos desde dentro de la edificación. Hubo quienes dejaron las armas para empuñar mangueras. No llegaba a constituirse en un símbolo.

Yo me fui prácticamente paseando, directo al río, que presumí una vía natural de escape. En el camino me encontré con otro *compañero* de cara al cielo. La luminosidad de la noche escandalizada por el incendio dejó ver un rostro lampiño, de ojazos celestes abiertos de par en par sin una pizca de temor, y una boca cuyo grito nunca moriría. Tendría veinte años a lo sumo. Su mano derecha se prolongaba en un FAL que, como es de dominio público, es el arma oficial del ejército nacional ¿Por qué no podrían ser de otro ejército? Su pecho cruzado en diagonal por una ráfaga dejaba escapar un montón de vida con proyectos y todo. Las heridas parecían dibujadas allí a propósito.

Me arrodillé imprudentemente a la vera de ese Cristo. Por primera vez en la noche tuve ganas de llorar. Y lloré. No entendía casi nada, aunque eso podría ser más o menos a propósito. Le saqué suavemente el fusil junto a un par de cargadores sin servir que tenía intactos prendidos al cinto. Cargué el arma como pude. Buena arma. Sin apuntar a ningún lado en particular, vacié primero un cargador, después el otro. Vi que algunos tiros rompían vidrios cercanos a donde estaban los de liquidación de sueldos y jornales, quienes se escondieron presurosos. Otros fueron a dar al portón de fierro que los ignoró olímpicamente. Los más se perdieron en la noche. Todo se pierde en la noche. El fusil se calentó demasiado. Ya no era una buena arma. La dejé con su anterior dueño y seguí mi camino a ninguna parte. Decidí cambiar de destino. Tomé rumbo a las cámaras cuyos pasillos dan al puerto. Ese era mi barrio, después de todo. Supuse que el frío me vendría bien. Afuera, el tumulto devenía en persecución. Estarían invadiendo la zona urbanizada de la Nueva York. Era fácil suponer quién perseguía a quién, aunque quizás los protagonistas no lo supieran.

Ya no pensaba en correr. Me sentía en un laberinto en bajada. Una mano de acero me crispaba la garganta. Se trataba de mi propia mano áspera de pólvora abrigando mi cuello desnudo. La técnica que descubrí era la de no pensar, el cuerpo resolvería solo el problema. Me interné en un bosque de medias reses respetuosas de su condición. Se bamboleaban a mi paso trazando mi derrotero inequívocamente. Se suponía que no debería hacer tal cosa, pero en algún momento se dejarían de mover. Tomé atajos inexplicables. Conocía las cámaras mejor que mi propia pieza monoambiente. Intenté abrigarme con retazos de bolsitas de algodón recogidas aquí y allá,

pero con poco éxito. Sabía que en pocos minutos tendría que salir al exterior, nuevamente a la noche, o me congelaría. La idea básica nunca registrada y tan antigua como el hombre era la de poner la mayor distancia del peligro. La espalda cumple así una función positiva. Emergí como un esquimal por una trampa para cargar cajas congeladas. Era una cinta con rodillos que, sumada a la tumefacción de mis miembros, provocó una linda caída con poco ruido al otro lado de la camarita. De vuelta al mundo, era un salvaje que huía de la glaciación. Tenía algo de nacimiento. Como siempre, era novedoso que la temperatura se percibiera ante todo en la nariz, que capta de una vez el mundo del puerto, incluyendo sus ruidos y cadencias. Después, la brisa hace lo suyo con el resto de la cara y las manos. No hay nada como ganarles la partida a los elementos mal llamados naturales.

No tuve tiempo de replantearme todo el asunto debido a un par de botas que descubrí exactamente a veinte centímetros de mi cabeza. Seguían, hacia arriba, las piernas con aspecto de uniforme. Más arriba un torso no muy atlético que digamos y finalmente una cara conocida: el ex operario Lagos, ahora reciclado en sargento de policía. Me ayudó trabajosamente a pararme como Dios manda y de un brazo me guió hasta la ribera. No hablaba. Mi sangre recuperó su habitual fluidez y supuse que otro tanto debería hacer la parte correspondiente a mis ideas. Bajamos por una estrecha escalerita de cemento que terminaba en el agua sucia del canal. Lagos saltó a un bote, que acercó con una soga pringosa atada a una argolla de fierro. Me indicó con un gesto que subiera y lo hice. No tenía otro remedio, era el final del camino.

Estábamos varios metros por debajo del plano de la fábrica. Quizás por eso los ruidos y explosiones llegaban como retardados, de otro mundo. En las aguas aceitosas se reflejaban las llamas anaranjadas y amarillas del fuego apocalíptico.

Me derrumbé en el fondo del bote sobre lonas mojadas, hartas de orines y pescados muertos. Eran un buen lecho esa noche. Tanto que en pocos minutos quedé dormido. Todavía no sabía si me estaban metiendo preso o me estaban liberando, y de qué. El SW no había servido para gran cosa. Ni siquiera la famosa confianza gratis que todo el mundo asegura que brinda. Otra ideología a la basura.

Debo de haber preguntado qué había pasado. O el sargento –de espaldas, remando– se sintió obligado a hacerlo. Yo sólo veía el cielo de violáceo a anaranjado, poblado con nubes de ocasión vagando

por ahí. Mi visión se recortaba por los bordes de la proa del bote. Parecía estar mirando al interior de una iglesia.

“Se pudrió todo. Cosas de la política. A Mr. Raymond lo apretaron de arriba. Había llegado demasiado lejos en su juego, que era estafar a la Empresa valiéndose de la guerrilla, pero para un proyecto bajo dirección superior. Parece que la idea era fundirla y ponerlos ante la obligación de venderla por la mitad o perderlo todo; y no me refiero a las máquinas, que son de principio de siglo, sino a los preciados cupos de exportación, verdadero botín de guerra que depende del Ministerio de Economía. Política. Los yanquis aceptaban callados el monto de la estafa. Todos los gerentes locales lo hacen, es como un sueldo indirecto, parecido a lo del virreinato. A ellos les sirve para tener a mano un chivo expiatorio a quien responsabilizar por si saltan los negociados que hacen a nivel continental. Los de acá son chirolas.

”Pero Mr. Raymond era demasiado ambicioso o inteligente, cosas que por lo general no van juntas. Comenzaron a sospechar que lo suyo no era tan doméstico, podría estar ligado a los ingleses que nunca se resignaron del todo a dejarles el boliche a los yanquis. O a los Australianos, que es casi lo mismo. Pero, ¿podía un simple gerente local amenazar todo un emporio? Sólo si simultáneamente era una pieza cara en otro juego: el poder político. Mr. Raymond tenía fuertes conexiones con un grupo de militares que se jactaban de manejar todo desde afuera. Gente de armas tomar. Gente vinculada al Departamento de Estado. Estos tipos tienen su propio ejército, planean montar un país dentro de otro. La teoría era simple: la guerrilla es inevitable, es un fenómeno mundial. ¿Por qué dejarles la iniciativa y el misterio? Acompañemos, en cierta forma alimentemos a las larvas, estemos en primera línea desde el principio. Sabremos qué piensan y qué van a hacer casi antes que ellos. Sembremos la corrupción aquí y allá; es como tirar un espín, tarde o temprano el enganche se produce. De paso cañazo, a modo de entrenamiento podemos sacarnos algunos personajes molestos de encima: sindicalistas corruptos, milicos mal criados, zurdos ortodoxos. La jugada no tiene pérdida. En última instancia siempre se los puede –y se los debe– aplastar como cucarachas y ganar puntos como salvadores de la democracia. Es una cuestión de oportunidad. Mr. Raymond se va haciendo fuerte en esta perspectiva, es la puerta ancha de la infiltración. Maneja muchos medios y además vive en La Plata, un verdadero semillero.

”Quizás los gringos de la IPL (Internacional Packard Limitada) sospechan que hay algo fuera de control. En un momento lo

quieren sacar al gerente rumbo a Río de Janeiro y se encuentran con una fuerte oposición, nada menos que de parte del gobierno nacional. ¿Qué pasa con estos muchachos radicales, viejos amigos de Occidente? Miran por sobre el hombro de Illia y descubren la jugada inminente. Se dirían ¿Qué calienta si todo cae en casa? O se dirían: política futura vs. intereses actuales, mejor intereses actuales; mañana Dios dirá. Pulgar para abajo para Mr. Raymond y sus muchachos.

"Ahí me falta un eslabón. ¿Cómo actúan, qué botones aprietan? No pueden denunciar públicamente a Mr. Raymond porque todos pierden. Las intenciones de hacerlo calladitos, vía las más altas autoridades choca con un pequeño problema: el gobierno está como en el aire a causa de los milicos, éstos no dan bola a nadie y preparan algo grande. Probarían otro paso: puentear a la primera línea de generales. Es asombroso lo que encontrarán: nacionalistas de varios pelajes, hasta izquierdistas, aventureros, corruptos y tipos ya entregados. Es una verdadera vergüenza que no se entienda cómo se debe defender el patrimonio nacional. Quizás obtengan algo, de todos modos; probablemente buena información. Porque después de este ensayo, exigidos por el tiempo que se acorta –el golpe es un hecho– toman una drástica decisión. Se arremangan y meten las manos en el barro. ¿Y quién es ese barro? Nada menos que la policía de la provincia de Buenos Aires. Un poder dentro de otro, todavía dentro de otro. No hace falta perder tiempo en hacer contactos, están hechos desde tiempos inmemoriales. Nacieron juntos. A ese nivel, la policía de la provincia Buenos Aires actúa como un supermercado mayorista abierto las veinticuatro horas: servicios por juegos, prostitución, cohechos, estafas legales, droga, supresión de individuos molestos, robo organizado de vehículos, de bancos, de kioscos. Así que se decide dar el golpe antes de que sea tarde. Lo van a hacer aparecer como producto de la investigación de la lucha contra la subversión en ascenso. Después de todo, la guerrilla era un peligro real. Aunque se sabía que para algunas autoridades la filosofía era dejarlos retozar y tener una justificación para actuar más adelante. De allí calculo que acelerar el trámite les tiene que haber salido algo carito a los gringos. Era una inversión para proteger su capital, caramba. Todo legal.

"El calendario se achica: junio es el mes del cambio, del golpe. Los últimos eslabones de la cadena se están remachando en Washington. ¿Resistencia popular? Los radicales son unos papafritas. Perón mira para otro lado. En la sacudida del árbol quizás caigan algunas peras para este lado. Vandor le saca punta al lápiz. La zur-

da dejó un cartelito en la puerta que dice: "Salí un momento, enseñada vuelvo". A pesar del pronóstico favorable, o quizás a propósito de ese pronóstico (no sea cosa que Mr. Raymond aparezca de ministro, en los golpes nunca se sabe), el ala dura de los gringos decide anticiparse, por la dudas. Tienen un dato preciso, con pelos y señales, del próximo embarque. Lo podrían parar en destino. Ir agarrándolos de a uno, con menos costo. Tendría lógica operativa, pero no política. Lo que se necesita es un gran hecho político que de alguna forma deje pegado a Mr. Raymond y abra una sangría en su sector que lo muestre como un tipo poco confiable. Al menos, si no se lo puede destruir que sepan que han recuperado las cartas y que es con *ellos* con quienes tienen que discutir. El mensaje tiene que ser claro y entrar con sangre.

"Dentro de la Fuerza la cosa se plantea oficiosamente. Hay una changa. Paga en dólares sin descuentos. Las órdenes serán verbales para ahorrar trámites burocráticos. Todo se centraliza en la oficinita sin cartelito de reciente inauguración. Oficialmente, esa noche se sale a hacer un operativo masivo contra el juego clandestino. Los muchachos parecen recuperar la alegría de la acción cuando se ve que son muchos. Demasiados. Aparece un montón de problemas de equipo, logísticos, de entrenamiento y objetivos claros. Nada que no pueda licuarse con un buen asado y vino de partida. La mayoría opinaba que era una joda. En casos como ese no aparece el espíritu de cuerpo, sino más bien sus humores. En fin. Creo que hubo bajas. Las viudas serán viudas de mártires. Cosas de la política."

El bote parecía lanzado a la deriva. Pero Lagos, además de policía y ex operario de la carne, era isleño de nacimiento. Con un solo remo había guiado el bote, aguas abajo, por casi una hora, hasta dar con el pobre amarradero de troncos. Estaban en la Isla Paulino, aunque no de pic-nic.

Blass había escuchado con todo el cuerpo el relato del sargento, pero no podía decidir si le creía del todo. Por lo menos era evidente que no estaba preso. Idea que reforzó sus propias dudas recurrentes respecto de su verdadera participación en ese lío. Esta podía ir desde el desempeño excesivamente leal y solícito en su carácter de empleado, al de un simple subversivo solitario y de a pie. Demasiados colores en ese arco iris. Se estaba poniendo a la defensiva. Se resistió todavía a formular la pregunta obvia, pero la tranquilidad del bosque junto al río en la mañana franca le aflojó un poco las tensiones.

-Vos, Lagos, ¿cómo entrás en todo esto?

–Yo no entro, salgo.

–El del lenguaje ambiguo vengo a ser yo, mi sargento. Aunque el cuento del bote fue bastante explícito, eludió la parte que le corresponde. Digo, es la tercera vez que nos encontramos y noto una ligera variación de roles. Como interrogador, la primera vez le tocó el papel de buen tipo. Pero ya en la fonda me tiró una propuesta que va contra el reglamento. Me imaginé que estaba sobreactuando un papel que de por sí le quedaba grande. Aunque quién sabe, uno es varias personas a la vez. Por las dudas, ¿viste? ¿Qué pasó con Mr. Raymond? ¿Le dio la changa?

–El Viejo, al principio, no me dio ni la hora. Tuve que usar mi autoridad. En ciertas ocasiones un sargento pesa más que un general.

–Lo metiste en cana por cruzar una luz roja.

–No hizo falta. Le presenté información de primera: día, hora, capacidad de fuego. Las paredes de la oficinita son una porquería.

–¿Cómo que se lo presentaste?

–Se lo vendí: cinco mil mangos.

–No entiendo. Si la operación estaba deschavada, ¿por qué Mr. Ray siguió adelante? Si te pagó es porque te creyó.

–Vamos, hay que usar un poco la cabeza. ¿Qué clase de lógica enseñan en la universidad? Mr. Raymond es el que más puede ganar en todo esto. Uno, se saca de encima a la guerrilla que probablemente ya lo estaría chantajeando. Dos, blanquea su situación con los gringos al poner en evidencia un complot contra la empresa del que él es víctima. Tres, fortalece su relación con los jóvenes –y no tan jóvenes– militares “intervencionistas” de mano dura que buscan ganar su propio espacio ofreciéndole una bagatela. Digamos que si el plan original no es de Mr. Raymond, éste se adaptó rápidamente a las circunstancias. Parece que fuera una propiedad específica de esta gente.

–Igual, no deja de ser una paradoja.

–Paradoja es la de los muchachos de Fidel. Hay datos que indicarían claramente que los subversivos también estaban al tanto. ¿Por qué siguieron adelante ellos, que eran lo que más tenían que perder? Te lleva a pensar que había algo más que un afano.

–La palabra es *expropiación*.

–No, no. Me refiero a un acto. Algo simbólico. Tomar el puerto. Subir su bandera. Ocupar la empresa y secuestrar rehenes gordos, quizás al propio Mr. Raymond. En las acciones anteriores no usaban uniformes, y menos, nuevos. Parecía que se preparaban para la foto. O sea: parte de la comandancia sabía que la acción estaba



al descubierto –o con grandes posibilidades de estarlo–. En vez de abortar, pisa el acelerador. O bien no puede advertirlo porque corre el riesgo de caer en desgracia en el grupo, o de hacerse sospechoso, o bien su verdadero interés es mandar a todos al matadero en el sentido estricto de la palabra. ¿Puras coincidencias? Las coincidencias no existen.

–Sos todo un detective.

–Un par de puntos menos. Tengo información. Las guerras ahora las ganan los que tienen información. Hay que sumar y restar información. ¿Qué te parece el panorama? Y antes de que me lo preguntes –porque en realidad era la primera pregunta que tendrías que haberme hecho– te saqué del medio de la podrida porque en mi análisis no entrabas por ningún lado. No es por lástima sino por coherencia. Además, te necesitaba para poner en orden mi relato.

–Creo que sos un cana de mentira. A veces las cosas aparentemente más complicadas se resuelven con un gesto. Mirame a mí, que todavía me queda una guita que no debería preocuparme en devolver, y un chumbo tan útil como un pisapapeles. La historia de conjunto me gustó, por momentos está como metida a martillazos, pero más a martillazos está metida la realidad y todo el mundo conforme. Ahora batime la justa. No me aclaraste *tu* posición en el juego. Tu rol de informador al instante debería tener otro apoyo.

–Si no te cierra, preguntale a tu amiga la Rubia.

Blass se tensó como un alambre al escuchar el nombre de la mujer. Dejó pasar unos minutos para disimular, y cuando no pudo más preguntó.

–¿A qué Rubia te referís?

–Vamos, Blass, no sigas subestimando al enemigo. Rubia, en este relato, hay una sola. Es la potra que vive con Mr. Raymond. Hasta vos debés de saber que es una mina de los servicios.

*–Más que un cuento negro me salió una figura geométrica, Edy. Círculos concéntricos, radios compartidos, segmentos y no pedazos.*

*–La cultura de Occidente arrancó en la geometría, Blass, no deberías renunciar a ello.*

*–Es lo inexplicable de la tangente. Si hubiese conservado el SW tendría al menos una prueba de que lo anterior no es del todo inventado.*

*–Bueno, pero ¿no debería morir algún personaje clave? Algo parecido a un desenlace.*

*-Dejalos que cada uno muera por mérito propio. Pero sí hubo un desenlace: el golpe de Onganía fue un interesante desenlace. Efectivo, al menos momentáneamente. Por supuesto que Mr. Ray fue ministro. Los cupos de exportación los debe haber guardado bajo el colchón. El sargento Lagos terminó como jefe de seguridad del ministro Ray. Uno de los comandantes del operativo "costilla popular" llegó a ser subsecretario durante el gobierno del Tío Cámpora. Todo sube lo que sube.*

*-¿No se te queda ningún personaje?*

*-Claro. La encontré años después.*

Estaba gorda y con várices, aunque ello no pudo contrarrestar mi recuerdo. El pelo seguía siendo color miel y como recién lavado. Tenía un pibe en brazos y caminaba por el medio de la calle como una reina. Se trataba de la marcha que les hicimos a los milicos unos días antes del 2 de abril. Plena vísperas de las Malvinas. Es como una competencia de cargadas. La historia es la historia de las cargadas que en el mundo han sido. Me acerco de frente, presumiendo que hubiese querido evitarme. Le digo estúpidamente: "¿Te acordás de mí?". La Rubia me contesta: "Todos los días de mi vida". En ese momento a la Infantería se le ocurrió cargar, y hasta hoy no supe más de ella.

Mirándolo bien, ahora se me ocurre que fue mejor así. Lo que sostuvo su imagen fue el hecho de que nunca pude probar lo que Lagos me tiró esa noche. Podía haber estado en la marcha por varios motivos: apoyando a la CGT de Ubaldini, de la cual sería un cuadro destacado; vigilanteando a tal o cual dirigente descarriado desde un servicio no del todo *aggiornado*; o sabía qué iba a pasar en un par de días más y se le despertó el *ser nacional*. También es posible que estuviera cruzando la avenida rumbo al supermercado para comprar cien gramos de salchichón. Son distintos aspectos de la misma vida.

*-Bueno Blass, fin de la historia.*

*-Sabemos que es una historia sin fin.*

*-Por lo que a mí respecta, sí lo tiene.*

*-Siempre fuiste un tanto condescendiente como amigo. Los dos sabemos por qué tuve que disfrazar el relato bajo un apurado montón de palabras. El lector pudo haberlo advertido. La autocrítica no es mi fuerte.*

*-Si te ayuda el clima, imito aquella parte que le podemos cargar al sargento Lagos: "Suéltalo ya, Blass, te vas a desahogar, realmente lo hiciste, ¿no?"*

*-Al final de la historia, sobre todo en la parte escrita, el capataz me terminó agradando. Al empezarla, no. Es una maldita visión retrospectiva. Digamos que pude evitar que el tipo cayera. Y cuando lo hizo, pude ayudarlo a salir de la sangre.*

*-¿Por qué no lo hiciste?*

*-El tipo no me lo pidió. Pudo haberlo hecho, y en ese caso sería diferente. Siempre y cuando yo hubiese aceptado. Pero prefirió su destino. Lo de la plantada del cuchillo pretendió ser un mensaje. Matar al muerto apelaba a una venganza apócrifa, pero también poética.*

*-No todo es cuestión de ortodoxia, Blass.*

*-Claro, andamos por la vida cumpliendo programas prescritos. De eso se trata, Edy, menos en la literatura. Creo que por eso escribo, para burlar las consignas.*

*-Escribir no es tan aburrido, Blass, ni las consignas son tan innecesarias.*

*-Sólo se me ocurre una consigna para cerrar provisoriamente esta historia.*

*-Escúpela, Blass.*

*-La voy a extraer del texto, Edy: la sangre tiene que ser roja.*



## La resurrección

Hemos transitado tanto en los sueños y la realidad se ha presentado tan gaseosa, que cuesta agendar los episodios de estas narraciones en uno u otro archivo. Vamos conformando los capítulos que ya transcurrieron con la misma libertad de elección que los que aún no han sido vividos. O escritos. Porque de lo que realmente se trata es de poder escribirlos. Creo que ya se dijo. Ya habíamos quedado en que no interesaba tanto la cuestión más académica, por así llamarla.

Pero la verdad es que lo que sigue va a ser terriblemente cierto. Lo curioso es que es una verdad enterrada por más de veinticinco años, sin motivo aparente. Algo que podemos aprovechar para desentrañar, como orillando el género policial de un tono gris oscuro, por lo menos. Ya sabemos de las identidades histórico-cromáticas. Sea como fuere, es la primera vez que me siento a escribirla.

Es difícil imaginar una película de acción sin una patada en una puerta. Aunque sea irrelevante, como en un segundo plano. Es todo un género en sí mismo. Hay aproximaciones tales como el “escruche” con unas ganzúas, disparos sobre la cerradura, y hasta la idea *base* del empujón con el hombro. Pero la patada, el patadón plano sobre el centro geográfico de la puerta protectora, con todo el peso que se pueda concentrar en un segundo, ése, ha creado toda una disciplina. He visto derrumbarse puertas, partirse en dos o en astillas. He visto ganar a la puerta, inclusive. O la vieja comicidad muda de eludir el golpe al abrirse la puerta en el momento justo.

Bueno, la patada esa de finales de marzo del 75, fue sinceramente única. Violentísima, dada con alma y vida para no tener que repetirla, como quien quiere entrar al infierno para no salir nunca más.

Pero la cuota de ridiculez que tuvo anuló cualquier otra intención inicial más o menos obvia. Y es que la puerta de dos hojas, impactada en el medio, desencajada por un instante de sus herrajes, tomó de la patada tanta energía y elasticidad, que volvió a cerrarse con la misma firmeza, autoridad y estrépito con que estaba cerrada una fracción de segundo antes.

Perdón que me detenga en algo tan baladí. Pero es casi un símbolo del episodio. Es haber logrado meter todo el episodio en un hecho ridículo. El cana, de un *sport* oblicuo, apuntando hacia adelante con una escopeta del doce grande de dos caños, pateando la puerta de mi casa, que se le vuelve a cerrar en sus narices. Rambo retomando actividad después de la crisis.

No me perdí detalle, porque en realidad me disponía a abrir la puerta de marras por razones diametralmente opuestas. Adentro estaba oscuro y la luz del mediodía entrando como un sablazo resultó implacable. De no ser por el estrépito, que quedó en mi cerebro por varios días, daba para dudar de la escena. Una foto trasapelada en un film. Un lapsus mental. El parpadeo del viejo monstruo.

Mi primera reacción tardía fue decir “ya va” pero no tuve tiempo. Otro flaco sin uniforme, lenta y silenciosamente, había entornado una ventana lateral, apuntándome en este caso con su nueve milímetros. Dos estilos, dos personalidades. Igual, me insultó un poco a los gritos para que me quedara quieto. Eso debe de figurar en el código de procedimientos. Y también debe de ser por el miedo que tienen.

Porque los dos tipos tenían el miedo incorporado. O sea, antes del evento. Lo vi, cuando, una vez transpuesta la simpática puerta, entraron simultáneamente a la piecita. Olían a transpiración y a tabaco. Y al clásico olor de las armas. Un cierto olor profesional a las armas.

El más flaco me hundía la pistola en la panza, por aquella época casi inexistente. Me insultaba otro poco más y me pedía silencio con el dedo en la boca, como el clásico de la enfermera. También tuvo tiempo para cabecearle al otro que siguiera adelante. Todo esto con un balance extraordinario. De no ser por la situación, era para elogiarlo. Estaba frente a un tipo que hacía eso varias veces al día y probablemente iba superándose.

No me pidió que levantara las manos. Es algo tan trillado que uno lo hace gratis. El más gordo, el de la patada del campeonato, hurgó en la otra piecita comprobando que allí se habían acabado las cómodas instalaciones. Estoy seguro de que de haber estado un milímetro menos nervioso hubiese hecho algún comentario respecto de lo mal que viven los obreros. Se movía con su escopeta recor-

tada como si esta fuera su quinta extremidad sensible. Alzaba las frazadas de la cama con el caño, toqueteaba algunos libros desparramados sobre un mueble desastroso, indagaba detrás de la puerta y entre las ropas colgadas de los clavos en la pared. El inventario debe de haberlo aburrido.

Ahora bien, de alguna manera se impone hacer alguna referencia más o menos histórica. No hay modo de saltarse las cotas de la realidad. Sería más fácil hacer literatura si la realidad directamente no existiera.

La covacha antes descrita era muy pequeña, una más de las varias pocilgas apretujadas y mal dispuestas a lo largo de un pasillo maloliente. Una típica vivienda para obreros solteros; si son del interior, mejor.

Allí vivía yo con la precariedad y transitoriedad de los años setenta, desde hacía un largo mes. Es decir, desde quince días antes de la huelga. De igual manera y desde otro ángulo cronológico, si se quiere más fatalista, ese hecho se estaba produciendo en el día número quince de la huelga.

Estamos hablando de la gran huelga de los obreros metalúrgicos de Villa Constitución, provincia de Santa de Fe, lanzada contra el gobierno de Isabel Perón, para exigir la libertad de aproximadamente cien de sus compañeros, la mayoría dirigentes y delegados, encarcelados de un solo golpe el día... de marzo de 1975. La idea de la presidenta y de López Rega era algo así como arar la tierra sin pensar demasiado en la semilla que se iría a sembrar, si es que se iría a sembrar. El golpe se dio entre Campana-San Lorenzo, el viejo *Cordón Rojo*. También en el Norte, en Ledesma, Jujuy, contra Melitón Vásquez y el sindicato del azúcar, discolo y clasista. Acá, el activista número uno era el ahora viejo Pichinini, secretario general de la UOM Villa Constitución, algo así como una zona liberada de la burocracia sindical. El aire allí era distinto; su gente lo sabía, estaba orgullosa de ello y quería defenderlo a capa y espada.

El año anterior habíamos estado en el Riberas del Paraná, el Club de Villa, todos los que unidos pudimos jugar una carta para cambiar el rumbo de esta historia. Tosco, Salamanca, Pichinini... cientos de delegados combativos de muchos gremios de todo el país, y todo el pueblo trabajador de Villa Constitución. Nunca viví la esperanza como entonces.

Yo era, tan solo, un joven delegado metalúrgico de una empresa mediana del Gran Buenos Aires y estaba como en trance, desembarcando en otro mundo. Como se sabe, la idea de una nueva

organización no prosperó. Se pospuso. Se privilegiaron otros acuerdos. Se impuso la política del Partido Comunista Argentino, asustado ante la posibilidad de una fractura con la dirigencia sindical peronista.

Probablemente allí se inició esa suerte de aislamiento que, un año después, daría marco a esta tragedia. Es evidente que el gobierno evaluó no sólo el peligro que representaba Villa para sus intereses, sino también la soledad de Villa para asestar el golpe. Sentido de la oportunidad, que le llaman.

El más fantástico y sangriento golpe contra la dirigencia clasista y todo un pueblo trabajador. Casi mil efectivos fueron destacados, entre policías de todo pelaje, gendarmes, civiles militantes de la Triple A y activistas de la Juventud Sindical Peronista. La inmensa mayoría proveniente de Buenos Aires. En nuestra historia reciente debe de haber sido lo más parecido a un ataque convencional de una parte del país contra otra. Una invasión en el sentido estricto del término.

Villa y sus tres grandes fábricas metalúrgicas, Acindar, Metcon y Maraton, resistieron el primer aluvión a pie firme. Entre las tres y las diez de la mañana del primer día fueron detenidos cien dirigentes y activistas. Prácticamente toda la Comisión Directiva con Pichi, Porcus y Pascual al frente; las internas de Acindar y Metcon (Maraton sufrió menos, porque política y sindicalmente estaban ligados, a través de la Rosa, al miguélismo nacional); delegados de base y activistas reconocidos. Se allanaron sus viviendas o se los esperó para identificarlos al momento del ingreso al trabajo. Uno sólo puede darse una idea operativa de los acontecimientos de esa mañana si tuvo la fortuna de sobrevivir por lo menos hasta el 24 de marzo del año siguiente. Esta última fecha comenzó a ser vivida políticamente en forma espontánea casi un año antes. Un pliegue no siempre tomado en cuenta.

La política es cruel; todo lo que en las discusiones se tenía por previsible, pero que alguien posponía con argumentos creíbles, se transformó en acción desmesuradamente eficaz y harto desfachada. Seguía siendo lo menos probable, pero se estaba llevando asquerosamente a cabo. Las calles no se podían cruzar, por las caravanas de Falcons sin patentes, brazos afuera portando armas largas, que circulaban libremente. Yo calculo que las últimas palabras de López Rega al respecto deben de haber sido: "Para hacerlo, hagámoslo bien".

Durante los cuatro días subsiguientes, las tres empresas permanecieron ocupadas por los obreros atrincherados adentro, apo-



yados –como ya era tradición– por sus familias desde afuera. La amenaza de parte del gobierno de entrar a sangre y fuego fue respondida correctamente con el desalojo pacífico de las empresas y la organización en los barrios. Surgía una nueva dirección entre los trabajadores alrededor del Comité de Lucha, integrada por la camada menos experimentada de activistas. Ventajas de lo nuevo. En los primeros diez días se crearon decenas de organizaciones barriales de obreros en huelga en prácticamente todos los barrios de Villa, y en todos los pueblos y ciudades que iban desde Rosario hasta San Nicolás. El Boletín de Huelga (salía día por medio, promedio) los organizaba y el Fondo de Huelga comenzaba a funcionar, nutriéndose de colectas y víveres destinados a los más necesitados.

El quiebre legal oficial había obligado a volver a prácticas clandestinas nunca del todo olvidadas. Estas ya habían sido más que insinuadas desde el principio del gobierno de Isabel. Se les daría batalla en todos los terrenos. Y tal como se perfiló en un primer momento, el principal terreno sería el del aguante de la huelga. Había que prepararse para meses de paro y vencer el aislamiento.

Bueno, yo vivía con P., a la sazón delegado de Metcon, en aquel bulín tristón con el que se me ocurrió empezar el relato. Lugar que estaba ubicado a pocas cuadras del centro de Villa, sobre la Avenida.

P. no cayó en la primera volteada gracias a su gran espíritu militante: el día del golpe no entró, como debía, a las 5 de la mañana, sino la noche anterior, para atender a sus compañeros de turno cruzado. Fue uno de los pocos delegados que sobrevivieron y pieza clave en la organización posterior, sobre todo la de los primeros treinta días.

Yo estaba a la espera de ingresar también en Metcon en forma más o menos inmediata. Digamos que hacíamos buena pareja con P., compartiendo ideas y desventuras de todo tipo, incluyendo las amorosas. Éramos jóvenes, solteros, troscos, metalúrgicos y vivíamos el fuego de las vísperas. Los días de Isabel estaban contados.

Ese día D, milagrosamente, no fueron de madrugada, quizás porque esperaban encontrar a P. en la puerta de la fábrica. Aunque también es un error común atribuirle a esta gente tanta capacidad de prevención. Su fuerza reside propiamente en la brutalidad entendida como un todo intelectual y filosófico. Volvamos. Avisado por una compañera sobre los ingratos acontecimientos, apenas si cerré la puerta cuando hui poco decorosamente.

Los días posteriores fueron una vorágine de pequeños hechos y grandes acontecimientos. Declaraciones, contactos, citas nocturnas delirantes, reuniones secretas, llamadas milagrosas, puertas que se abren. Pasión, nervio, insulto, miedo. Pelotas e inconsciencia. Decenas de cientos de personas buscándose, amarrándose, dirigiéndose. Mujeres maravillosas, muros que caen. Solidaridad es la palabra. ¡No podrán con nosotros! ¡Nunca podrán! Uno se entera de por qué nació en esta época y qué cosa es eso que la literatura llama horizonte. Y ya nunca, o sea hasta la muerte, se pensará en otra cosa, aunque ese pensamiento se transforme con el tiempo y las circunstancias en una espina infectada en el flanco de la propia vida. Ese pensamiento que vivirá con nosotros trece veces por minuto.

Una hora antes de la patada del campeonato yo dejaba una reunión bastante numerosa del Comité, que se había hecho en medio del campo. Villa está en medio del campo. Creo que era una cantera abandonada. Lo de siempre: cuando las cosas empiezan a salir bien, uno automáticamente baja las defensas. O simplemente estaba feliz. No hay que olvidar la belleza de los primeros días de otoño.

Así que, observándome, me descubrí literalmente con la misma ropa que quince días atrás, pasadas por barro y humo de varias fritangas. Y fui vencido por mi *pequeñoburguesismo*.

El medio día pintaba exultante. Sería cuestión de arrimarse a la pieza, ver el ambiente en la cuadra, los móviles y todo eso. Pavadas. Tendría que ser rápido, eso sí, ni tiempo de bañarse, sólo sacar la ropa y algo para leer.

Lo peor fue no haber avisado nada a los compañeros. Digamos que tuvo que ver con la agilidad del trámite. Supongo que trataba de ahorrar problemas que discutir. Porque de lo que estaba seguro, aun en esos momentos de confianza suprema, era que me estaba metiendo en un problema. En fin.

Después supe que la dueña de la miserable pensión fue la que me delató. Nunca averigüé por qué: temor, estupidez, plata o simple identificación política con el enemigo. Estaría escudriñando detrás de las ventanas. Un buen ejercicio mental sería calcular cuántas horas o días más o menos ininterrumpidos esta buena señora habría estado espiando por su ventana que da al pasillo. Cuántos mates habrá tomado. Cuántas radionovelas escuchado, mientras tanto. Cuánto habrá envejecido su cara o sus recuerdos. Porque es de presumir que aun una persona como ella debe de tener algún recuerdo. *Este* debe de ser para ella un buen recuerdo.

Tendría teléfono o piernas todavía ágiles. O no, quizás llegó rengueando a destino. ¡Y qué destino! Nada menos que la sede de la histórica UOM de Villa Constitución, arrancada de las manos de los *perros comunistas* y, en esos momentos, convertida en centro operativo de la represión. Orwell es un poroto comparado con los autores mediocres del isabelismo. Le quedaba solo a seis o siete cuadras de campo. Demasiado cerca. De cómo entran en la historia los pequeños detalles.

También supe, después, que ellos ya habían estado buscando. Pero habían tenido el buen tino de no romper nada ni de dejar señales evidentes.

Quizás si no hubiera ido al baño o si no hubiese hojeado El Tony a medio leer... Volvamos a la acción.

Los canas no buscaron mucho que digamos. O bien ya tenían parte de lo que buscaban, aunque fuera la parte del garrón y no del lomo. Para sacarme organizaron un simpático trencito conmigo en el medio. El flaco me ponía el caño de su nueve exactamente en la primera vértebra lumbar. El gordo abría cancha con la escopeta medio disimulada a lo largo de la pierna derecha. Vergüenzas del sistema ex democrático burgués o proto-dictatorial. Salimos a la vereda. Los boludos habían dejado el Falcon en la vereda de enfrente. Hubiese sido para tomarles el pelo.

El tema es si a un tipo en mis circunstancias se le ocurre en forma medianamente racional intentar una fuga. No me refiero tanto al aspecto práctico de la cosa, que está claro que a nadie que no tenga un entrenamiento ultra sofisticado, se le puede ocurrir. En general, la gente común da por sentado que, al intentar salir corriendo, uno sale corriendo, y punto. Me refiero más al aspecto de la toma de decisión: ¿Vale apostar todo como si se tratara de la última jugada en el mundo? Pregunta: ¿Y si no lo fuera? Es más, ¿si sólo se tratara de una especie de reprimenda? Un ridículo equívoco. Las longitudes mentales con que uno mide a mil kilómetros por hora se parecen muy poco a las usadas, por ejemplo, por mí al escribir estas mismas palabras. Es comparar centímetros con infinitos. De todas maneras, lo más cruel es que uno se quedará para toda la vida con la duda del polvo no echado. Porque probablemente, aunque con escasa posibilidad, sí, yo tuve la oportunidad, mientras cruzábamos la avenida en pleno mediodía, de picar en profundidad, esquivar los manotazos primero y los tiros después, y perderme en el vecindario. Casi me imaginé la escena ya transcurrida. Casi.

Los canas se venían recriminando mutuamente sobre de quién había sido la culpa de dejar el Falcon en la vereda de enfrente. Por

culpa de quién había tanta gente en la calle. Y sobre todo discutían si lo que hacían estaba saliendo bien. O sea, si protagonizábamos o no, entre todos, un lindo papelón. A cada minuto bajaban las acciones de los milicos que me tocaron en suerte. Pero era poco tiempo. Varios tiempos mezclados, cada uno con su propia dimensión. Mientras yo tardaba equis segundos en llegar a la conclusión de que en realidad se trataba de dos nabos, y de que en esa misma medida mi fuga era factible de toda factibilidad, esos mismos segundos, mucho más largos y tortuosos, se dilapidaban en la otra dimensión de esa puesta en escena, en la que un actor abría la puerta de atrás de su vehículo, invitaba amablemente a subirse al segundo actor, mientras el tercero le aplicaba al anterior un golpe de culata detrás de la oreja, por las dudas.

No recuerdo quién de los dos insistía todo el tiempo en que varios vecinos hicieron diversos comentarios respecto del episodio que acababan de presenciar. El otro desdeñaba los comentarios fatalistas, como si todo acabara de transcurrir en un maizal nocturno situado en medio de nada.

Llegamos a destino de una acelerada. Los pocos metros de civilización que aún nos faltaba caminar y que correspondían al ancho de la vereda del Sindicato, los recorrimos con mucho más oficio que los anteriormente descritos. Subimos las escaleras y adentro. A uno recién se le impone en toda su magnitud el concepto de *adentro* cuando éste lo sofoca como una frazada desplegada encima de la cabeza. Premoniciones.

Una mano de dedos duros, que con toda seguridad no pertenecía a ninguno de mis viejos amigos, se me clavó en la nuca, obligándome a mirar hacia abajo. Mientras, otro cañón escarbaba en mis vértebras, esta vez dorsales, pretendiendo que yo acelerara el paso. Tuve que hacerlo. Con el rabillo del ojo tomé nota de varias habitaciones u oficinas –algunas con gente, otras vacías–, que quedaron atrás en mi raudo derrotero. Finalizamos donde el edificio finalizaba. Una pequeña oficinita con pinta de archivo, con muebles exclusivamente de metal. Mal comienzo.

En los pocos minutos que siguieron se me presentaron varios personajes, no recuerdo bien en qué orden. Tuve la sensación de estar en el centro de algo importante, de forma tal que de mi próxima jugada dependía la suerte de una porción del mundo. A mis espaldas quedaba, por las dudas, el grandote de la garra en la nuca.

Vino un pelado de impecable traje que sacó de su cintura una Beretta como la que le gusta a James Bond. La montó, la amartilló y la apretó directamente contra mis genitales. Quería saber

dónde tenía o teníamos nuestras armas. Pude haberle contestado que lo nuestro era una cuestión más bien programática, pero no acerté a encontrar mi voz. Me cabeceó la nariz sin mucho convencimiento. Apareció la vieja sangre, pero eso me sirvió para saber que no iba a disparar. Cosas de la dialéctica. Tenía que distinguir los terrenos en los que yo tenía ventaja.

Finalmente decidieron atarme como a un salame. Quizás lo de ellos fueran las esposas. De otra forma no se entiende cómo puede haber tipos que desconozcan tanto el arte de atar a una persona. Su ignorancia la cubrían con vueltas y más vueltas. Para colmo, como no tenían a mano una buena sogá, utilizaron un cable de los de la luz. Pude haber anotado otro elemento de improvisación. Las manos me las dejaron atrás, porque en casos como esos no hay mucho lugar donde ponerlas.

Antes de la faena, y seguramente en aplicación de otro inciso del código de procedimientos, me dejaron en calzoncillos, que, como queda aclarado más arriba, llevaban una quincena de uso ininterrumpido. Quien inventó esta maniobra debe haber tomado en cuenta la cuestión de la autoestima del apresado, y no tanto el hecho de que es más fácil identificar a un sujeto en bolas. En medio de un grupo de gente vestida, si uno está semidesnudo, no puede evitar sentirse incómodo. Ventaja para los vestidos.

Todo iba demasiado rápido como para que tomara perfecta cuenta de lo que estaba pasando. Las cosas aparentemente se decidían en otro lugar, porque cuando entraban al cuartito ya sabían qué hacer. Vino un tipo que procedió a vendarme los ojos con un trapo. Lo hizo bastante bien. Usó una tela que me pareció ligeramente familiar y tengo que reconocer que, para afuera, no veía nada. El comentario es del todo atinente. Cuando a uno lo encapuchan no es que *deja de ver*. Uno ve cositas, los párpados, la venda, quizás el lateral de la nariz. Pero tal vez, como uno sabe que está en posesión de ese sentido, lo que se imagina también lo ve. De ahí que el fenómeno, aluda al estado de ánimo. En ese momento, no se asume la cuestión de a quién protege.

Paradoja de paradojas, en ocasiones uno preferiría revestir el estatus de encapuchado. Se supone que ello implica la imposibilidad del reconocimiento posterior. O sea que hay algo posterior. Bien.

También es cierto que los demás sentidos se aceleran, sobre todo el de la audición. A los cinco minutos podía distinguir si el que venía era el pelado, que retenía un pie más que el otro, calzado de goma dura, aburrido; o si se acercaba un grandote joven, entusiasmado de la vida, tacos categóricos, decididamente militares, con el

vicio de repetirse al balancearse sobre las puntas de los pies. Un tic peligroso, porque denunciaba la proximidad de un golpe. Lo aprendí enseguida, con la primera patada, y lo confirmé con el rodillazo en la ingle que le siguió.

Para decirlo rápidamente: esa primera sesión de piñas incluyó cachetazos de todo tipo, exasperantes por lo poco anunciados; una serie corta de patadas en el suelo, cuando perdí el control y me caí; unos cuantos directos al estómago, no tan efectivos; y una revolcada general contra los malditos muebles de metal, que me dejaron una linda herida chorreante en la frente, que debió de haber agravado mi aspecto, seguramente lamentable.

Lentamente, la cosa fue adquiriendo forma de interrogatorio. Dentro de todo era un progreso, al menos yo sabía la excusa formal de la golpiza. Es increíble cómo ayuda tener un poco de información.

Las preguntas eran básicamente tres: dónde estaba P.; dónde se imprimía el Boletín de Huelga; y cuáles eran mis contactos. Deduje que los tipos no debían de estar muy felices: yo no les servía de gran cosa. En todo caso, no debieron ganar muchos puntos con mi detención. Peor para ambos bandos.

Perdí la cuenta de las “incursiones” que se mandaron en mi contra en todo ese primer período. Pero era siempre igual. El peor de todos era el de los tacos de cuero duro, que siempre se acercaba como desfilando. Había otros que hacían las cosas de manera menos categórica, o quizás con un toque de arrepentimiento posterior. Preguntas, piñas; preguntas, patadas. Era para creer que realmente no les interesaba lo que pudiera decirles.

Por fin cayó un milico un poco más intelectual. Tenía una voz aflautada que no lo ayudaría mucho en el oficio. Intentó explicarme el contexto, y las reales conveniencias que tenía una eventual colaboración mía. Yo calculo que los tipos se demoraron un poco en aplicar la táctica. Ya estaba demasiado golpeado para entender las propuestas. Eso lo tendrían que saber. También el grado de orgullo del enemigo. Esa subestimación debe de haberlos perdido más de una vez. Pero conmigo quizás la cosa no fuera tan simple, habida cuenta de la considerable carga militante o ideológica o moral, o como diablos se la quiera llamar. Quiero decir que en ningún momento adoptaron una actitud que demostrara cierto conocimiento, cierta especulación, elementos quizás de un juego un poco morboso, que apuntara a lo que en las películas figura como acción psicológica. Más allá de la aplicabilidad que dicha táctica hubiese tenido para conmigo, eso demostraba la precariedad de sus medios, su supina

ignorancia respecto de las leyes más vitales de la sociedad y de la conducta humana y del hombre en general. Eran una porquería. De todos esos hechos irrefutables y presentes deduje que eran una verdadera porquería. Razón de más para callarme la boca.

Es decir que recién allí se me planteó puntualmente esa cosa que en nuestro universo se llama *hablar*:

Ya que estoy, me voy a tomar una vez más la licencia de la digresión espontánea. Todos nosotros sabíamos sobradamente que esa situación era del todo posible. Lo charlábamos prácticamente todos los días. Colgábamos la idea junto con los pantalones cuando nos íbamos a dormir. Y al levantarnos, la bajábamos con unos mates. Cada uno tenía sus ídolos. Yo prefería a Jean Valtin (obrero y dirigente comunista alemán detenido por la Gestapo), aunque no dejé nunca de reconocer los méritos del gran Leonid Trepper (organizador de la célebre Orquesta Roja en territorio del Reich alemán y también capturado por los nazis).

No era una cuestión de repasar tácticas, eso tenía que ver con la seguridad. Me refiero a lo verdaderamente oculto y vital. Allí estaba la elección, siempre agazapada en un rincón. Nuevamente la elección. Una obrera textil, compañera del partido, en Rosario, eligió no decir siquiera cómo se llamaba, ni dónde vivía, ni si vivía. Calculo que los milicos al principio deben de haber sonreído. A los cinco días, vencidos todos los plazos operativos, un cana, en misión de buena voluntad, fue a entrevistar subrepticamente a la madre para que convenciera a su hija de que por lo menos dijera cuál era su nombre. Seguramente, la situación política que rodeaba el episodio permitió simplemente poder conocerlo. No debe de haber sido así en la mayoría de los casos. Pero muchas veces ellos deben de haber caído derrotados de la forma más humillante.

Otra onda era la argelina: aguantar como mínimo veinticuatro horas, porque el sistema de seguridad destruye todo lo comprometido después de ese tiempo. Siempre sospeché de ese método, demasiado sofisticado para nuestro nivel cultural. Reducía todo a un simple procedimiento. Peligroso.

Se trataba de apreciar correctamente los márgenes de maniobras. Caracterizar, como le dicen, y no equivocarse por nada del mundo, sabiendo que la última trinchera, de todos modos, aguantaría.

A una de las preguntas, respondí que me había entrevistado con un ignoto activista en el bar llamado El Colonial. Me refería al bar que estaba ubicado propiamente en la esquina de la comisaría. Al principio se confundieron, porque en San Nicolás también había una

hostería cuatro o cinco estrellas, que se llamaba igual. Pero cuando cayeron en la cuenta de a cuál me refería, se enojaron un poco. A uno de ellos no se le ocurría mejor idea que incentivar al otro:

–Te está cargando, Pepe –y se reía –; mirá si se va a meter en la boca del lobo.

Intenté explicarles que, según mi viejo, el mejor escondite del ladrón está cerca de la policía, pero era una frase demasiado larga y tenía la desventaja de ser interpretada como una tomada de pelo. Además, los milicos cambiaban constantemente de ángulo en el interrogatorio. Creo que estaban improvisando.

Yo me estaba poniendo canchero. Por la calidad de las piñas que me daban sabía más o menos cómo consideraban que iba su trabajo. El equilibrio más deseado por mí, y no estoy seguro de si por ellos también, era el de dejar las suficientes pistas dando vueltas como para que el asunto siguiera adelante, lo que vulgarmente se llama ganar tiempo. Tanto ellos como yo sabíamos que lo nuestro era intrascendente. Yo no era ningún dirigente ni activista destacado, no valía nada. Lo importante sería el desenlace, hacia allí convergerían todas mis preocupaciones. Siempre estuvo presente, desplazando cualquier otra expectativa. En última instancia, lo del interrogatorio no era otra cosa que un juego. Y lo de los golpes también. Los protagonistas de ese ridículo drama sabíamos que en algún momento la máquina comenzaría a deslizarse por el plano inclinado, tomando velocidad a cada instante, y, finalmente, se produciría la explosión. También llamada salida. O muerte. Ahí estaba el problema.

Bueno, la situación ni evolucionaba ni dejaba de evolucionar. Lo que en nuestra jerga llamábamos *impasse*. Por momentos, me rearmaba psicológicamente y trataba de leer la situación como si se tratara de otro compañero y no de mí mismo. Desde el punto de vista político, sería muy alevoso que mataran a un tipo de esa manera, prácticamente en público. Las cosas todavía no habían llegado a ese punto (todavía). Los asesinatos eran comunes, pero rodeados de cierta parafernalia imprescindible a los efectos del mal disimulo. Una especie de ecuación, donde la llamada democracia formal aún ocupaba un lugar entre corchetes. Por otro lado, la “situación local” aún no evolucionaba hacia un baño de sangre. Insisto en el todavía, esta vez sin paréntesis. Estamos hablando de un margen de una o dos semanas.

Por un ventanuco que percibía abierto a una cierta altura de mi celda *sui-generis*, tenía una audición panorámica del desarrollo



de los acontecimientos. Sabía que *ellos* estaban planificando una acción política un tanto audaz: convocarían a sus *fuerzas vivas* a un acto callejero para darle legitimidad democrática a la invasión. “Esto se arregla con un poco de bombos –insistía uno con voz de jefe– y, de paso –seguía el estratega–, invitamos al pueblo con unos choricitos”. No era difícil establecer el origen de la carrera política del individuo. Tampoco su futuro. Pero lo que tenía de bueno la propuesta –y que yo alentaba entusiastamente– era que se intentaba orientar la cosa hacia la arena de la política más o menos discursiva y no únicamente a la variante militar. El tipo tenía su buena oposición, pero, en el equilibrio de fuerzas, el populismo por esos días estaba en alza. Haciendo abstracción del contenido de la discusión en sí, uno debería detenerse en el por qué todos en la discusión usaban los mismos giros, proposiciones, chicanas, lugares comunes, etcétera, incluyendo correctas metodologías dialécticas, que nosotros usábamos en nuestras reuniones de células marxistas. Como al pasar, podríamos anotar una suerte de revancha de la palabra. O el viejo problema de la causalidad que tanto devanara los sesos a nuestros parientes, los filósofos.

Sigamos. Los fachos se jugaron a la concentración popular, y desplegaron con fluidez todos los prolegómenos: radio, volantes, colectivos desde los barrios, y demás. La cita era a la tarde, en un horario que revelaba inequívocamente que esos tipos nunca habían laburado en otra industria que no fuera la del apriete. Lo que pasó, para bien o para mal, es que llovió. ¡Oh, lluvia benefactora sobre los campos del Sante Fe! O sea que les dio la excusa básica a los del jefe, que por esa vía explicaban lo de la total ausencia de público en las inmediaciones de la plaza. Pero también, en lo concreto, abría nuevos interrogantes, del tipo: ¿Y ahora qué...? Desde el ventanuco escuchaba cómo los de la oposición tomaban fuerza minuto a minuto. Todo lo que no avanza, retrocede. Maldición.

Antes de seguir, voy a contar un pasaje curioso, dentro de lo nada curioso con que se estaban desarrollando los acontecimientos. Es importante por lo del contexto.

Resulta que un flaco (es interesante las dimensiones ocultas de la facultad auditiva) de la tropa se mandó una macana menor, algo así como llegar tarde a un lugar, o no cumplir estrictamente una orden superior. La calidad de menor la deduje después. Porque al tipo me lo mandaron de plantón en medio de la lluvia, en un patiecito contiguo a mi celda ad-hoc, pared y ventanuco por medio. Hay que imaginarse al flaco, mojado, muerto de frío y puteando en voz baja en todos los idiomas del orbe, ¡pero acatando

disciplinadamente el castigo! De vez en cuando el jefe lo insultaba otro poco. Me daba no se qué establecer una escala de castigos respecto de errores cometidos. Era mi idea fija, y la sopa de flaco a pocos centímetros de mí no era muy alentadora que digamos. De momento me conformaba con que no le pegaran un tiro ahí nomás.

Otra de contexto, y no jodo más. Entre paréntesis, las tiro así porque no recuerdo bien en qué momento exacto se produjeron. La cabeza me daba vueltas eludiendo esa molesta sensación de tiempo. Posiblemente una sutil maniobra intelectual.

Creo que fue al mediodía; o al menos, después de una comida, un asado, para más datos. El grandote de los tacos, que con toda seguridad estaba peleando en su interna por una salida *como la gente*, es decir, a los tiros, no tuvo mejor idea que usarme de entretenimiento. Es probable que quisiera crear el clima favorable. Si hubiese tenido capacidad de abstracción en ese momento, hubiese debido alegrarme: indirectamente, el grandote me usaba para fortalecer argumentos. Dicho de otra manera, debí entender que mi suerte aún no estaba echada.

El entretenimiento era medio parecido al de los romanos en tiempos del imperio. Claro que, en vez de un circo, se trataba de un montón de comensales eructantes, con los ojitos entrecerrados de vino. Mucho no progresó la humanidad. El grandote me introdujo a empujones al medio de la estancia. Percibí gente sentada a mi alrededor. Estaría en medio de algo. Risas. Hasta ahí el espectáculo sería medianamente agradable: yo estaba prácticamente en bolas, atado como un salame y vendado con un resto de mi propia camisa. Pero hubo un vuelco cuando al grandote se le dio por agarrarme a trompadas y patadas. Es interesante la percepción humana. Siendo que estaba ubicado en el espectáculo en uno de los extremos, el peor, por cierto, no podía dejar de lamentarme por aquellos que de alguna forma se sentían incómodos al verme revolcado en el piso. Quizás no sea más que un mecanismo para salirse del asunto. En uno de esos bifes que me aplicaba en la cara, sucedió lo previsible: se me cayó la venda. El azar aparece por azar. Uno de los comensales, el que quedó frente a mí, se hundió literalmente bajo la mesa. Como era gordo, arrasó todo a su paso. Por un momento me desplazó del centro de atención. Era grotesco: yo, el damnificado, ocasionaba semejante inconveniente. En parte era para alegrarse. Es lógico ocultarse si se piensa en que uno no podrá reconocerlo. Tanto a favor de la vida. Como si el grandote lo percibiera –hay que reconocer que era rápido como una centella–,

me agarró con sus dos manos la cara y puso la suya a un par de centímetros. Demasiado cerca para apreciarla. Demasiado miedo para darme cuenta de lo que era mejor en ese momento. La cara, no obstante, era francamente estúpida. Ese hecho no dejó de desmoralizarme, siempre es preferible estar preso de un tipo con pinta de malo como Dios manda. Para rematarla, con el rabillo del ojo vi cómo el gordo vomitaba el asado y el vino, acurrucado debajo de la mesa. Todo el mundo allí prefería estar en otro lado. Mi vieja venda volvió a su sitio como un bálsamo.

Insisto, las horas o los días debían de estar pasando en otra dimensión. Yo seguía firme en mi coraza atemporal. Alguien venía, me daba un rodillazo en el estómago, se iba como había venido, y todo nuevamente en estado de inmersión. Eran como burbujas en suspenso entre la superficie y el fondo. El dolor físico y el otro, más peligroso, el trascendental, se habían acomodado a la situación. Posiblemente, estaría dando paso al surgimiento de una nueva especie animal, por lo de la adaptación y supervivencia del viejo Carlos. En otras palabras, estaba claro que se estaba produciendo si no un triunfo de mi parte, por lo menos un empate en cancha visitante. En todo caso, lo preocupante –si es que me hubiese dado la cabeza para preocuparme en el sentido pedestre de la palabra– era que ya no me preguntaban más nada. Eso podía significar varias cosas. Pero en ese momento, prefería abstenerme de las posibles conclusiones.

Después de este episodio, fueron varias las veces en las que me pregunté por qué no cedí a la tentación de ampararme en la religión metamorfoseada en programa ético. O quizás sí lo hice y después me fue más cómodo posar de resignado combatiente. Todos éramos creyentes de algún Dios ad-hoc. Por suerte.

Los fachos no me dejaban ni a la luz ni a la sombra. Es un paradójico decir: sabía que estaba siempre iluminado con luz artificial, pero igual estaba vendado. Lo podemos comparar con un célebre pasaje de los hermanos Marx. Tenía siempre custodia visual, como dice el reglamento.

Uno de ellos, presumiblemente de origen sindical (esto es de la Juventud Sindical Peronista), debe de haberme considerado con cierto grado de parentesco social. Me ofreció cigarrillos. Me acordé de Trepper y no los acepté. O también pudo haber sido porque era más fácil negarse, y no arriesgar absolutamente nada. El tipo me los hubiera convidado.

Comenzó a hablarme de qué estaba haciendo allí, en medio de esa gente. Según él, era un viejo obrero de una de las fábricas de Villa. Tuve miedo de que siguiera contándome imprudentemente su vida pero, por otro lado, era estimulante escuchar hablar a alguien que a la vez no te pega. Se definió como un activista de la causa social y enfrentado a la prepotencia patronal. La mayoría de sus compañeros de causa, al parecer, habían evolucionado –es un decir– hacia los Montos. Enfrentados en dura interna, sufrió un trágico atentado. O, bueno, no tan trágico: le pusieron una bomba en un ventanal que correspondía a la pieza de su bebé, el que milagrosamente salvó su vida, y sin un rasguño. Para ser una invención tenía poco vuelo, así que me sentí inclinado a creerle. El custodio atrapado en sus recuerdos comenzó a llorar. El lloraba y yo trataba de consolarlo, en parte porque nos podían sorprender *in fraganti* y el espectáculo nos hundiría a los dos, y en parte porque sinceramente me puse en su lugar y me repugnaba la muerte de su hijito.

El facho seguía moqueando cuando se le escapó qué era lo que le había disparado la conciencia. Había escuchado que lo mío no pasaría de esa noche. Entonces vino decidido a que lo perdonara en vida. Yo tenía que comprenderlo: si no hubieran atentado contra su bebé, de ninguna manera hubiese participado de un secuestro seguido de muerte. Por mi parte, intentaba aislar su argumento como si estuviésemos en un curso de lógica formal.

Superado su momento de crisis, me dijo que le resultaría imposible hacer nada por mí. Salió. A los dos segundos volvió, cerró con cautela la puerta, y me pidió los datos para avisar sobre mi cadáver. Le di la dirección de mis viejos para no comprometer a nadie más. Se fue más tranquilo.

Debí suponer, o *tendría* que haber supuesto, que lo anterior era parte del plan. Pero el patetismo era tan fuerte que se imponía por sí mismo.

Después de la confesión del facho, todo me resultaba poco atractiva. No podía concentrarme prácticamente en nada. Supongo que estaba muy asustado, pero no era consciente de ello.

Había perdido la cuenta de cuántas horas y días llevaba parado. Ya no me importaba. Me preocupaba más el destino de mi reloj pulsera, que me había birlado una señora gorda que supo trabajar en la UOM, y a la que todavía hoy pienso reclamárselo algún día que esté realmente enojado.

Hubo alguien que fumaba cigarros más fuertes que los de mi abuelo y hablaba en voz queda y un tanto aflautada. Más que un

interrogatorio intentó una especie de competencia política. Me tendría que haber puesto nervioso el hecho de que daba por sentada mi filiación guerrillera, pero concluí en que era inútil discutir ese punto. Sin embargo, en un arranque de orgullo atacé argumentativamente en todos los frentes y con una cuota extra de pedantería. Demostré que lo suyo era simple impotencia y que nuestro triunfo estaba asegurado, claro, en un plano superior. Cuando más lejos de Villa llevara la discusión, tanto mejor. El interrogador concluyó en la fórmula clásica de reconversión, pero más por oficio que por convencimiento. Era una forma de demostrarme que no le había ganado en la discusión. Le dije que lo iba a pensar y en cuarenta y ocho horas le contestaría. El tipo se rió francamente, por primera vez en la supuesta noche.

Todavía tendría que pasar un simulacro de fusilamiento, demasiado anunciado para ser verdadero. Claro que tuvo sus momentos de tensión, cerrojos de armas largas que se preparan, muros contra la piel pelada y ladridos lejanos. Habíamos estado traqueteando en la noche, cuando no, en un Falcon. Yo tirado en el piso de atrás, con un par de botas encima, cuidadosamente provistas del tractor militar. Aunque parezca mentira, el paseo no dejaba de tener sus atractivos: el aire de la noche, esta vez declarada, una brisa fría pero brisa al fin, y ese contacto con la naturaleza que parece protegerte desde el cosmos. Lo molesto era que no se habían dignado en proveerme de zapatos. Ni los míos, ni los que deben de rezar en la Convención de Ginebra. Es una broma que no se ocurrió entonces. Pisaba piedras y bosta de caballo o de vaca. Para mí que me llevaban por ese camino a propósito. Un tanto infantil.

Los gritos de ¡muerte al comunismo! y otros por el estilo, frente al paredón de marras, no producían la fatal descarga. La patota aprovechaba para mear cada vez que parábamos al costado de un camino de tierra olvidado de la mano de Dios. Lo único que mataba era la pinta de rutina que tenía todo el operativo. Casi al final me di cuenta de que tenía que simular algo de pánico para no defraudar a mis compañeros de viaje. Así, llegamos al final de la noche, embarrados pero felices de la tarea cumplida.

El verdadero episodio insólito estaba aún por producirse. Episodio que, a la sazón, daría por terminada la anécdota, por así decirlo.

Dos tipos –siempre andan de a dos– abrieron violentamente la puerta de mi frágil mazmorra. Creo que en ese momento estaba

dormitando y me costó definir en qué dimensión me encontraba. Mi cuidador fue raudamente desplazado entre sordas amenazas de muerte. Uno de los recién llegados me cubrió con una frazada, evidentemente traída a tal efecto. No era gran cosa, posiblemente se tratara de una manta policial. Me instaron a caminar, con firmeza pero sin violencia. Algo nuevo estaba pasando. El que me apoyaba la mano en la espalda para guiarme por los pasillos empuñaba algo parecido a una nueve milímetros, pero no estaba apuntándome. Apoyó el arma de puño sobre mi hombro, quizás para darme tranquilidad. Hubo forcejeos más o menos duros a lo largo del accidentado camino. El que iba delante me anunciaba los escalones, y tenía más miedo que yo de que me cayera al piso. Gritos en forma de amenazas, órdenes terminales, muebles que se corrían obstruyendo puertas. Llegamos en trencito a las escalinatas que dan a la vereda. Chirridos de frenos e insultos ya declarados. Fatídicas puertas de automóviles que se cerraron al unísono. Alcancé a pensar que para ser una puesta en escena de la ley de fugas era exagerada y poco atinente. Nadie puede fugarse de una cárcel inexistente. Pero no. Ante las amenazas de abrir fuego por parte de los de abajo, uno de mis nuevos captos me protegió con su cuerpo, contra una saliente de la entrada del edificio de la UOM.

Siguió algo parecido a una negociación a los gritos pelados. De donde saco la conclusión de que era prisionero de un tipo ausente en esos momentos, y que por una suerte de derecho de sucesión venía a serlo del segundo en el mando. Las áreas de poder se podían medir en baldosas. Los de abajo decían que lo mío ya estaba decidido, y que no tendrían problemas en *hacer* tres en vez de uno. Mis nuevos compañeros contestaron con un siniestro montar de armas de puño. Yo me arrodillé por instinto.

Quizás, lo que pudo más fue la jerarquía. También puede ser atribuido al viejo amor por la piel o el pellejo propios. Tal vez se les ocurrió remediar el desaguisado en alguna futura mesa de negociaciones. Después de todo, eran todos compañeros de armas.

La cosa es que unos segundos más tarde estuve sentado en el asiento de atrás de un nuevo Falcon, donde los dos personajes aún asomaban medio cuerpo por las ventanillas. Surcábamos a gran velocidad la noche de Villa.

El acompañante me sacó la manta casi con delicadeza. Hizo más: me bajó lentamente la venda para darme tiempo a que acostumbrara la vista. Encendió la luz interior, para ofrecer su cara a mi memoria. Estaba de civil, al igual que su compañero. Para rematar su actitud, sacó de un bolsillo interior la placa de la Policía

Federal Argentina. Deletreó el número, creo que de cuatro dígitos, y me pidió que no los olvidara.

El conductor hizo otro tanto con su placa, sin dejar de manejar a ciento cuarenta por hora. Por supuesto, yo me olvidaba de cada número a medida que me insistían en que lo recordara. Esos simbolitos no tenían ningún sentido en ese momento. Preferí no decir nada, ni a favor ni en contra, del nuevo giro de los acontecimientos. Pero creo que en mi cara los tipos deben de haber leído alguna clase de agradecimiento. Sea como fuere, no insistieron, dando muestras de un gran sentido de la ubicación. Uno de ellos, sin embargo, declaró: "Esto es para que veas que no todos somos iguales".

Estábamos pasando el puente de San Nicolás. Los dos jóvenes –no aclaré que efectivamente se trataba de gente de no más de veinticinco a veintiocho años– discutían las futuras alternativas. Trataban de dejarme a cargo de alguien de su confianza en un destacamento de la fuerza en medio de la acería de Somisa.

Llegamos en un suspiro, pero el tal comisario no estaba. El más amable de los dos me dijo:

–Si te dejamos acá sin nuestro contacto, es casi seguro que te evaporan en un alto horno. Creo que son más de seis mil grados –agregó innecesariamente–. Sería igual de peligroso que si te regresáramos al centro de Villa.

–Vamos a Rosario –acotó el menos locuaz, y partimos sin otro parecer.

Recuerdo que íbamos escuchando a Los Beatles. Me habían sacado los cables que todavía lucía a lo largo y ancho de mi cuerpo. Aunque decidieron dejarme atadas las manos adelante, un tanto simbólicamente, más que nada por *el qué dirán*. Me ofrecieron fumar, pero lo rechacé. Quizás reservara el acto para un momento de verdadero regocijo. Es que no me terminaba de convencer el aparente vuelco de los acontecimientos. Había tenido la guardia excesivamente levantada y no veía con claridad por qué tenía que resignarla. Todavía estaba preso, y me dolían todas las piñas y patadas recibidas.

Pareció que el más charlatán captó mis cavilaciones. Achicó el arco:

–No te ilusionés. Vas a la parrilla de cajón. Pero por lo menos podrás contarla.

A renglón seguido me entraron a dar una serie de consejos pertinentes para enfrentar la picana. Nada nuevo, pero siempre instructivo tomando en cuenta la fuente de información. No te hagás

el gallito. Tampoco te hagás el quebrado. El secreto está en navegar por el medio. Ganá tiempo, que el otro también se cansa. Y otros consejos del oficio no muy imaginativos. Evidentemente, ellos siempre habían estado del lado *de allá* en ese tipo de eventos.

Antes de entrar a Rosario me volvieron a tapar con la frazada y me pidieron que me tirara en el asiento.

–No sea cosa que nos paren los milicos.

Fue lo último que escuché de los dos supuestos federales. Tampoco los vi más, ni supe absolutamente nada relativo a ellos. Hasta preparé argumentos formales para dudar de su existencia. Como el tema del secuestro dentro del secuestro era un tanto complicado de relatar, poco creíble y hasta sospechoso de connivencia con el enemigo, después de los primeros intentos dejé de desarrollarlo en mis círculos íntimos. Olvidé sus caras y sus dígitos identificatorios debajo del famoso gallito, pero creo que les debo la vida. Por lo menos ese pedacito. Yo era muy pibe para morir. Me pregunto si alguna vez leerán estas líneas y se reencontrarán con los personajes que entonces representaron conmigo en medio del drama. Es difícil. De seguir con la práctica narrada, lo más probable es que el futuro inmediato los haya fagocitado. Tal vez no. Sea como sea: ¡Thanks!

Aparecí en medio de la Delegación de la Policía Federal de Rosario. No me picanearon como estaba previsto y resignado. Sólo me dejaron, siempre en bolas, sentado en una silla de hierro, esposado al espaldar.

Estuve así un día y medio. Seguía tapado con la famosa frazada y estaba –deduje por los ruidos inequívocos– en un pasillo que daba a los baños. Cada milico que pasaba me daba un coscorrón en la cabeza. En lo que ellos suponían que era mi cabeza.

Lo demás fue puro tramiterío. Se tiraron el lance de involucrarme en una cuestión de armas que me tiraron arriba de un escritorio. Pero, para ese entonces, yo había recuperado mi pedantería tradicional. Les dije que los iba a demandar uno por uno, empezando por Simón de Iriondo –quien encabezaba el operativo facho en Villa, y del que años después leí que fue parte de la CGT de Ubaldini– y terminando por la gorda ladrona de relojes de la UOM de Villa, que probablemente todavía resida allí. El viejo comisario a cargo de la delegación, que por una cuestión de imagen decidió tomarme la declaración, terminó aconsejándome como todo un padre de familia, que probablemente debía de ser.

–Yo que vos me rajo, por lo menos, a Buenos Aires, pibe. No tenés a la suerte más de lo debido; a este mundo no lo arregla nadie.



Me obsequiaron un sacón viejo y un pantalón pijama para que me tapara un poco. Preferí no pensar en quién o quiénes habrían sido sus legítimos dueños. Al momento de salir, me hice el gallito y exigí que me llevaran en un patrullero hasta algún lugar público y en horas de luz.

Me dieron un empujón que me hizo aterrizar en la céntrica vereda, como para dar por terminado el contradictorio episodio.

Todavía tuve tiempo de asombrarme al descubrir, cocido entre el forro de mi nuevo abrigo, un billete de cincuenta pesos. ¡Sorpresas te da la vida!

No pongo en el final la suerte que corrió la huelga, porque eso nada tiene que ver con la suerte. Duró cincuenta y nueve heroicos días. Tantos y tan intensos, que se puede decir que nosotros no ganamos, y *ellos* difícilmente puedan considerarlo como un triunfo. Los compañeros presos quedaron en esa condición por varios años. Pichi batió el récord. No lo volví a ver hasta la maldita asamblea esa de los noventa, la que dirigió nada menos que con Lorenzo del brazo. Más sorpresas en la vida.

Después vinieron los asesinatos a mansalva. Empezaron a hacerlos, a los pocos días de mi liberación. Mi liberación. Suena medio ridículo.

De todas mis ficciones posteriores, ésta, con seguridad, es la más difícil de encuadrar. Sé que pocos sobrevivientes llegarán a creerla. Puede servir para una novela negra sudamericana. Pero eso tiene que ver con el hecho de que esté bien escrita. Eso es lo realmente importante.



## Una semana que me conmovió bastante

El trolley atacaba silenciosamente al Bulevar Oroño. No era habitual que hiciese ese recorrido camino a la fábrica. Daba una vuelta innecesaria, y de todos modos tendría que tomar otra cosa para llegar a destino. Además, me costaba diez minutos de sueño.

Tampoco me atraía el paisaje transitorio de las casas de la alta clase media rosarina. Mansiones oscuras, agazapadas detrás de palmeras fuera de contexto y follajes de hojas desmesuradas. Aun así, nadie podía ocultarse en su abundancia. Demasiada vigilancia a causa de los consulados que se habían refugiado de la urbe plebeya. Curioso pensar en ocultarse allí. ¡Justo allí!

Es que la computadora sigue su propia rutina, independientemente de las llamadas condiciones externas. Busca, busca. Alguien la alimentó hace poco más de un año. En la célula se dijo: “Para resistir a los milicos es menester, primero, estar vivo y luego, suelto. En ese orden. No me miren así, no es tan obvio.”

Era, entonces, fines de marzo del 76. Y el anunciado golpe había sorprendido a todo el mundo en el Partido. Me había quedado sin imágenes en aquella primera reunión apresurada. Imágenes. El grupo era de compañeros jóvenes. Yo era el único que había vivido la dictadura de finales de los 60. Dije: “Si el gobierno de Onganía fue realmente negro, éste de la Junta va a ser... –le pregunto a una maestra a mi lado: ¿Qué es más negro que el negro? La piba me devolvió una silenciosa sonrisa patética– ¡Bueno...eso!”. Dudo de que hayan entendido mi estupidez cromática en ese momento. Un decreto especial de Videla nos declaraba especialmente ilegales, junto a comunistas y otras adyacencias.

La comunicación con la dirección nacional era muy precaria. El pueblo trabajador, entre confundido y golpeado, no movía un dedo. La clase media aplaudía la caída de Isabel. Más de uno se estaba restregando las manos. El patrón de mi taller metalúrgico,

ese 24, paró el trabajo para festejar con masas finas y sidra. Des-corchamos, con las bandas militares de fondo, que habían inundado las radios. Mis compañeros me miraban de reojo, y yo miraba dónde meter mis manos. Eso había ocurrido en Capitán Bermúdez, cerca de Rosario, donde vivía y trabajaba. De allí, ese invierno, zafé a un allanamiento. Mitad prevención, mitad milagro.

A pesar de la lentitud, el trolley llegó a destino. No debía de ser el único que aprovechaba para soñar. Mis ignotos compañeros de viaje también lo harían. Era bueno pensar que debía de ser así. Quizás alguno de ellos también se felicitara por estar vivo un día más. El rocío de la madrugada tendría que haberme despertado del todo, pero no lo logró.

Tenía que caminar dos cuadras hasta la nueva parada de colectivos. Había cambiado de itinerario porque desde hacía dos días los operativos del Ejército se había endurecido. Bajaban a todo el mundo de los coles. Revisaban a fondo los documentos, los bolsos y, sobre todo, las miradas de las víctimas, lo más difícil de ocultar. Para alivio del resto, siempre se quedaban con alguno. Los más audaces espiaban por el rabillo de los ojos. Estábamos atravesados de fronteras impalpables.

El día anterior, un sargento me había preguntado qué leía, señalándome con el caño de su FAL el libro que llevaba debajo del brazo. Un soldadito alcahuete me iluminaba con su linterna de campaña. Yo tenía que decir: "La palabra del señor", porque se trataba de una Biblia. Y porque así lo habíamos acordado, después de estudiarlo, en la reunión de célula. Más o menos ocultos en el gran volumen viajaban un par de volantes pecaminosos y dos periódicos del Partido, que seguían saliendo, contra toda lógica. En cambio dije: "Me aburro en el viaje, y algo tengo que leer." El suboficial me miró sorprendido. Dijo: "La gente común lee el diario, a lo máximo". Puso un extraño acento en "común" y en el verbo "leer". Respondí: "No hay tan buenas noticias, jefe. Además, Central viene perdiendo".

Me tendría que haber apartado y mandado al camioncito, que esperaba con varios desgraciados a bordo. En cambio, me dio el pase para seguir viaje. Al pasar me dijo, escueto pero terminante: "Dicen que el Apocalipsis está bueno. Mañana te lo tomo".

Juegos. Escondrijos. Estupideces. Devaneos. Improvisaciones. Poder. El secreto es el poder.

Yo, inventando nuevos itinerarios para llegar a la fábrica puntualmente. Viajando semi dormido, semi histérico. Un milico panzudo, dueño de la vida de mucha gente, simulando ser un director de teatro callejero.

De todas formas, no encontraba la explicación a ese redoble de controles. Después de todo, la insurrección obrera, léase resistencia a la dictadura, no estaba tan cerca como soñábamos en privado.

El cole llegó girando en la esquina. La luz encandiló por unos segundos al grupo que esperaba pacientemente. Era la luz que faltaba. La sensibilidad sigue ordenando mi futuro. Descubrí, súbitamente iluminado, que los milicos estaban apretando porque se acercaba el día de la bandera, que es igual que decir el día de Rosario. Había leído que el mismísimo Videla vendría a tirar de la piolita. El acto debería traer felicidad a toda la República. Pero, ¿por qué apretar? ¿Simple rutina? ¿Tendrían los milicos algún informe especial que justificara esa actitud?

Ya arriba del cole, me dije que los milicos estaban locos. Si nosotros, *los únicos combatientes conscientes a la dictadura*, no pensábamos hacer nada para ese día, ¿a qué temer? ¿O era cierto su corolario recíproco, y entonces sí deberíamos planear algo para esa fecha?

Primeros días de junio del 77; ya no hay atentados, y una pintada nocturna se tapa en pocos minutos. Tendré que sacar como conclusión que, o bien nos temen demasiado, o les está fallando la máquina de caracterizar. Más o menos como a nosotros.

A las quince horas la avenida Ovidio Lagos era un vergel de obreros, la gran mayoría, metalúrgicos. Esto quiere decir: mamelucos azules o caquis. Una suerte de ejército mugriento de obreros que preferían momentáneamente su vieja condición de civiles. La mayoría sólo pensaba en llegar a su casa y comer. Esa vieja ideología reaccionaria. Quizás los más viejos pretendieran juntarse a tomar un vino a escondidas en ruinosos boliches. Las paradas de los colectivos simulaban pequeñas asambleas al paso, sólo que en vez de una tarima, los reunía un palo con un número. Un escéptico podría encontrar más de una similitud. Nadie hablaba, por las dudas, o quizás porque no tenían mucho que aportar. Esperarían a que alguien les hablase. Eso creíamos.

Colgábamos nuestros volantes atravesados por un alambre en forma de gancho en esas paradas de colectivos, pensando que eran áreas temporalmente liberadas de la dictadura. No siempre los recogían, y si lo hacían, actuaban velozmente. Tampoco los leían en público. Dejamos de ponerlos porque empezaron a desaparecer todos juntos y de golpe. Mucho riesgo al cohete. Además, rompíamos una vieja tradición de entregarlos siempre en mano.

Después de todo, no había tantas zonas temporalmente liberadas. Llamábamos a la resistencia y teníamos un logo simpático: era el viejo puño, pero agarrando una llave fija de tuercas. Toda una creación plástica. No lo confundirían con la propaganda de un taller mecánico.

La Ovidio Lagos, entonces, con su extensión de unas veinte cuadras, con talleres respetables y verdaderas industrias a ambos lados, decenas de colectivos y camiones circulándola, murmullos de máquinas, vapor y humo contaminando los cielos tristes del incipiente invierno rosarino.

El cordón Ovidio Lagos, con su Fabricaciones Militares produciendo nada menos que los FAL que terminaban siendo empuñados por soldaditos con capotes hasta el suelo, detrás de ridículas barricadas antitanques pintadas de negro y amarillo.

Después de ese latido humano en los cambios de turno, la avenida recuperaba su aire de provincia. O quizás sería mejor decir su aire de calle de ciudad de pequeñas empresas. Es que, aunque no compitiera con ellas, este cordón se empequeñecía al lado del magnífico trazo industrial que, partiendo de San Nicolás –o aún de Zárate-Campana– pasando por Villa Constitución, remataba en San Lorenzo. Bordeaban el río pequeños monstruos industriales: químicas, papeleras, fábrica de tractores, fundiciones y acerías. Con sus satélites más pequeños que pululaban alrededor. Allí los obreros se contaban por miles. Lo más parecido a la Putilov rusa y sus, para nosotros, inevitables consecuencias. Viajando por el Tirsa, el mítico colectivo interurbano, un militante soñador tenía buenos argumentos para creer en el socialismo. Nosotros estábamos allí para dirigirlos en esa dirección. Nuestra moral se templaba en esas fraguas. Ni todas las dictaduras y milicos del mundo podrían impedirlo.

Trabajaba en la Ovidio Lagos, en una fábrica metalúrgica de ensordecedores ruidos, como corresponde a un taller de forjado. Los martinets hacían lo suyo, apenas alentados por sudorosos trabajadores que prolongaban sus manos en tenazas. Toda una metáfora. El rojo incandescente quedaba en las pupilas para siempre.

En la parada del cole me esperaba Juan. Le habíamos dicho que no hiciera el papelón de disfrazarse de obrero, pero él insistía. Diferíamos en el concepto de lo que era pasar desapercibido. Su idea no hubiese sido tan ridícula si no fuera pelirrojo y extraordinariamente flaco, ni portara bigotes tan difíciles de olvidar. Era, a todas luces, un estudiante de matemáticas o físico-matemáticas. A

mí me daba la impresión de que todos se apartaban de su lado, como temiendo un contagio o calcinarse al contacto corporal. Me hubiese gustado preguntarle a algún pasajero imparcial su más sincera y espontánea opinión. Claro que nunca lo hice.

Juan, efectivamente, era estudiante, y mi contacto con el sector llamado eufemísticamente juventud. Cada sector contaba con su propia organización. El más absoluto tabicamiento (esto es, el absoluto aislamiento entre célula y célula) era el antídoto más importante contra la represión. En sí, no la evitaba. Sólo evitaba el efecto dominó. El principio básico, axiomático, era: “El que no sabe no habla”. Con su aditamento más cruel: “Aunque quiera o se quiebre”.

Ese sistema hacía que la vida interna del partido se limitara prácticamente a la célula o equipo. Con el *agravante* de que todos nosotros militábamos veinticuatro horas por día. Es decir que no nos quedaba mucho tiempo para departir amistosamente con la población en general. Craso error.

El equipo se formaba con un mínimo de tres o cuatro compañeros. Y por razones operativas, y sobre todo de seguridad, no podía pasar de nueve o diez. Al finalizar los interminables años de clandestinidad, nos dimos cuenta de que aquí también estaba la explicación de tantas “aparateadas”. No puede haber genuina democracia interna entre cinco tipos. Por un lado. Por otro, los cinco o diez integrantes funcionaban “alrededor” del responsable, el *cuadro*. Este era del de más compromiso y veteranía. Pero también solía ser el más audaz y temerario, en todo el amplio sentido de la palabra. ¿Cómo podría un partido revolucionario no apelar a los temerarios en semejante batalla desigual, con la clase trabajadora replegada y una picadora de carne que andaba por las calles de todo el país? Las características ideales del cuadro tradicional –mejor dicho, supuestamente tradicional– eran la claridad política, cierta capacidad organizativa, paciencia, inclinación al estudio y apego a la clase obrera, cuando más industrial mejor; esta valoración fue imperceptiblemente cambiando por la que imponía la supervivencia. O sea la supervivencia activa, muchas veces en tensión abierta con la seguridad de la base del partido y con su evolución política en general. Aquel tipo de “cuadro” comenzaba a tener vida y ámbito propio. Con el tiempo y en combinación con otros elementos, sería fatal.

Cuanto más se avanzaba en la suerte de escalera jerárquica, la cosa empeoraba. No sé si pedir perdón por esta especie de digresión.

Cuando Juan Colores me iba a buscar al trabajo, yo debía bajar-me en el parque Independencia. El me seguía a pocos pasos. Si todo estaba aparentemente bien, yo esperaba a que me diera alcance. La charla debía hacerse caminando. La caminata no podía ser un paseo, porque dos tipos vestidos con ropa de trabajo no pasean por los parques; ni a la carrera, porque eso genera siempre alguna expectativa para un observador. Se trataba de caminar tranquilos, intercambiando alguna carcajada aquí y allá. Lo primero era el *minuto* (abreviatura de minuto conspirativo) que consistía en dedicar siempre el primer momento a justificar ese encuentro ante la represión súbita. Armar un buen minuto salvó varias vidas. ¿De dónde se conocían? ¿Quién era el otro? ¿Dónde trabajaba? ¿Cómo se llamaba la mujer? Como una suerte de trinchera virtual, debía parar la primera ofensiva del enemigo. La clave consistía en mantenerse siempre en el medio. Por ejemplo: si el otro era solamente compañero de trabajo, no podíamos saber demasiado de su vida privada. No podíamos bandearnos. Pero si no sabíamos decir dónde vivía, también podía ser peligroso. Lo mismo pasaba con el grado de nerviosismo que podíamos, y que debíamos, demostrar. Quedarse excesivamente tranquilos podía ser interpretado como rasgo profesional. Tan peligroso como ponerse a llorar. El medio, mantenerse siempre en el medio. Y especular con el aburrimiento rutinario del milico. Alentar cualquier desvío tangencial en el operativo. Algún comentario futbolero. Había compañeros que, junto a los documentos, llevaban fotos de minas en bolas, y, por las dudas, alguna virgencita, que se mostraban casualmente al sacar los famosos papeles. Todo un pasaporte para permanecer dentro de la galaxia conocida como Vía Láctea.

–Seguimos con el mismo *minuto* de la última vez –le dije a Juan, repasando con el rabillo del ojo su perfil de judío errante, absolutamente incompatible con cada una de las medidas de seguridad inventadas desde los maquis a la fecha.

–Seguimos –dijo Juan, que hacía lo imposible por representar su papel de inmigrante de la década del 20.

–Me imagino que estarás limpio.

–Como un angelito.

–¿Qué pasa? –fui al grano.

–Tenemos que levantar la reunión. No hay casa.

–¿Y la de Rosita?

–Le cayeron parientes.

–¿Y la escuelita?

–Están trabajando unos pintores. Y ya la habíamos descartado por lo del tipo de la Cooperadora, ¿te acordás?



Teníamos que lograr que el sentido de la discusión no se trasladara al sentido de la caminata. El nerviosismo mata. Y el aire estaba raro esa tarde.

–No sé, no podemos postergar la reunión. Hagámosla en mi casa.

–No le toca. La hicimos ahí hace quince días.

–¡Mierda! ¡Hay que hacer la reunión de equipo! ¡Yo me hago responsable!

Juan me podría haber contestado que si lo mío tenía algo que ver con algún tipo de mandamiento divino, pero no lo hizo. En cambio, se puso más colorado que de costumbre. Por mi parte, podría haberme arrepentido del arranque histérico, pero tampoco lo hice. Deteniéndome en el poste del cole, agregué, a modo de despedida: “El sábado a las 20. De paso, festejamos mi cumpleaños. O mi casamiento”.

El Colo intentaba descifrar la cuota de mala ironía, si la hubiera. Para hacerlo, se sentó en un pequeño paredón, de espaldas al parque, apoyándose en el cerco perimetral de alambre.

Cuando la cita había terminado, escuché los ladridos. Estarían allí desde el principio, pero mi concentración debió de haberme traicionado. En ese lugar del parque funcionaba una escuela de entrenamiento para perros. Grandes y temibles perros de policía se educaban para masticarnos. Porque de eso se trataba. Los entrenadores, de civil o de uniforme, gritaban palabras duras en algún idioma lejano, rico en consonantes. Los perros debían de entenderlas, porque las contestaban con distintas poses. Era un diálogo tan fantástico como aleccionador.

A pesar del atractivo que presentaban estas actuaciones, prácticamente expuestas al público circundante, todo el mundo parecía ignorarlas. La prudencia no era un invento marxista.

Eso estaba rumiando, cuando un giro fuera de lo común me obligó a prestar atención a lo que pasaba adentro de la escuela. Dos instructores forcejeaban con un perro, tan enorme como embravecido. Uno lo sostenía con sus dos manos por el collar con tachas de metal, trastabillando. El otro mantenía frente al hocico del animal una prenda o un objeto de color azul. La bestia se abalanzaba peligrosamente, salpicando baba a sus maestros. Los dos tipos reían y se insultaban simultáneamente. Gozarían de su trabajo.

El Colorado no quería mirar atrás, y me pedía con los ojos agrandados que le contara qué estaba pasando.

Un tercer hombre apareció en la escena. El parque verde y arbolado brindaba un curioso marco bucólico a semejante violencia.

Este hombre parecía un muñeco animado. Sus brazos, sus piernas, y aún el torso, estaban cubiertos por verdaderas almohadas, sujetas al cuerpo por cintos de cuero. Había visto antes ese tipo de señuelo en los entrenamientos. Calzaba altas botas y guantes tipo mitones, amarrados arriba de los codos, pero su cabeza y cuello estaban desprotegidos. La boca se veía firmemente amordazada con una bufanda azul.

El tercer hombre se movía ridículamente. Tenía dificultad al caminar, por la coraza abultada de sus piernas, y lo hacía con amplias y abiertas zancadas y con los brazos extendidos. Esa dificultad empeoraba al correr.

Porque el tercer hombre empezó a correr. Y corría hacia nosotros. El Colo seguía de espaldas y rígido. Yo, imprudentemente impedido de abandonar la acción.

El ridículo muñeco, mal que mal, avanzaba rápidamente. Estaba a unos veinte metros del alambrado, que era, a todas luces, su objetivo. Su expresión lo decía toda. Lo que podía adivinarse de ella. Los ojos desencajados. El pelo rubio desaforado. También pensé que, con semejantes mitones, no podía librarse de su mordaza. O no quería perder tiempo en hacerlo.

Los otros dos agregaron a sus risas el festejo por las maniobras del monigote. El perro devoraba el aire con sus fauces, el lomo encrepado y arqueado hacia delante, las patas a punto de estallar. No ladraba. Pero era un silencio cargado de saliva y malos augurios. El objeto azul con que lo torearón ya lo había invadido completamente.

Entonces, lo soltaron.

La señal que uno de los hombres trazó apuntando al objetivo fue del todo gratuita: el perro ya volaba hacia su presa. El rubio extrañamente arropado no había caído una sola vez. Presintió el cambio en la situación y se impulsó hacia delante, dando un prodigioso salto. Estaba solamente a un par de metros de la inocente pared de alambre.

El pastor alemán mordió primero el talón de la pierna derecha, tironeando con fuerza. Quizás la técnica consistiera en derribar el objetivo. El rubio no hizo caso y alcanzó finalmente el alambrado arrastrando consigo al animal. Sus dedos, presos dentro de los mitones, no podían prenderse y trepar el cerco. Tampoco podía elevarse con una pierna anulada.

Los tipos se acercaban lentamente, como al descuido. Intercambiaban algunos comentarios, seguramente jocosos. Porque reían. Nosotros no podíamos hacer otra cosa que seguir congelados. El resto del parque había desaparecido.

La situación entre el falso muñeco rubio y el pastor alemán parecía no evolucionar. El pibe (porque era joven) resbalaba por el alambre y el perro, aunque sin desgarrarlo, no abandonaba su pie derecho.

La voz gritada vino como un disparo. Incluso, pudo hacerme huir de allí, si no hubiese estado tan fascinado. El perro soltó su presa, y acto seguido se elevó sobre sus patas traseras buscando la garganta desprotegida debajo de la bufanda azul. El muchacho, que había girado levemente, trabó en parte el intento. Tuvo un interminable segundo de duda y finalmente decidió presentar batalla. Quizás, concluyó que la escalada era imposible. Tal vez se tuvo súbita confianza. Primero eliminaría al perro furioso, y después, a los policías instructores. Y después, llegaría caminando al mar. A las playas doradas de Monte Hermoso, con todos sus camaradas.

Debió de pensar algo parecido. La mordedura fatal, que le destrozó brutalmente la garganta, no le pudo quitar esa expresión de la cara, por fin libre de toda mordaza, expuesta en su radiante belleza. Era un joven hermoso, con un hermoso rictus de joven sabiduría encima de su última herida.

Eso debió de molestar a los tipos. Otra voz ladrada, y el animal se transformó en un tranquilo perro de barrio, a la espera de su hueso.

Esto había ocurrido a centímetros de nosotros. El ridículo alambrado no dividía nada. La espalda del Colorado y mi cara de tiza seguían allí.

Uno de los instructores pasó una pierna por sobre el muñeco ensangrentado. Arrimó su cara hasta apoyarla en el alambre, transformándola en una lujuriosa máscara de metal. En ella bailaba una sonrisa feroz.

—¿Alguno de ustedes tiene fuego, muchachos? — delectó con cierta sensualidad.

Quizás, nos pusimos de acuerdo en silencio. O, simplemente, no pudimos salir del pavor. Pero no respondimos nada.

—Hacen bien en no fumar —y volviéndose a medias, abarcando todo el parque, con un pie sobre el pecho del rubio nos soltó:

—Lo primero es la salud.

En conjunto, la reunión salió bien. Dadas las condiciones, pudo haber salido peor. Nuestros marcos de referencia en aquella época eran un tanto etéreos. Primero, vinieron todos los compañeros. Segundo, la seguridad anduvo bien, si excluimos un par de imponderables; tal como una repentina visita de toda una familia de

un compañero de mi fábrica, que pasaba por el barrio y se le ocurrió visitarme, y se enojó porque no lo había invitado a mi quinto cumpleaños en ese año. El otro imponderable estuvo peor: un tipo que vendía máquinas de afeitar y curitas a la vez. Parecía una cargada. Tuvimos que seguirlo un par de cuadras, y, en apariencia, se trataba de un nuevo producto del delirio y malaria generales que envolvían al país y a su gente.

Improvizamos un informe de la situación política nacional, pues el material respectivo estaba atascado en algún eslabón de la larga cadena proveniente de Buenos Aires. También podía estar atascado en algunas cabezas. Difícil de determinar. Entre todos salvamos la situación, aunque no pudiéramos dar todas las respuestas. ¿Por qué la clase obrera no reaccionaba? ¿Los sindicatos estaban con la dictadura? ¿El imperialismo bancaba a Videla al ciento por ciento? ¿Qué hacían los rusos en el Paraná medio?

De alguna forma, toda la discusión política se deslizaba hacia un embudo. Por el ínfimo extremo de dicho artefacto conceptual, goteaba la pregunta del millón: ¿Cómo estaba el Partido? Sí, ¿cómo estábamos en el resto del país, en Buenos Aires o en Córdoba? ¿Y, sobre todo, cómo estábamos en la Regional Rosario?

El cómo estábamos tenía dos lecturas inevitables: ¿Cuántas bajas teníamos, si teníamos? ¿Cuántos *más* éramos? Sí, la más sofisticada elaboración política, la más complicada ética de la sociedad de los hombres, se resumía en la más estúpida y primitiva operación aritmética: sumar y restar. Quizás sea esa la fórmula tan buscada por científicos, filósofos y poetas. La más cerca de nuestra nariz. Sumar y restar. Todo un lenguaje.

La síntesis podría haber servido como argumento a una tira de historieta. Sin desmerecer el género. La dictadura no sobreviviría para siempre. Las contradicciones con el imperialismo estaban de alguna manera generando nuevos espacios políticos favorables. La resistencia obrera de los compañeros de Luz y Fuerza había sido derrotada, pero no quebrada. También los ferroviarios se habían abroquelado. En síntesis, todavía era muy aventurado sacar una conclusión *decenal*. Eso sería típico de *pequeñoburgueses* fetichistas de las fórmulas y caracterizaciones. Esperaríamos. Seguiríamos luchando y esperando.

Todos felices. Preocupados, nerviosos, insomnes, mirando siempre con un ojo por el retrovisor, pero felices. Lo que estábamos construyendo escapaba a todas las lógicas posibles, incluyendo sus corolarios metafísicos. Lo que estábamos construyendo era nuevos mundos humanos, a imagen y semejanza de nuestros sueños y de

todos los sueños de todos los pobres del mundo real. Era difícil viajar en colectivo o en tren con toda esa mochila a cuestas, pero lo hacíamos todos los santos días. Algunos con menos suerte que otros.

Los compañeros salían de la casa de a dos y cada quince minutos. El barrio no era de lo mejor. Resultaba increíble lo aseadas que solían ser las amas de casa de la cuadra, que invertían gran energía barriendo la vereda a las once o doce de la noche. Al principio estuve a punto de mudarme. Después, caímos en la cuenta de que era una cuestión de estricto profesionalismo barrial. Inventamos una historia de telenovela, con amores cruzados y paternidades misteriosas, y la fuimos dosificando por entregas casuales en la carnicería y en la panadería de la esquina. Así que los saludos breves y murmurados eran interpretados por nuestras centinelas como evidencias del drama. Al menos, eso creíamos nosotros, pobres ilusos.

Acompañé a Lalo a tomar el colectivo a tres cuadras. La noche era perfecta. Las barrenderas tenían su propia reunión de célula, y casi no saludaron.

–No pudimos charlar la situación de mi fábrica –Lalo trabajaba en la John Deer–; hay mucho malestar por el tema salarios y, como si fuera poco, parece que quieren rajar gente. Te imaginás que los monos del Sindicato ni aportaron. Y la gente viene de no juntarse en asambleas por lo menos desde hace un año. ¡Qué sé yo!

–Y sí, habría que parar la oreja –dije de puro compromiso, intentando que no se notara el reduccionismo intelectual–. ¡El viejo síndrome del churrasco! ¡Los milicos están reventando al país y la gente con el viejo síndrome del churrasco! ¡Qué te parece!

Lalo me miró con extrañeza. Puso cara de decirme algo importante. Pudo ser cara de ofendido: le gustaba la carne a la plancha. Pero justo pasaba el cole. Iba colgado en el estribo cuando alcancé a gritarle: “Somos un pueblo carnicero”.

El joven subteniente que estaba a cargo se sacó el correa completo, con pistola enfundada y todo, y se lo entregó a un soldado que tampoco esgrimía ningún arma. El oficial había separado tanto los brazos del cuerpo, que prácticamente parecía volar en la noche. Hacía recordar vagamente a una película de un lejano Oeste, vendido como salvaje. Avanzó unos pasos y se quedó estático, con los brazos abiertos, esperando. En su cara no se dibujaba ningún temor, aunque sí una concentración metida en el escenario con exagerada artificialidad. Su cabeza estaba descubierta, y ello era

un toque verdaderamente audaz. Delante de él se abría una pequeña extensión de varios metros totalmente vacíos, una suerte de explanada. Más allá se alzaba un poderoso portón de hierro, al parecer inexpugnable, embellecido con el verde oficial de la empresa, de grandes rejas cuadradas apenas separadas entre sí. Detrás del portón se apiñaba un número indeterminado de obreros vestidos de caqui, con brazos y caras que emergían y se protegían simultáneamente entre los fierros. No gritaban. La escena era silenciosa.

El desarme unilateral cinematográfico había logrado efectos encontrados entre los autoacuartelados trabajadores. Unos temían lo peor, otros respiraban aliviados, y había unos pocos que fanfarroneaban. El joven de verde oliva se acercó lo suficiente como para poder ser escuchado sin gritar. Recién ahora caía bajo los potentes haces de luz blanca que cubría la entrada de la fábrica de tractores. La luz lo humanizaba. Fue un acierto descubrirse.

–El Ejército Argentino no reprime a trabajadores argentinos –dijo con una voz que aún tenía tañidos de cadete.

–¿Entonces, qué hacés acá? –gritó alguien desde la segunda fila detrás del portón.

–Fuimos llamados porque ustedes están ocupando las instalaciones de la fábrica. Va contra la ley.

–Cerramos el portón porque venían ustedes –siguió la misma voz desde adentro. Algunos lo entendieron como un chiste–. Estamos en asamblea, jefe. No ocupamos más que nuestro tiempo.

Finalmente, el subteniente sonrió. Aprovechó para recordar que él había aprendido a manejar un tractor con un viejo J.D., en la chacra de sus viejos.

–O sea –pensó en voz alta– que si nos retiramos ustedes también desalojan.

Murmullos gruesos del otro lado del portón, con cabezas que se apiñaban, y algunos manotazos también.

–Claro –dijo el mismo interlocutor.

–¡Pero ya! –recuperó un poco de voz de orden el oficial.

–¿Qué están esperando? Nosotros ya terminamos el turno.

El subteniente retrocedió unos pasos, aparatosamente. Después dio media vuelta y se enfrentó enérgico a su tropa.

–¡A doscientos metros... retirarse!

Mientras salían, algunos en bicicleta, la mayoría caminando, la voz anónima se aproximó al oficial.

–No somos subversivos, somos laburantes cien por cien.

El militar se había calzado nuevamente su gorra reglamentaria. Sumidos en la penumbra general, agravada por la tramposa

visera, sus ojos sólo podían adivinarse. Brillaban interiormente. Dijo:

–Según algunos, ése es el verdadero problema.

El ascensor. ¿Por qué ascensor y no descenso? Flaca chupada de medias a Newton y sus acólitos, porque justifica la *naturalidad* de la caída. Pero bajar no es caer. Ni subir, necesariamente subir. Metafísicamente. También léase políticamente.

Teníamos el ascensor –mejor dicho su maldito motor– a un par de metros sobre nuestras cabezas. Pero retomo desde un rato antes.

Salimos con lo puesto, Cristina y yo, a las doce de la noche. Habíamos estirado indebidamente una cita organizativa, y ya no pudo regresar a su casa. Marcos nos despertó a patadas en puertas y ventanas.

–Cayó la casa de Empalme Graneros. El Ejército.

Cuatro compañeros. Imposible estar seguros de una limpieza absoluta. Hay que levantar media Regional. ¡Pero ya!

Salimos al frío de la noche. El Citroen tarda en arrancar. Despierta a todo el distrito militar. Una vez en marcha, surca la calle a diez kilómetros por hora. A las cinco cuadras bajamos para dispersarnos. Cris y yo tenemos que caminar como novios, pero lo hacemos como maratonistas reprimidos. Estamos muy mal vestidos y portamos innumerables bolsitas de plástico con libros, materiales del partido y unas latitas de picadillo. El ruido del roce de las bolsas es insoportable.

Tenemos que llegar a la avenida. En el edificio de diez pisos hay un departamento vacío del que tenemos las llaves. Está en el último piso y no sabemos si es el “D” o el “C”. Pasa un Falcon extraño, como todos los Falcones. Va despacio. Al llegar a la esquina dobla acelerando y desaparece. Nos falta una cuadra que hacemos, ahora sí, en franca carrera. Las bolsitas flamean en la noche. La entrada y el hall del edificio están más iluminados que la Scala de Milán. Sabemos que la naturalidad es nuestra verdadera seguridad. Y también sabemos que no lo estamos logrando.

Pruebo la cerradura de la puerta principal, de un vidrio immaculado, grueso y provocador. Los herrajes son de bronce, bruñidos por celosos porteros. Creo que las llaves no sirven. Casi abandonamos, cuando alguien sale de adentro. Aprovecho para darle un abrazo con beso incorporado a Cristina, que tiembla ligeramente con su maquillaje corrido y salado. Del interior salen dos viejitas

con un señor de bigotes. Hacemos como que no encontramos las llaves de puro enamorados. Las viejitas sonrían, el señor, no. La puerta queda abierta y yo la sostengo como un buen caballero, dando prioridad a las señoras. Igual, Bigote la sostiene con demasiada firmeza y perspectiva de cerrarla a su paso. Se demora un segundo, que aprovechamos para traspasar la frontera haciendo un ruidito con las llaves en mensaje obvio y simpático.

Mientras caminamos por el pasillo hacia el ascensor, las miradas de esa gente, más la de otra pareja que aparece fugazmente en la escena, nos taladran la espalda. Aplico otro beso, pero con menos convicción. Pulsamos el botón y nos quedamos acurrucados esperando. Ahora no fingimos. De golpe estamos solos, multiplicados por infinitos espejos. Las bolsitas nos dan el aspecto de cirujas. Pero las pantuflas de Cristina pueden desorientar a cualquiera.

Todavía no sabemos si las llaves sirven ni qué departamento debieran abrir. “C” de culo, “D” de dedo. El dedo en el culo.

Más espejos, esta vez íntimos, en el interior de la cajita que sube. Ahora, los labios despintados de ella y mi pelo revuelto parecen una confesión firmada con el dígito pulgar derecho.

Sólo el convencimiento de no poder retroceder –no ya retroceder, sino simplemente no poder ir a otro lado– nos hace seguir adelante.

El décimo llega. Todo llega. A nuestra derecha, un pasillo con puertas iguales a ambos lados. El “C” tiene la plaquita que cuelga malamente de un tornillo doblado. Debe ser ese. Abre al primer intento. Casi reímos a carcajadas.

Adentro no hay luz. No hay muebles, ni cortinas. Por las varias ventanas peladas entra la luminosidad bastarda de la noche. Inspeccionamos. En el baño hay agua. Lo más acogedor es la alfombra, no muy ruinoso, olvidada en una de las piezas. Allí nos quedamos. Hacemos el inventario de lo que llevamos encima. Las latitas de picadillo quedan abandonadas. La prioridad son los papeles. Casi de memoria y al tacto vamos clasificando por grado de peligrosidad. El cuadernito rojo de Cristina gana, lejos, el concurso. Ella es la responsable de finanzas de la Regional. Después, viene mi colección de volantes clandestinos, incluido el que deberíamos tirar mañana, en apoyo a los trabajadores de la fábrica de tractores. Para que no queden dudas del compromiso, está picado en estencil. Un lujo. Estamos hasta las manos.

También yo aporto mis poemas, que pienso rescatar de la pira inminente. Discutimos en voz baja y resolvemos no usar el inodoro para tirar los papeles. Los vecinos saben que el “C” está vacío.



Terminamos quemando hoja por hoja en el lavadero de la cocina, lo que aprovechamos para calentarnos un poco. Pero, sobre todo, nos distraemos con lo atávico de la ceremonia. Acá va la lista de cotizantes de los meses de enero y febrero. Allá, los aportes extraordinarios de la campaña financiera anual. Maldita campaña. Las listas de militantes se vuelven amarillas, anaranjadas, azules, negras y finalmente se quiebran y vuelan ante nosotros. Quiero decir una broma alusiva pero no me sale, sería muy truculento. Por primera vez, no se me ocurre ninguna. Cris pretende quemar las tapas, que no quieren arder por nada del mundo. Recién entonces me doy cuenta de que Cris le había dibujado una portada como si fuera un cuaderno de la primaria, con flores violetas y letras primorosamente góticas. Yo no lo hubiera quemado. Por carácter transitivo, decido no quemar mis poemas. Pero no logro quebrar la manía de mi amiga, que si pudiese me quemaría a mí también. Torquemada trosca. "Todos somos Torquemada": un buen título para una obra de teatro del tipo de terapia colectiva.

Misterio de los sentidos: recién cuando se terminó lo quemable, se encendió el oído. Escuchamos el rumor que producía la avenida, en algún lugar debajo de nosotros. Es como si estuviéramos parados sobre el sordo ruido de los coches y la gente. Quizás los sentidos se venguen por la falta de luz. Vista, vida. Estamos absolutamente a oscuras.

Sorpresivamente, escuchamos el golpe de un motor, a pocos metros de nosotros, y un zumbido de mayor a menor. El ascensor se mueve, vacío, hacia la planta baja. El sonido mecánico, lleno de cascabeles, atraviesa verticalmente el edificio. Y a nosotros. Se detiene, servicial, unos segundos medidos con arena de la gruesa. Rumor metálico, como en otra dimensión. Y sube. El estruendo, por esperado, no es menor. ¿Sería sólo un zumbido? Se aplana. Salta de piso en piso. Se agiganta a cada metro. Una sinfonía de una nota sola. Para, palpita. Arranca.

-¿Baja?

-Debe de haber parado en el quinto. Creo que sigue subiendo.

El motor se demora. Es poco probable que cambie la cadencia de su marcha. Su previsibilidad es lo más desesperante. Devora pisos con parsimonia. Sentimos que se va a meter dentro de nuestro departamento.

Sube. Notamos que al zumbido eléctrico hay que despejarle un roce de cadenas, apenas disimulado. Ese otro es un ruido acumulativo. Trepa, trepa. Para. Se detuvo en nuestro piso o en el noveno. Puertas que se abren y cierran.

Estamos mirando, como lelos, la puerta que da al pasillo; de pie, tomados de las manos, en silencio y en plena oscuridad. El ascensor debe de estar palpitando, iluminado, estúpido y fatal. La acción fue en el piso noveno. Se trataba de alguien con una bicicleta. También podía ser una silla de ruedas. O represores pertrechados con motosierras, equivocados de piso. Pequeños estruendos apagados por la mampostería. Todo termina en segundos, como si nunca hubiese sucedido. Prefiero que el apartamento quede en planta baja. Me siento más seguro, como si tenerlo cerca nos delatara. Pero lo único que no podemos hacer, precisamente, es huir del ascensor.

Aprovechamos la pausa para sentarnos en la alfombra. Replegado el oído, la vista nos conecta con el mundo. Es el sentido de la vista y adyacencias. Estar en la penumbra es como palparla, las cosas sólo se presienten. Los colores, por ejemplo, han desaparecido. Rosario es un mundo sin colores.

Primero nos sentamos uno al lado del otro. Casi enseguida paso mi brazo sobre sus hombros y la atraigo hacia mí. La cabeza de Cris hace un furtivo nido en mi pecho. Tiene un cabello corto, que no convoca a la caricia. Pero igual lo hago. He compartido cientos de cosas con ella y hasta el momento no le había tocado ni una mano. Ella tampoco. Ni se me ocurre buscar alguna señal medio asfixiada. Sí se me ocurre, pero no la encuentro. Todo en Cris es solidez. Pude haber supuesto que ella era más bien tierna, frágil. Pero no, es acero apenas maleable. Va subiendo lentamente su rostro hacia mí. Me da tiempo a pensar. Nos da tiempo. Puede ser una flor buscando luz. Un eclipse de sol en desarrollo. Un cantar in crescendo. ¿Qué espero encontrar en su cara casi adivinada? Es un rostro lunar que se aproxima inexorablemente. Y yo ayudo.

El beso fue a mitad de camino. Un poco curioso como beso, técnicamente hablando. Una suerte de acople defectuoso, desparejo, irregular. Pero rebosante de vida. Saliva agrídulce. Aliento cálido a voces en acecho. Cris tenía dientes lisos y una hermosa lengua inequívoca.

Yo debo de haber tenido lo mío. Lo percibí en el brillo de sus ojos. Como un descubrimiento, como una sorpresa. Casi rieron. Su determinación no desplazaba su profunda belleza. Y es que todo allí era belleza.

Habíamos evolucionado hasta que ella quedó de espaldas y yo a medias encima. No estábamos siendo muy creativos, y eso mismo nos transmitía la fuerza de las cosas inexorables. Después habría tiempo para ampararnos en el fatalismo, que es la argamasa de las obras de amor. Pero eso vendría después. Ahora mandaba la

piel. Descubrí su mano debajo de mi camisa, sobre mi espalda desnuda. Los tiempos mentales no coincidían con los otros. Quise desabrocharle la campera de lana, pero la torpeza crecía y se multiplicaba. Corríamos el riesgo de morir estrangulados por nuestras ropas. Optamos por sacarnos todo junto y con un solo movimiento simultáneo.

El ascensor arrancó en ese preciso momento. El zumbido eléctrico arrasó el vacío del departamento. Entonces me salió el mejor chiste de la noche:

–Habiendo ascensor, el régimen no se responsabiliza por los accidentes que pudieran suceder en la escalera.

–Ni fuera de ellas.

¿Quién condujo las jornadas de junio? ¿Y por qué debieron ser conducidas por alguien? ¿O fue todo un mito? ¿Por qué desapareció sin dejar casi rastros? No siempre la historia genera historia-dores.

¿Cómo fue que la mancha se trasladó de fábrica en fábrica? La explicación del boca en boca es plausible para aquella época, aún virgen de la invasión de los teléfonos celulares y otras tecnologías malditas. ¿La combustión se produce espontáneamente, una vez dadas las mismas condiciones generales? ¿Y cuáles eran éstas? ¿Sólo salario y trabajo? ¿Cómo entraba en lo que estaba pasando la presencia de un gobierno militar aparentemente en consolidación?

La mancha de aceite por momentos devenía en verdaderas oleadas. De más está decir que todo lo que tuviera que ver con algún tipo de organización previa, llámese sindicatos, comisiones, agrupaciones, partidos, etcétera, fue absolutamente inexistente de toda inexistencia.

El contagio de Masei Ferguson fue, de hecho, automático. Estaban a pocas cuadras, eran de la misma actividad, sus obreros vivirían en los mismos barrios. Hicieron lo mismo, ocuparon pacíficamente las instalaciones.

Pero las demandas no trascendían. Ni las demandas, ni el hecho en sí. No hubo carteles, pancartas, ni banderas. Mucho menos megáfonos, bombos o redoblantes. Ni cantitos. Ni marchas. La vibración era interior, por abajo, y no cedía con la distancia, pues se cargaba con el pulso humano.

La primera fábrica grande de este lado de la circunvalación, era la textil Estexa, con su mayoría de obreras. Interesante. Un analista ortodoxo le daría a este dato una significativa importan-

cia: se movilizaban las reservas. ¿Pero hacia dónde? ¿Bajo qué bandera?

Hacia el Norte, trepó rápido. Esta calidad de obreros –químicos, papeleros– necesitaba un par de días para pegar el salto. Pero la simpatía arrasaba las secciones. Quizás no tuvo tiempo de llegar hasta el San Lorenzo. No supe que hicieran nada.

Hacia el Sur, en cambio, la oleada había llegado a la Ovidio Lagos. Los metalúrgicos cargaban sobre sus espaldas más experiencia y tradición que otros gremios industriales. Comenzaron las asambleas, ante la mirada atónita de patrones y sindicalistas. La ausencia de demandas claras era suplantada por la solidaridad con los demás obreros en lucha. Se sabía que eso era real, pero no se sabía más. Parecía suficiente. Las asambleas eran encuentros breves. Los oradores de siempre no hablaban. Lo hacían los más parcos y concretos: “No trabajamos”; “Nos quedamos adentro”. Ni siquiera hacía falta someterlo a votación. Hasta podría decirse que no eran las más democráticas del mundo.

La mancha de aceite se extendía inexorablemente.

Después de la anécdota de J. Deer, el Ejército no actuó más. O sea, no actuó como era fácil imaginar. Hubiese sido como juntar agua con una sola mano. Sus jefes –como otros jefes de otras instituciones– debían de estar rompiéndose la cabeza en el área Inteligencia. Y no creo que hayan descartado la hipótesis de una invasión de los soviéticos.

El colectivo tuvo que detenerse en un semáforo en rojo. El chofer miraba por el espejo retrovisor interno. Parecía estar esperando que alguien le diera la palabra. Un trabajador embanderado en su mameluco azul, parado en la mitad del pasillo, lo hizo.

–Escuché que ustedes también quieren parar. ¡Ni se les ocurra! Más que nunca necesitamos tener movilidad.

–Algunos les tienen miedo a los atentados –dijo el conductor, indeciso.

–¡Qué atentado ni atentado! –la que vociferaba era una señora gorda desde el fondo– Ahora más que nunca hay que estar unidos, y la mejor forma es estando dentro del trabajo. Y para eso hay que llegar al trabajo.

–¡Como siempre, nos tiran la bronca a nosotros porque dicen que carnereamos! –insistía tímidamente el colectivero, mirando al revés, arrancando como un bólido.

–Ahora no es como antes. Lo que pasa ahora nunca pasó antes –dijo un sereno que venía de cumplir su turno. Habló pegado a la

ventanilla, mirando hacia fuera. Era imposible saber si su tono sombrío tenía que ver con el arrepentimiento por lo que no se hizo antes, por los problemas que a todas luces estaban por venir.

–¿No convendría salir a la calle? Juntarse con una bandera argentina en una esquina –el que aportaba la idea era un pibe con cara de mal dormido.

–Ahí nos barren –no fue posible identificar la voz.

–Tenemos que ser más.

–No hay que tener miedo.

–Acá, lo importante es llegar hasta el fin de semana con el movimiento firme. Después veremos.

–A mí me parece que estamos todos locos.

Al lado del colectivo se paró otro de la misma línea. Los conductores hablaron a través de los ventanucos abiertos. El recién llegado gritó:

–¡Ché, hay un quilombo bárbaro! ¿Qué vamos a hacer?

–¡Qué se yo, preguntale a tus pasajeros!

Nos encontramos con Lalo en el hall central de la estación de ferrocarriles. Ninguno de los dos se acordó del “minuto”. Nos sentamos, a la espera de ningún tren. No había un alma en kilómetros a la redonda. Segundo a segundo, acumulábamos errores de seguridad. No nos interesaba. Ambos veníamos de nuestras fábricas. En Forja no pasaba nada todavía. En la de él pasaba de todo. Los informes estaban en esa delicada franja entre lo confiable y lo deseable. El movimiento abarcó talleres de todo tipo –como curtiembres y cristalerías–, pero no hizo pie en el comercio ni en los sectores estatales.

Lalo estaba con un pie en la vieja línea de mantenerse guardado, y con el otro, en subirse al tablón. Alguien había deslizado un papel donde se pedía un aumento de salario. La gente lo miraba y asentía, pero mantenía una actitud disonante, como esperando algo más. No se estaba trabajando, pero todo el mundo en paz. Momentáneamente, la empresa no apretaba. Daba para pensar en que pudiera estar sacando algún partido del movimiento. Los milicos no aportaron más.

¿Línea? ¡Guacha y lonja para adelante! ¡Hay que plantear la Huelga General! ¿Insurreccional? ¡Vos estás en pedo! ¿Te olvidás del gobierno que tenemos? ¿Te olvidás de la masacre que están haciendo los milicos? ¡La gente va para adelante! ¿Qué clase de vanguardia es el Partido? ¡La salida sólo se puede plantear en términos políticos! ¿La gente está desarticulada? ¡Mejor! ¡Mejor que no

se metan los traidores de los sindicatos! ¡Mejor que no se meta nadie! ¡El Partido pondrá las consignas a los trabajadores! ¡Huelga General! ¿Hasta cuándo? ¡Hasta que el gobierno retroceda! ¿Hasta que dé el aumento de salarios? Ponele.

La parte organizativa de la cita fue más caótica que la política. La Regional estaba totalmente dislocada. La caída de la casa de Empalme había sido un verdadero desastre. Claro que en aquella dimensión, todo era relativo. La buena noticia era que se trataba solamente de dos compañeros. Los otros dos habitantes de la casa habían zafado de milagro. Pero la mejor noticia era que estaban “blanqueados”, o sea presos vivos; adentro, pero públicos. Eso podía ser por simple accidente burocrático. También por línea de tal o cual sector de los milicos versus otros. La primera reacción, como siempre, fue histérica. El compañero T., el *responsable* de la Regional, había zarpado a Buenos Aires, mitad por seguridad, mitad para ver qué se hacía. Con los otros cuadros regionales no se tenía contacto.

Nos atropellábamos. Las salidas se presentaban a larguísimo plazo y enredadas en medio de la clandestinidad y la falta de recursos económicos. Más que a un reacomodamiento táctico, se parecía mucho a un desparramo. Creo que nos queríamos convencer de que la herida había cauterizado por sí sola. Al menos, como en mi caso, y un tanto precariamente, todos teníamos dónde pasar las próximas dos noches. Pero el verdadero problema era que lo hecho en el último año, puesto a prueba se caía sin estrépito alguno. No teníamos un miserable mimeógrafo donde imprimir un volante para participar en el movimiento de resistencia. La imprenta sería inabordable por semanas. Y ni siquiera podíamos pensar en una distribución como la gente.

Como si la galaxia dependiera de ese panfleto, o como si el mismo concentrara toda la verdad conocida o por conocer, la receta mágica ante la decadencia del sistema, nuestra obsesión se materializó en imprimir el maldito texto y repartirlo en las fábricas. Trascendía el mismo mensaje que supondríamos estaría escrito. Nos trascendía. Era un acto religioso del Partido. La fe.

Con alfileres y paciencia fuimos uniendo algunos retazos unibles. El resultado de la inapropiada cita se resume en el último intercambio de palabras. Le dije: “Hoy a las seis te doy el texto”. El dijo: “Esta noche comenzamos a repartirlo”.

El movimiento tuvo su pico máximo al día siguiente, y después se fue replegando. Probablemente ya no podía avanzar más man-

teniendo aquellas características que, paradójicamente, lo habían hecho tan formidable. Persistió casi una semana. Hacia el final hubo señales inequívocas del gobierno que posteriormente se tradujeron en mejoras económicas. No se registraron represalias en los focos más importantes, y eso solo constituía un triunfo inapelable. La gente quedó bien, sorprendida de sus propias fuerzas, absolutamente desorientadas sobre cómo continuar y si era dable continuar. Creo que todo el mundo tuvo conciencia de que, sea como sea, los próximos episodios arrancarían desde aquellas jornadas. Lo que se llama toda una adquisición. La prensa no lo registró en ninguna de sus tiradas a lo largo de la semana. Quizás la versión del mito arranca de esta comprobación, o falta de comprobación, según se lo mire.

Videla se dio el gusto de izar el pabellón en esa nueva edición de la fiesta patria. Rosario había quedado nuevamente apuntalada.

Nuestro panfleto fue todo un éxito. Nadie le dio bola, pero la gente lo apoyó en un sentido amplio. Digamos que justificó su existencia, que es mucho más de lo que estábamos acostumbrados. La línea era principista, pero torpe. Debe de haber arrancado algunos suspiros y otros tantos resquemores. Cuando lo estaba distribuyendo en el vestuario de la fábrica, fui sorprendido por un par de compañeros que estaban escondidos durmiendo una siesta. Me los sacaron de la mano y me empujaron fuera del vestuario. Fueron ellos los que se encargaron de desparramarlos a lo largo de toda la cuadra, a plena luz del día, subiéndose a los colectivos que hacían cola. Cuando vinieron a pedirme más y no pude o no quise darles, me miraron como para pegarme. Pero no lo hicieron. Uno de ellos me palmeó la espalda. La única palabra que se le escapó fue *compañero*. Y hasta allí llegó toda mi relación política con estos magníficos tipos.

Lo realmente insólito fue el llamado “balance” interno del partido. En un momento pensé que la restituida Regional, incluyendo sus viajeros esporádicos, me iban a sancionar. No lo llegaron a concretar, pero hicieron algo peor: lo dejaron planteado como para que sus posiciones fueran incorporadas por mí, voluntariamente, claro, a mi propia autocrítica. Lo que me molestó fue, más que las críticas, las mofas a la calidad política del contenido de nuestro volante de emergencia. El gran centro de la discusión se transformó en la necesidad o no de convocar a la huelga general indefinida y qué reflejaban tales delirios, y no en el balance de la actividad –pronósticos incluidos– del conjunto de la organización. En fin.

En el mes de julio me trasladé definitivamente a Buenos Aires, aceptando el consejo del partido. A Cris la vi un par de veces después de aquella noche del ascensor. Cayó presa un año más tarde, y por un tiempo largo. No creo que aquellas jornadas memorables hayan quedado registradas en algún lugar de privilegio en los archivos más o menos oficiales de cualquier organización que aquí haya sido nombrada. Sé que quedó en la memoria de aquellos que la protagonizaron. Lo que me incita a creer que todo el Proceso debe de haber estado atravesado de acontecimientos semejantes. La historia tiene la extraña propiedad de que puede ser descubierta cuando uno menos se lo espera.



## Juego de retratos

*-Ímproba tarea la de eludir la ficción, Eddy. Sobre todo para nosotros, que vivimos repudiando toda ficción que no sea la oficial, es decir la de la realidad.*

*--Calculo que lo tuyo tiene que ver con algunas décadas atrás. Me he acostumbrado a identificar tus ficciones con aquella época. No es un lugar común, Blass.*

*-Pudo serlo hasta hoy, mi amigo. O quizás se trate de un presagio. Me refiero a todo lo anterior. Estas historias más o menos introductorias. No por reales menos ficticias. Pero hoy me encontré con la novedad de que la vida no se ha interrumpido como creemos. Hemos actuado, estamos actuando, como si poseyéramos dos vidas. Nuestro antes y después no es respecto a nuestro pasado, sino a nosotros mismos. Como la sombra de Peter Pan, pegada por una puntita a su verdadero cuerpo, que, no olvidemos, era de fantasía también. Un espejo y una fantasía adosada. Muy interesante. Hablamos de dos Eddys, dos Blass, no sólo distintos, sino opuestos. De tal forma que el de hoy le contesta al de ayer. Pero de la misma manera que el de ayer, premonitoriamente, se dirigía al de hoy. A mí. Ahora. Estuve hablando conmigo mismo, pero con del futuro. La pregunta es ¿por qué sabía que este diálogo sería posible? ¿Sabíamos que en algún momento la transformación sería inevitable? De ser así, significa que no creíamos en el triunfo. No era más que una autoafirmación religiosa.*

*-Por momentos me pareció que lo tuyo era pesimismo. Pero siguiendo tu idea, se trata de un razonamiento profundamente optimista, si se me permite reducirlo a una contradicción superficial. En aquellos momentos, cualquier diálogo fantasioso con cualquier referencia futura, y de haber garantías de que esa ficción fuera real, venía a representar algo así como un certificado de vida. El acto de sobrevivir sublimado en un estúpido diálogo.*

*-No está mal como juego intelectual. Pero lo del presente me molesta como un clavo en el zapato, por así decirlo, si se me perdona el anacronismo. Tendrías que darme pie...*

*-Suéltalo Blass. Te vas a enredar en tu propia madeja.*

*-Es que hoy lo vi. Es el tipo que delató a tres compañeros en Rosario, a principios del '77. Trabaja conmigo.*

*-Es excesivamente grave.*

*-Puede ayudar a agravarlo el hecho de que el tipo me ha identificado. Otra vez.*

Mi cara está pegada en el pupitre de un escritorio. Está bajo un vidrio, por las dudas. Es una cara antigua, me pertenecía cuando tenía 30 años. Vista de cerca, tiene un aire como de condescendencia. En aquel tiempo, todavía dejábamos que la gente pudiera vivir, aunque sin apartarse de la zona de exclusión. Tengo más pelo y un bigote que desafiaba toda lógica de seguridad. Recién ahora me arrepiento.

Mi cara tiene forma de fotografía. Fue arrancada de un diario de la época, en la que aparecía junto a otras, pertenecientes a tipos como yo. Fotos que nadie se molestaría en mirar, y quien lo hiciera se preocuparía inmediatamente en olvidar. Toda una gimnasia.

El epígrafe ya no está bajo mi foto. Pero me lo acuerdo de memoria, más aún que mis propios rasgos prestados. Decía: "Elementos subversivos caídos en el enfrentamiento con los Grupos de Tareas en el barrio Las Flores". Me acuerdo de que esa mañana pensé que estando muerto nadie me buscaría más. Eso, enseguida. Y después me enzarqué en una extraordinaria polémica interior acerca de la conveniencia, oportunidad, lealtad y estupidez de dejarme la cara tal cual. La cara. Nosotros, nuestra vida, lo que somos. Después me grabé para siempre mis propios rasgos tomados de la primera plana del diario de la mañana, noticia poco trascendente entonces; prometí encontrarme más adelante en mejores condiciones y finalmente me pelé como un moje budista, me afeité cuidadosamente las cejas y hasta las pestañas. Con algodones en la boca y los lentes de aumento de alguien que ya no los necesitaría más y que me mantenían en un mundo privado, emprendía el regreso a ningún lugar. Mi foto me echaba de Rosario. Claudiqué y abandoné mi cara a cambio de otra desconocida y enemiga. Pude huir. Sabía que era inevitable la persecución. ¿Qué clase de huida sería, de otra manera? Lo que define la huida es la captura posterior. Captura permanente.

Mi cara era cuidadosamente recortada y acomodada, para tenerla a mano, allí cuando la memoria cae como en un pozo antigravitatorio. Mi cara atrapada en oficinas poco oficiales. Plegada en carpetas. Apretada en libretas en interiores de sacos con olor a tabaco y a Odorono en pasta.

No era una tarea que se tomaba alguien que no apreciara su tiempo. Tampoco la de alguien a quien le atrae coleccionar pobres diablos caídos en combate.

Ese tipo sabía que el de la foto no solamente estaba vivo, sino que con absoluta seguridad también tendría la suya en algún otro bolsillo interior de su campera o de su mochila de campaña. No lo podía decir por las mismas razones que el otro también callaría. Y aunque no tenía pensado salir en su búsqueda, es consciente de que ésta ya había comenzado, al igual que su propia huida.

“¿Qué clase de huida es esta?”, le pregunté sobre el río San Nicolás al rostro que me devolvía la ventanilla del colectivo nocturno. Empezaba a acostumbrarme a hablarme a mí mismo como si fuera otra persona. Grave.

El tipo usa la lógica, más que los manuales. Sabe que todo desemboca en el gran puerto. Y hacia allí se dirigirá. Quiere tomarse su tiempo, pero otra noticia del mismo diario de esa mañana fatal le cambia el pulso. También él está en una foto. Exceso de confianza del propio régimen. No está en la inauguración de una plaza. Pero tampoco en el descubrimiento de la vacuna contra la gran enfermedad. Se mira desde el papel, junto a tres camaradas de armas, tal y como la sociedad civil se lo reclama, esto es, como nuevo director General de Transporte. Agenda mentalmente: “Intervenir al matutino infectado de bolches”.

Sabe que él tiene su foto. Que sabe desde dónde se montó el operativo. Después de todo, la célula desbaratada era la que controlaba el sindicato clandestino de choferes. Se dará cuenta de que no es posible que un hombre pueda ocupar simultáneamente los cargos de director general y ayudante de mecánico. Piensa que si en algún momento tuviese que empezar de nuevo, elegiría algo vinculado con los fierros. Le agradó el olor a aceite quemado y la vibración que producen en los genitales los motores a todo full.

Y los mates amargos de la mañana junto a los compañeros. ¡Compañeros! ¡Compañeros son los huevos!

No tenía por qué ser él mismo el que encarara la tarea de inteligencia. No quiso lucirse, ni competir con nadie. Probablemente estaba cansado de la oficina. La acción siempre tiene su poesía.

Al mes, ya lo habían contactado. Demasiado apurados los muchachos. No por falta de experiencia. Era atribuible, más que a lo acertado de sus análisis, a cierta pedantería respecto del inexorable desenvolvimiento de la historia, prácticamente ya escrita. Recordaba haber escuchado de un jefe la inesperada confesión de que la revolución nicaragüense fortalecería a los zurdos de la Argentina. A lo mejor, ellos también lo habían escuchado.

No. No va a dejar todo para ir a Buenos Aires. No va a recorrer hotel por hotel ni boliche por boliche, con una foto en la mano. Esto no era una maldita película norteamericana. Va a dejar todo así. La historia la están escribiendo Ellos. Y ese capítulo, menos aún, esa frase inconclusa, será finiquitada en su momento. En el momento en que él lo decida. Cuando realmente sea importante.

Que huya con su foto en su campera. El tiene la suya en su libreta. La década del setenta no se agotará jamás.

*-Bien mirado, no se terminó jamás, Eddy.*

*-Creo que en algún lugar te perdí, Blass.*

*-Estaba pensando en las recurrencias de las poses, disfraces, estilos. Chistes, quizás. Uno cree que lo que pasó simplemente ha dejado huellas. Claro que pueden concebirse como huellas en caminos fangosos. Huellas como de carros. Y también huellas de Falcon en pleno pavimento, digamos en Sarmiento y Chiclana. Pero son huellas en la medida en que indican un camino recorrido. Esto es, amigo, el mismo camino del que no saldremos jamás. No deberíamos asimilar la idea de huella con la de cicatriz, sino más bien con la de una arruga en un tejido. No con algo estampado, proveniente de afuera, sino con lo que es generado permanentemente.*

*Mi abuelo, el tano, punteaba la tierra para hacer la huerta. Qué clase de tano sería, si no. Un sobrino instruido quiso convencerlo de que esa forma de revolucionar la tierra, no sólo no aportaba ningún beneficio a las plantitas, sino que lo confundía todo. Según él, hay ciertos bichitos, enzimas, bacterias y demás que son útiles, orgánicamente hablando, en el nivel de la tierra específico en donde el Creador les ha alquilado. Caso contrario, no sirven. La meticulosa punteada, entonces, con su afán progresista, mandaba los bichos útiles de las raíces para arriba, y los que juegan en la superficie, para abajo. El Nono miraba al familiar, aumentaba las toxinas de la tierra con un escupitajo, cargaba sus cien kilos sobre la pala de punta, y seguía extrañando el sol del mediterráneo a cada terrón de tierra humeante que se desprendía del pequeño terremoto.*

*La verdadera anécdota concluye cuando los inefables bichitos, incluyendo las simpáticas lombrices, recuperan su nivel habitual. Parece mentira, pero sin que nadie les diga nada, unos subiendo, otros bajando, todos terminan en su lugar de batalla original. Hay que observar; claro, el tiempo, la dificultad y los perjuicios que ello ocasiona. Probablemente en la primera cosecha. Tal vez la mitad de las plantas. Menos tomates. Interregnos. Pero el punto es que, más allá de las ideologías, conspiraciones y costumbres, todo recupera nuevamente su estar; su ser.*

*-Incluyendo el de tu abuelo que seguirá punteando la tierra centímetro por centímetro.*

*-De eso se trata, Eddy. ¿Qué representa realmente esta democracia respecto de la dictadura? No me refiero al antes y después, al aspecto sucesorio del asunto, que está claro que es indescifrable. Me refiero a lo que tiene cada una de ellas de la otra para poder sobrevivir. No se trata, entonces, de huellas. De un lugar del camino ya recorrido, por donde no volveremos a pasar. De algo conocido, señalado. De la dictadura, punteada mediante, pasamos a la democracia. A algunos nos tocó subir y a otros bajar; qué se yo, acomodarnos. No lo hacíamos con felicidad sino con fatalidad.*

*Llevábamos con nosotros las marcas más o menos indelebles del metal. Dejan de ser marcas, huellas. Son nosotros. Y una vez apostados nuevamente, nos surge la idea de interrogar a la raíz.*

*Es una trampa. La vuelta a esta democracia es una verdadera trampa. Ellos nunca se fueron. El "nosotros" que se formó -o deformó- con ellos sigue siendo el mismo "nosotros" de nosotros dos ahora, por ejemplo, en nuestro Neuquén de adopción, o de casualidad.*

*No se trata de herencia, ni solo de recuerdos. En eso fallan los compañeros cuando hablan de mantener la memoria. No se trata del acto pasivo de la memoria. Ni siquiera de justificarla para nuevas acciones. Se trata de la imposibilidad de recuperar un recuerdo, porque no hay un recuerdo sino una nueva vivencia, una vivencia que ya era entonces. Lo que interesa es la actualidad de la memoria, no lo que ésta implica como potencia. Y no es un juego de presente y pasado, como en esas películas malas de ciencia-ficción. Es que gracias a ese recuerdo en acto, éste también se realiza en aquel entonces. Sé que esto último altera el sacrosanto sentido de la autocrítica con tanto esfuerzo aprendido en el Partido, y donde todo debía ser fijado eternamente tal y como había sido. Era un camino, digamos, empedrado de verdades a prueba de cambios y metamorfosis. Debíamos preservar los hechos de cualquier otra interpretación*

*burguesa. Se trataba de avanzar a paso seguro, sin equívocos ni arrepentimientos, sin ficciones reaccionarias.*

*Como todos sabemos, ya he sucumbido. Mi ser ha sucumbido. Ahora sé que no hay un ser, sino un "siendo". En ese "siendo", simplemente no podemos volver atrás, porque no hay atrás ni adelante. Estamos siendo ahora mismo. Yo estoy siendo ahora el torturado. Yo estoy siendo ahora el perseguido. Yo soy el que estoy siendo... ¿De qué memoria me hablan?*

La foto del facho quedó siempre en mi cartera. Ese tipo se infiltró y delató a tres compañeros. Yo hice dos cosas a la vez: juré venganza y escapé. Por una de esas casualidades calculadas que tiene la "lucha de clases", diría el Inefable, ese mismo día, en el mismo diario en que salí falsamente escrachado, también salió la de un fulano en el puesto de gerente de no-se-qué. Le faltaba el caballo blanco y el tricornio. Era el chabón que me cebaba los mates en el taller. La foto es mala, pero el recuerdo es grande. Es cachada.

Todos los días de mi vida, en todas las horas de mi vida, en todos los lugares en que viví, respecto de todas las relaciones que establecí, en todas las reuniones en que participé, en todos los viajes que hice, en los grandes acontecimiento y en los que no merecen llamarse así, en el reflejo de las cosas y en los giros de los pensamientos, en el amor y en la desidia, siempre viví y sé que viviré en función de esa realidad. Es mi única realidad. Es inútil que para conformar al público diga que me fue imposible encontrar la síntesis. En la medida en que sigas huyendo, Blass, no habrá venganza. Pero quizás el secreto está en que la venganza y la huida no lo son únicamente respecto del facho, de la aquella situación, sino también de mí mismo en tanto de lo que yo era, la parte del "siendo" que era entonces.

*-Por momentos se presenta como una especie de Volver al Futuro, Blass. Quizás sea mejor recurrir a la táctica del bibliorato, con etiquetas por fechas y lugares. Algo que se encuentra en todas las familias. Digamos, el tiempo; el viejo tiempo y el viejo espacio. No sé si me explico.*

*-Es que tengo atrapado el tiempo y el espacio en una foto. Y, probablemente, yo esté en la misma situación, aunque en el otro extremo.*

*Lo que debemos hacer será ya. Acabo de decidir enfrentarme a mí mismo. Pero por un rato te haré caso. Volvamos a la parte lineal de la historia.*

Lo de Buenos Aires fue de paso. Necesariamente. En realidad, viví y trabajé en las tres áreas posibles de la gran ubre. En Wilde estuve en una gran papelerera. Aprendí a fabricar papel y a hablar con las manos, como los presos. Era por el ruido. En San Fernando trabajé en una metalúrgica autopartista, como tornero que soy. En el Oeste viví en Ciudadela y trabajé en una matricería en San Martín. En cada caso, no pude superar los dos años. Era casi automático.

En mis círculos familiares se hablaba de cierta tendencia a la inestabilidad emocional. En los políticos, de un ultraizquierdismo imberbe. Mis mejores amigos y compañeros opinaban que yo estaba loco, pero que esa siempre había sido mi condición natural. Nada que comentar.

Fue legítima defensa.

En la papelerera era el operario que manejaba el Sampy. Me costó trabajo sacarlo, no tanto porque representara más edad de la que le hubiese correspondido, sino porque fue la primera oportunidad.

Se me vino encima con las uñas del autoelevador como para hacerme buzón de cartas, de esas con que la Vasena inundó Buenos Aires. En eso pensé en vez de ladearme, como James Bond. No tuve tiempo ni ganas de hacer otra cosa. En realidad, la gambeta me nació de algún otro lado. Cuando supe qué estaba pasando –y ello ocurrió un segundo antes de que todo pasara–, la resignación y un cierto alivio vinieron a mí. Todo simultáneamente. Tengo que repasar la cuestión paradójica de la simultaneidad entre causa y efecto. Bien. Decía que, aparentemente, algo o alguien actuó por mí. Pude o quise haberme dejado atropellar. Finalmente. Claro que también tenemos que meter en el cóctel de posibilidades la pericia del sujeto y su propia determinación, a esta altura del relato estrictamente presumida.

El tipo del Sampy no parecía del todo un experto. Pasó raudamente a un milímetro de mi piel, siguió a través de un portón que daba a los piletones, donde descansa la mezcla de papel antes de ser mandada a las máquinas, que tienen una capacidad y profundidad impresionante. Bueno, el tipo alcanzó a torcer la cabeza lo suficiente como para mirarme un eterno segundo. Para hacerlo, tuvo que inclinarla de manera que su mirada atravesara un plano

ínfimo supuesto entre la visera naranja del casco y sus lentes oscuros, tipo repartición. Me dijo lo inesperado, que olvidé el instante. Y cayó ruidosamente en la pileta rebosante de pasta. La densidad chocolatosa de la pasta evitó un verdadero estrépito. No hubo explosión de burbujas. El Sampy y su conductor simplemente desaparecieron en una especie de superficie de algo.

Terminé mi fabricación en tiempo y forma, como lo indicaban los nuevos hábitos laborales adquiridos en tiempos de la dictadura. Lavé cuidadosamente mis manos, completé los datos de la planilla que dejaría a mi compañero del turno entrante, y fui rumbo a las duchas. A cada instante esperaba el requerimiento, la interrupción, la interdicción, la ruptura. En fin, el suave golpetear de un par de dedos en el hombro derecho.

Pero esa sensación se me fue con los días.

En San Fernando, el tipo reapareció en forma de delegado gremial. Era el capo de la Comisión Interna de la UOM. Aunque parezca mentira, tardé casi un año en identificarlo. El asunto era que el tipo tartamudeaba. Y ese tableteo borraba las fronteras del resto de la sensibilidad. Dicho sea de paso, las caras de las gentes son todas medio parecidas. Además, están los gestos, como verdaderas expresiones del lenguaje, y por tanto bastante sistematizados, estandarizados. Creo que después, en algún momento, por qué no ayer mismo, me pareció que la cara, propiamente hablando, la cara que bien podía representar a aquella del pedazo de diario que todavía conservo, era básicamente la misma. Pero el hecho fue fatalmente eclipsado por el argumento de la tartamudez. Bien pensado. Porque no creo que uno pueda contraer un hábito, o un defecto como ese, según se lo mire, a una edad avanzada. Salvo que tenga que ver con cosas como la de ponerse canoso en una noche. Hay gente que dice haberlo visto, sobre todo en la cárcel. La cosa es que antes el milico no era tarta. Y suponer que se había disfrazado de tarta era atribuirle más idoneidad de lo conveniente. Así que dejé todo en brazos de lo indeterminado, cualidad que empecé a manejar ya por aquella época. El tarta venía y se paraba durante horas en mi turno, a la vista de todo el mundo. Yo seguía laborando, pensando que ese tipo me recordaba a alguien. Quería que me presentara como delegado en las próximas elecciones, en su propia lista. Quería renovarse. Según él, renovarse era vivir.

Un día, en un asado porque sí, dijo como al pasar la palabra clave: Rosario. Contó que había trabajado una vez en Rosario, unos diez años atrás, más o menos, y que allí hacía mucho calor, que la ropa se te pegaba al cuerpo. Me pareció que en la palabra pegaba,



puso un énfasis especial. No pude escucharlo más. Me refiero no sólo a esa oportunidad. No pude escucharlo nunca más en mi vida. Ni en el resto de la jornada festiva, ni en el resto de la vida laboral en la fábrica autopartista, ni en el resto de mi estadía en la zona Norte del Gran Buenos Aires. Mi vida, hasta hoy, se puede definir como el pedazo de tiempo y espacio en el cual la voz del tarta no sonó más, al menos en esa forma, en mis atribulados oídos.

Hice la prueba de taponarle la boca a la foto del diario, e imaginármelo como al Tarta delegado. También tenía una foto suya en traje de baño, junto a un montón de compañeros, medio borrachos, en la playa de Vicente López. El sol le daba de arriba, y podía deformar las facciones. Después de toda una noche de análisis, llegué a la conclusión de que se trataba de la misma persona. No me iba a dejar agarrar de manera tan imbécil. Sin despedirme de nadie, hice las valijas y me fui de San Fernando, zona equívoca si las hay. En el Partido, dije que la burocracia me había detectado, y que de común acuerdo con la patronal se disponían a chuparme. Ni siquiera fui a cobrar la quincena y el aguinaldo correspondiente. Que le aproveche al dependiente. Reviente quien reviente.

*-Parecería que el tipo tenía el don de la ubicuidad, Blass.*

*-Yo también me distraje intentando cargarme. Me pareció un remedio casero apropiado para no rayarme del todo. No sé si habrá dado resultado. Cada vez que llegaba al límite, recurría a la única prueba de mi cordura: la foto del periódico. ¡Señoras y señores, he aquí la verdadera prueba de mi existencia, y de la del otro! Si se trataba de una foto robada de un periódico del interior o de un prontuario cuidadosamente contrastado, era del todo intrascendente. Así como el lugar donde se encontrara. Escondida entre el forro de un libro de recetas de cocina, o prendida en una agenda de negocios, o en un bibliorato de algún ex policía o policía actual.*

*-Como verás, Eddy, estoy haciendo un esfuerzo por despegar, o, mejor dicho, independizar la historia de su verdadero contexto histórico. Me sabe a más desplegable. Lo ideal sería contarla en tercera persona. Todos, en el fondo, somos pagados de nosotros mismos. La autoafirmación de los principios afirmados.*

*-Creí que lo tuyo, además de ser tuyo, era más o menos de todos nosotros. No entiendo lo del despegue del contexto. La epocalidad de la cosa es parte de la cosa. Por otro lado, también creí que estábamos en emergencia. Qué sé yo, hay un facho dando vueltas*

*por ahí. No creo que se haya enterado de la llamada demo... Sí, debe estar enterado.*

*-Cuestión de seguridad, diría el Inefable.*

*-La muerte funciona independientemente de las instituciones, Blass.*

Después de unos pases mágicos que hice por el interior y el exterior, que incluyeron exóticas zonas como Oruro y Bariloche, Córdoba y Puerto Montt, recalé nuevamente en la gran urbe. La vuelta la invadí por el oeste. Apenas finalizaba la maldita década, aunque algunos pretendían que se prolongara allende los criterios de los números llamados racionales.

Lo único que conservaba de toda la gira por la historia reciente era la estúpida fotografía recortada de un diario, que ya no respondía por sí misma a su naturaleza. Era yo quien tenía que sostener con mi memoria los rasgos absolutamente desfigurados de quien vivía dentro de un pliegue de papel degenerado.

Quizás por eso bajé la guardia, por la aparente licuación de aquella esencia. O por los aires que, decían, empezaban a correr. El crepitar de los huesos era menos notorio. Quizás se hubiera incorporado a nuestro paisaje ciudadano. O por lo de aquella célebre frase que, una vez incorporada a nuestra mochila, tendió a explicar todo: "La memoria es política".

Pero lo mío eran los rasgos. No atinaba a establecer el devenir de la cara. Porque las caras devienen. La comisura del labio debería darle al conjunto un aire más de bulldog. Y la pelada incipiente lo acercaría a la imagen que tengo de mi abuelo. Kilos, sí, más kilos. Kilos vs. profesionalismo. Por otro lado, tenía el problema de establecer, a su vez, la tendencia a la desaparición de los rasgos de la foto. La tendencia a desaparecer de la foto. La una iba, la otra venía. El pasado y el futuro de una cosa. La palabra no es otra cosa que un soplo de aire.

La bajada de guardia también puede atribuirse al simple olvido. También a un cierto triunfalismo. El fin siempre estaba cerca. De hecho, haber aceptado el retorno a Buenos Aires casi con alegría, hablaba bien de mi recuperación psicológica, de mi afán de postularme y de mi acrecentada toma de conciencia. No, en serio. Esto último era lo que decía por aquellos días una minuta del Partido, pero tampoco puede decirse que fueran exclusivas mentiras. Creo que los deportistas le llaman cambiar el aire. Así me encontraba yo.

Conseguí un departamento limpio en Ciudadela, buenos vecinos y un “minuto” perfecto. Aún joven y emprendedor, me ganó la confianza de las viejas del barrio, podándoles a todas y a cada una los crecidos árboles municipales. Conseguí laburo de matricero, a pocos colectivos de distancia, bien remunerado y con excelentes compañeros. La sensación era que, aunque aún viviéramos en dictadura, la gente empezaba a darse cuenta, y eso la animaba a pensar en el por qué se estaba dando cuenta. El pecho cargaba más aire. Me olvidé definitivamente, inclusive, del lugar donde estaba acovachada la maldita foto. Y empecé a dejarme la barba de nuevo. Exceso de confianza.

La matricería era de un gallego delirante. Producía paragolpes para el automotor. Era importante, dentro de la consabida mezcla de artesanía y avance tecnológico que es el sello de identidad de nuestra industria metalúrgica; hoy, ex industria metalúrgica. El rengo era rengo porque un día, un obrero, enojado, le pegó un balazo. Lo había esperado desde temprano en la puerta de la fábrica. Llovía, y el tipo lo esperaba afuera, al reparito. El Gallego no llegó a bajar, su ex obrero le tiró por entre la ventana del coche. La bala le entró por la panza, pero le perforó no sé que hueso de la pierna derecha, si mal no recuerdo. Bueno, esto no tiene nada que ver. Aunque, bien mirado, la personalidad del Gallego se afirmó aún más luego del atentado doméstico.

Quizás por eso eligió a ese jefe de personal que creí reconocer desde el primer día. El tipo no era precisamente atento con sus subordinados. Me refiero a sus empleados directos. En cambio, tenía marcada preferencia por los proletarios, cuanto más engrasados, mejor. Digo que creí reconocer porque me pareció del género. Me hacía acordar a otro tipo igual que él, proveniente de la misma escuela, que fue jefe mío en el frigorífico, veinte años atrás. No puedo decir que el tipo me agradaba, por razones tanto ideológicas como de hecho.

Amparado en una excusa relativamente plausible, el jefe de personal entró a bajar al taller de matricería. Se paraba, máquina por máquina, a charlar con cada uno de nosotros. Se daba su tiempo, que parecía pertenecerle en todas las formas posibles. Con el viejo tornero lusitano, por ejemplo, debe haberse quedado por lo menos tres días. Con algunos de los muchachos más jóvenes tomaba mates, en una extraña ceremonia donde él se encargaba de proveer las facturas. Era imposible no percibir en el aire un tufillo a gran maniobra, sazonado con un clavo de olor no del todo santo. Tarde o temprano iba a aterrizar en mi torno.

El día en que efectivamente lo hizo, esperó a que el resto del personal se hubiera retirado del taller. El tipo se instaló de manera que no me resultaba fácil salir corriendo rumbo a mi colectivo de la tarde. Para colmo, había traído masas finas.

Cuando apenas quedaban prendidas algunas luces próximas a mi sector, el jefe de personal, con movimientos que denotaban una preparación excesivamente meticulosa, se desabotonó el saco de quinientos pesos, y del bolsillo interno derecho extrajo una pequeña cartera de cuero, muy gastada por el uso. Sus finos dedos hurgaron un instante en su interior. Comenzaron a desdoblarse con cierto temblor que le nacía del pecho, un pringoso recorte de diario.

El tipo estaba sentado en un tambor que hacía las veces de mesa de campaña, mármol de trazado rápido y refugio del equipo de mate. Quiero decir que estaba totalmente a la defensiva. Desplegaba el gran mapa de mi vida como si se tratara de la página central de una *Play-boy*. No lo reconocí en ese momento. Realmente no lo podría recordar. Es decir, no parecía el tipo de Rosario. Pero era él. Mi famosa memoria se había declarado en bancarrota.

Le di un golpe con la llave fija de dos pulgadas y media que todos los torneros tenemos siempre a mano. La parte estriada de la llave pegó de lleno en la sien izquierda. El jefe salió impulsado hacia atrás, pasó casi limpiamente por encima de la bancada de la máquina, y terminó en el piso, enredado con la viruta de acero de toda una jornada de trabajo. Parecía que estaba desmayado. Al menos no hizo el menor ruido cuando me retiré del lugar, apagando todas las luces y recogiendo el calibre que por accidente había caído al suelo.

Había dado nuevamente conmigo, y evidentemente manejaba una técnica desconocida de mimetización con la ciudad y sus habitantes en general, que le permitía, inclusive, reaparecer bajo otra máscara.

Esa noche, a poco más de tres horas del acontecimiento, ya me encontraba embarcado en un colectivo que apuntaría al sur por las próximas veinticuatro horas. Reconocí el Valle del Río Negro por pura intuición. Bajé en Neuquén como quien desciende en el planeta Marte. En el viaje había tomado la firme y unilateral decisión de no decir absolutamente a nadie sobre mi paradero, por lo menos hasta que los milicos se fueran del gobierno. Eso sucedió dos años más tarde. Para ese entonces, ya debería haberme reciclado de todas mis penurias o paranoias.

Sin darme cuenta, había llegado a esa conclusión, que es la mejor manera de aprender las cosas. El viento patagónico y lo seco del clima debieron lograr el prodigio.

Es muy difícil escribir un recuerdo. Siempre quedará la duda del tiempo atrapado, la fidelidad de lo contado, la consabida trampa de hacerle decir al recuerdo lo que uno no se atreve a mentirse. El problema de escribir el recuerdo es que uno trata de que no se repita en realidad. Es la única forma que tenemos de cambiar la vida. No hacia delante, donde está claro que puede cambiar una unmillonésima parte del todo, y gracias. El posible cambio de verdad es hacia atrás. Una vez vencida la resistencia de los recuerdos. Es mucho más que una mentira consciente. Más que una sencilla maniobra de falaz creatividad. Es hacer la única vida que finalmente tendremos al momento de hacer “el gran balance”. Una recuerdo virtual, pero de cemento armado.

*-Este es el momento del relato en el cual, más como amigo que como referente literario, o apoyo apócrifo de una historia que nadie sabe si lo es, decía, como un ente que se abstrae de todo y sobre todo de sí mismo, debo tomar una determinación.*

*-Hazlo Eddy.*

*-Me revienta decirlo, Blass, pero estás totalmente del tomate. Casi te podría decir que estoy enojándome contigo, Blass, de la peor forma. Me siento prácticamente humillado. Sí, tu locura me humilla. ¿Será que esto de las relaciones es puro verso? ¿Qué prueba tengo de que el otro exista?*

*-Iré a tu rescate, compañero. No debes enfadarte. O sí, es tu derecho. Pero a otro efecto. La historia, con ser factible, es del todo comprensible. Pudo ser vivida. Es más, estoy, estamos seguros, de que ha habido otras historias no sólo más terribles, sino más impracticables, menos creíbles, y por lo mismo más auténticas, más verdaderas. O para usar un término del todo aristotélico, más reales.*

*-Lo único real es que escucho de tu cabeza una estupidez. Una canallada. Perdón por la repentina franqueza. No estaba en el librito. Quizás mi ayuda sea la de mantenerme en el rol de observador crítico, una especie de frontón donde van a rebotar todas las pelotas, independientemente del destino del juego. Posiblemente fue tu relato el que esta vez me atrapó en serio.*

*-¡Vamos Eddy, me has dado pie para rematar la obra! Porque es menester recordarte que todo lo que aquí nos ha antecedido, no*

*es otra cosa que una breve introducción. Esta es una historia de fusión. Y una confesión por anticipado. Quiero decir o recordarte que la verdadera cita es mañana. Mañana termina el relato.*

*-Es como el cartelito "Hoy no se fía mañana sí".*

*-Reconozco que la idea tiene su atractivo metafísico. Pero lo mío es, para usar tus términos, persecuta del futuro. Te la hago corta: mañana, sábado, día de jolgorio, cuatro compañeros cuatro, partimos rumbo al Chocón, en tren de pesca deportiva. El facho organiza todo, vino del bueno incluido. Cuando la intentona estuvo a punto de fracasar por falta de presupuesto, extendió el crédito al ciento por ciento del gasto de nafta que consumirá su combi, cediéndola gentilmente a tal efecto.*

*Ahora bien: ¿A quién se le pudo haber ocurrido combinar la acción incluyendo en la rutina nada menos que la práctica de caza menor con armas de fuego, habida cuenta de la gran cantidad de liebres, maras y ñandúes susceptibles de ser acribillados? No contestes, la brillante idea se me ocurrió a mí solito. No te olvides de que siempre estoy pregonando las virtudes del S & W del 38 Special.*

*-Creo que siempre desconfié de la verdadera existencia de esa belleza, Blass. Pensé que pertenecía a uno de tus cuentos de los frigoríficos. De todos modos, Chandler no la concebía como un arma de caza.*

*-No de ese tipo de caza, supongo.*

*-Una última pregunta, para llenar una laguna en tu relato: habías dicho que el tipo te había reconocido, entiendo que plenamente. ¿Quién sale ganando con todo esto? ¿Quién caza a quién?*

*-Bienvenido al espíritu de la historia, Eddy. Todos estamos ahora donde debemos estar.*

El lago es una tumba. Tal vez se trate de la mejor de las tumbas. Ver todo desde abajo, como a través de cristales. Eso, aunque uno esté muerto. Uno está muerto de todos modos.

Pensé esto mismo una tarde de verano en el lago San Roque, en pleno año 79. Lago tranquilo, cordobés, me dijeron; lago provincial, pacífico, con olor a peperina y menta. Pensé que fantasear en esa dirección era un tanto perverso. Me bañé en el San Roque, inclusive, esa tarde maravillosa, y jugué en el agua, claro. Y estaba entre cadáveres. Todos estábamos entre cadáveres, y cuántos. Eso se supo años después, en una bajante inusual del lago. Aquí y allí afloraron restos de gente amarradas a piedras, con alambres y ca-

denas. Salió en el diario, en la época del destape marquetinero, y enseguida fue tapado para el gran público usuario de las sierras y esas cosas. Los huesos estarían irreconocibles, y los peces, un poco más gordos.

Creo que los lagos del sur, al ser más fríos, pueden cumplir más fielmente el papel de freezer que la sociedad humana no les confió. También creo que es del todo improbable que algún día se sequen y dejen expuestas sus desnudeces tan bien ocultas. No aquí en el Sur, paraíso terrenal de la fotogenia.

El Chocón es prístino, es claro, verde y azul, y frío. Es un lago plano que sobrelleva con orgullo el pecado original de ser inventado por el hombre. Tiene un perímetro plagado de irregularidades. Salientes, cañadones sumergidos, faldas de cerros y montañas sorprendidas por el agua, y hasta robustos pinos que resisten a pie firme, secas ya sus ramas, a metros de su verdadero hábitat, la tierra. Lo sólido. Es que el lago sugiere con fuerza lo sólido. La necesidad de la tierra, que es donde moran todos los individuos llamados hombres. Respecto de lo cual aquello, insisto, es una tumba. Y el lago es mentiroso, con ese tipo de mentira ofensiva, burlona. El lago desafía y gana a todo proyecto, humano y del otro, que intente descifrar su verdadero mundo, su profundidad. La superficie del lago es mentira, entonces. Su verdad está abajo.

El tipo tira una piedra lejos, como invitándome a superarlo. La piedra hace la famosa parábola en el aire y al chocar con el agua produce el no menos previsible fenómeno de los círculos concéntricos.

Al hacer el movimiento, su campera garibaldina marrón terroso se levanta fugazmente y deja ver la culata lustrosa de una nueve milímetros.

Me dije que el tipo era menos creativo de lo que yo había creído estas últimas décadas. Una reglamentaria rompía la poca poesía que rodeaba nuestro asunto. Lo ridículo fue que tampoco se le acomodó bajo sus ropas cuando se irguió. Las olitas nadaban disciplinadamente rumbo a su destino natural, una detrás de otra. El tipo, con el chumbo asomando impudicamente como el miembro atrofiado de un mutante, y yo contemplando todo el espectáculo, en cuclillas, junto al fuego, frente al lago y al borde de mi historia. Estábamos solos en el campamento

Los brazos en jarra, dándome la espalda, seguía esperándome. Yo tenía una piedra plana en una mano, y empuñaba en la otra mi revolver literariamente preferido, cargado hasta la coronilla, por fin desenvuelto de tantas palabras.

Me dijo:

–El lago es una tumba, compañero.

–Es la ficción de una tumba, y lo de compañero tampoco es cierto –todavía podía decidirme por usar la piedra–; el gesto es lo que vale. La puntería es un epifenómeno de la conducta humana.

–Es una cuestión de perspectiva –añadió decidiéndose por acomodarse de una vez la Browning, debajo de la provocativa campera. Seguía mirando al frente, pero con ambos brazos colgados a sus costados. Parecía Burt Lancaster en *Duelo de Titanes*, aunque no recordaba quién era el otro, ni quién el que ganaba. Porque alguien debe ganar. De una vez.

–De una vez –repetí como en un sueño, copiándome a mí mismo en voz alta, al tiempo que me incorporaba y extraía de entre mi ropa la reluciente S&W de cinco tiros.

–Han pasado unos cuantos años desde aquellos días en Rosario.

–El tiempo es una construcción, jefe. Todo depende de cuán cómodo estés instalado en los andamios.

“Esta historia nunca ocurrió. Aquella Argentina tampoco debió de haber ocurrido. Si no fuera porque estamos los dos acá, cada uno con un fierro en la mano, parecería que todo fue mentira. Sólo quedamos los fantasmas parados frente a posibles tumbas, con viejas fotografías escondidas en los bolsillos”.

Pensé, curiosamente, que esta última frase pudo pertenecer a cualquiera de los dos.



## La dama del Falcon

¿Qué fue lo primero que advertí, el Falcon o la mujer que lo manejaba? Estoy hablando de siluetas, como se comprenderá: nadie puede mirar fijamente a los ojos de quien maneja un Falcon. O su corolario: una vez advertido el fenómeno, no se puede mirar siquiera fijamente el exterior del Falcon. Todo lo que rodea a un Falcon debe ser inadvertido, para unos y otros. Y si por algún motivo la advertencia sobrevino, es imprescindible hacer de cuenta que todo sigue igual que antes de la fantasmal presencia. ¡Extraordinario! *Ellos* podrían reescribir la historia parafraseando la genial introducción: “Un fantasma recorre la Argentina, es el fantasma del Falcon”; pero son muy mojigatos como para hacerlo.

Para seguir por el lado de la identificación, ni soñar con recurrir al inocente juego del número y/o precedencia de la patente. Es simple: los Falcon de verdad no tienen patente. Ni adelante, ni atrás, ni vuelta adelante. Tampoco esos acrílicos con luces de colores que usan algunos taxis. Ni licuadoras ni nada.

¿Qué les hubiera costado ponerles una patente? Una patente cualquiera. Un número al azar, de una provincia al azar. Y cambiarlas más o menos seguido. O no, claro. Dejar esa patente para toda la vida, agresivamente. Ponerse un número en joda. ¿Qué les hubiera costado? –preguntó el joven compañero recién iniciado.

–En la falta de patente, en el hueco, está la clave. Es el verdadero infinito. Allí *Ellos* concentran todo su poder.

La pregunta con la cual empecé el relato, quizás esté errada. ¿Qué advertí primero, a él o a ella? Puede ser que a los dos. Una sola cosa conjunta. Una e indivisible.

Bajo del colectivo, camino las tres cuadras hasta mi casa. Voy por la mitad de la calle pavimentada, creo, la única en ese civil estado de todo el barrio. Camino así, en el Talar de Pacheco, Tigre, porque no hay tránsito a esa hora, las once de la noche. Da miedo hacerlo por las veredas de tierra, por los perros, verdadera raza animal que ha asumido plenamente el rol humano de su existencia. En fin. En la segunda cuadra me doy vuelta (volteo, sería para una correcta traducción televisiva) y los veo. Quedan recortados contra las luces de la ruta 197, que les da de atrás, en el momento de recorrer esa especie de joroba insólita en que algún funcionario municipal, área arquitectura urbana, ha transformado la segunda cuadra que lleva a mi casa. La silueta es nítida contra el cielo en la cumbre del talud. Y son dos siluetas en una: se recorta la chatura del techo amplio y plano, las trabajosas molduras simétricas de los flancos, las delgadas patas sobre el pavimento. Los faroles circulares apenas iluminados, como ojos de gato en esa negrura. A pesar de la oscuridad, sé desde el primer momento que el engendro mecánico es de color verde.

Pero luego está la silueta interior. En medio de esa cabezota única sin cuerpo, atravesada desde atrás por la luz cómplice que penetra por al luneta trasera, se recorta a mi derecha la silueta de una mujer. No hay otra alternativa engañosa. Los apoya-cabezas no son aún tan populares. Se trata del cabello lacio de una mujer, que enmarca su rostro en la oscuridad, esta vez suya, del interior del vehículo. Es su conductor. Y en una exagerada imagen retrospectiva, se podría decir su víctima.

¿Es esta visión instantánea? ¿Dura sólo un segundo? No. El Falcon con su chica están quietos sobre el lomo de la calle, esperando. ¿A mí? Se podría tratar de una especie de accidente urbano. Quizás simplemente de un auto abandonado, una chatarra abatida por la ciudad. Pero no, el humo del escape delata vida. Apenas brota de su vientre, pero es suficiente. Si pudiera concentrarme, percibiría sus vibraciones y latidos. Pero eso, ya dijimos, siempre fue exageradamente peligroso.

No le di importancia. ¡Qué se le va a hacer! Errores de juventud. Rápidamente podría hacer una larga lista de atenuantes, entre los que estarían mi plena confianza en la vida, el hecho de estar en mi barrio y de que, en definitiva, se trataba nada más que de una mujer. Otra mujer estaba en ese momento ocupando la presidencia de la nación, y el mundo seguía andando. Todo parecía indicarlo.

Al voltear nuevamente, doblando la esquina, ya no estaba. La calle volvió a estar quieta y vacía. Debí haber anotado mentalmente lo silencioso de la operación, pero seguramente no lo hice. La juventud es hambre y olvido.

Mi casa era una especie de gheto. O un panal. Más bien zona liberada, sin entrar a discutir de qué tipo de esclavitud. Era también un local del Partido. Equidistaba, catastralmente hablando, tanto de la civilización pequeñoburguesa como de la falta de civilización proletaria. Se anclaba allí “donde el barro se subleva”. Pudo haber significado una protección, pero no fue suficiente.

El mensaje llegó sin error a la mañana siguiente, cinco y cuarto de la madrugada, bajo una llovizna pegajosa. El Falcon y su dama aguardaban, estacionados en medio del barro, a media cuadra de distancia. El limpiaparabrisas, a prolongados intervalos, barría las gotitas que deformaban su imagen en un falso arco iris. Era un latido. Mecánico, pero latido al fin.

La silueta de ella, en mi memoria, se desdibujaba molecularmente y reaparecía de un zarpazo. Una y otra vez. El coche estaba virtualmente sumergido en las sombras de la calle de tierra, flanqueado por viejos y enormes árboles portadores aún de la noche prolongada por la llovizna.

Era fácil de imaginar el ruido acompasado que evocaba en mí al cronómetro con que una profesora de piano quiso vulnerarme. Era un cronómetro invertido, y la música, el fin del silencio.

Estuve parado como un estúpido en la esquina de mi casa-local, mirando o esperando. Me mojaba previendo una reacción del Falcon, sin entender aún que estaba frente a la verdadera reacción del Falcon.

Así que decidí que se podía tratar de otra cosa. Y como estaba a punto de perder el colectivo de las cinco y media, y con él el premio del quince por ciento de asistencia que graciosamente otorgaba la patronal metalúrgica, salí corriendo hasta la parada, en la ruta 197. Mientras lo hacía, tuve tiempo de pensar en hacerle dedo a la dama del Falcon. Me pareció jocoso.

Antes de trepar al ómnibus, que alcancé milagrosamente, pude chequear a lo largo las tres cuadras de pavimento plateado por el agua. Me hubiese quedado más tranquilo de haber visto al Falcon desplazarse lentamente. Pero allí no había nada.

Tardé unos días en comentárselo a mis compañeros. Esperaba que alguno de ellos me viniese con la novedad, en cuyo caso tenía

previsto restarle importancia. Pero el hecho no se produjo. El Falcon era una especie de visión unipersonal. Así que el sábado, mientras almorzábamos opíparamente un puchero a la española en La Fusta, nuestro restaurante multiuso, dejé caer como al azar la inoportuna información. Intenté ablandar las aristas de la cosa arrastrando una importante carga de trivialidad. Pero me fue del todo imposible evitar mencionar la raza del automóvil en cuestión. Al menos no me referí a la mujer amparado en la falta de certeza.

Armandito dejó de soplar a través del caracú para espetarme:

-¿Sos o te hacés? ¿Hace una semana que te sigue un Falcon y recién ahora lo informás?

-No dije que me siguió un Falcon por espacio de una semana. Dije que vi, o me pareció ver, un Falcon con alguien al volante, al parecer observándome, al menos en una oportunidad.

-¿Cerca del local?

-Cerca.

-¿Color?

-Verde, creo.

-¿No tenía pintado en las puertas el escudo del Ministerio del Interior, la Triple A o, que sé yo, la mazorca federal?

-Tampoco la hoz y el martillo. Tenemos enemigos por todos lados.

-La confianza mató a... no me acuerdo a quién, a un loro o a una tortuga. Pero con seguridad la confianza mata a alguien. No es que te quiera infundir temor. O sí, no sé. Además, no vivís solo. La cosa no es con vos, sino con lo que representás. Dame tiempo para armarme con más argumentos. ¿Qué te cuesta cuidarte?

-¿De un Falcon, Armandito? Si, ya sé, no me digas nada, los Chevrolet 400 son inofensivos.

La tercera aparición, en orden cronológico positivo, fue al lunes siguiente. Menciono lo del orden y su carácter porque no estoy seguro de que no hubiera habido otras apariciones no detectadas antes de aquella primera vez. En realidad, después di por sentado de que aquella no fue, no podía ser, la primera vez. Quizás más adelante descubra las anteriores. La memoria, para ser memoria, debe ser creativa.

Esta acotación podría no ser del todo inútil. Los lunes me tomaba franco. Que fuera un franco mental y no real, no le quita validez. Digo, supuestamente estaba con las defensas bajas y libre de rutinas.

Salgo distraídamente de la fábrica, recién bañado, y no me dirijo a la parada habitual del colectivo. Camino una cuadra e impensadamente cruzo las vías del ferrocarril Mitre por donde no debe cruzarse, cívicamente hablando. Es un caminito con reminiscencias de sendero de hormigas, ruidosas aventuras infantiles en bicicletas, y, ¿por qué no? paseo furtivo de enamorados. La organización urbana, o la falta de ella, se había resignado a unir los sectores de ciudad que el ferrocarril cortaba, recién a varias interminables cuadras de distancia, tanto en un sentido como en el otro. Problema para los conductores de automóviles.

Así que desemboqué en la zona este de San Fernando, contento de que recién fueran las cinco de la tarde, de haber postergado todo para el martes, del capuchino que me iba a tomar y de la quinta edición que me iba a leer. Soy un tipo de placeres sencillos.

El Falcon casi me atropella. Dobló como venía, por lo menos a ochenta, justo cuando yo terminaba de cruzar la calle. Lo súbito de la operación se mezcló con la indignación del virtual ataque. Sólo después, cuando el Falcon frenó a mitad de la calle, jadeando por el esfuerzo, y los ojos de la dama atisbaron nerviosos por los retrovisores, tomé conciencia de los equívocos inconscientes. Y un alfilerazo en mi espina dorsal me advirtió que sería peligroso tomarlo como un juego. Aunque quizás ya era un juego.

Estuve tentado de desandar el camino y volver a cruzar las vías para retornar raudamente y ver qué efecto tenía la carga. Pero no lo hice. Primero, porque desde algún sector de mi abdomen, la zona productora de premoniciones, se me advirtió que dicha maniobra, lejos de ser una charada, podía ser necesaria y vital, y por lo tanto no había que popularizarla. Segundo, porque seguía convencido de que era mi día de descanso. Seguí mi rumbo.

El Falcon debió de estacionar cerca de la plaza. Evidentemente, ahora yo estaba más en su territorio que él en el mío. En una sola cuadra del centro comercial contabilicé cinco Falcons estacionados y varios en movimiento. Bueno, esto es la Argentina, las cotas del vehículo tiene que ver con cierta grandilocuencia de una clase media en descenso. Y con mostrarse más bien sólidos. Pude haber sumado y restado colores y modelos, características salientes, tapizados, antenas, tazas y calcomanías en los vidrios. Pero se me ocurrió paranoico. Al momento de desechar tales alternativas, para conservar mi salud mental, caí en la cuenta de que era mi paranoia la que intentaba protegerse con la inmovilidad cómplice.

En el café en el cual anclé, sentado de frente a la calle, visible desde cualquier puesto de observación establecido desde Puente Saavedra hasta el Tigre, a través de ventanales inconmensurables (en realidad eran paredes de vidrio), me repetía que lo que debía hacer era confundir al enemigo. ¿Cómo? Demostrando inocencia. ¿Cómo? Reivindicando libertad de movimiento. ¿Cómo? Devolviendo golpe por golpe.

No pude concentrarme mucho en *La Razón*, aunque recuerdo haber leído y releído unas ideas interesantes respecto de los salarios de los trabajadores, propuestas por un ministro, Rodrigo. Así que me dediqué al tránsito vespertino. ¿El Falcon era realmente verde? ¿La mujer-chofer era realmente rubia? ¿En que momento había decidido hacerla rubia? No quise voltear para ver cuantas rubias había en el bar, en arreglo a mi convencimiento de ausencia de paranoia y al hecho de que bajo ningún concepto la rubia de marras abandonaría su Falcon. ¿O sí? Tendría que hacer el esfuerzo de dejar todo atornillado bajo la perspectiva peatón vs. conductor. Pero esto último tampoco me satisfacía, sonaba a reglamento. No sé por qué, cuando salí del café con el diario, ahora indescifrable, bajo mi brazo, tuve la extraña sensación de estar viviendo un empate.

Tomé el tren a Retiro con aire de triunfo anticipado. La selva urbana era demasiado para los dos.

La semana que siguió fue tan vertiginosa que me olvidé del Falcon y su conductora. De repente, uno vive en este mundo pero como atravesándolo, flotando con los pies en la tierra, permitiendo graciosamente que las cosas alrededor sigan existiendo. Es como estar enamorado de la vida, uno incluido, sobre todo uno incluido. Una suerte de estado de gracia con connotaciones físicas, a saber: puede sentirse cómo articulan una a una las vértebras lumbares con la exquisita sensación de plenitud corporal y regocijo muscular; otra, uno es un insaciable sátiro del sexo en plena competencia, que hace el amor para seguir haciéndolo.

¿La historia del Falcon quedó asfixiada en algún doblez de la vorágine? ¿Quedó tan vapuleada en las horas de vigilia, en la histeria de llegar a tiempo, en el feliz agotamiento de los huesos, que no quiso insistir para no parecer ridícula?

Ahora creo que en esos días –unos diez días más o menos– hubo bocinazos desconcertantes, alguna frenada insólita, o un parpadeo nocturno a lo lejos. Pero posiblemente fueran imágenes crea-

das expreso para mantener aquella suerte de equilibrio fascinante con lo desconocido.

En todo caso, la falta de acoso debe de haberme producido algo de resentimiento, independientemente de que fuera privativo del Falcon. Otra interpretación más objetiva puede ser que ningún adversario inteligente va a elegir atacar cuándo y dónde el enemigo está más fuerte. Probablemente, porque ese enemigo sabe que los buenos momentos duran muy poco.

Casi fue un alivio reencontrarme con el Falcon. Estaba estacionado, espléndido, a la luz de la baja tarde, a una cuadra de mi destino. No me sorprendió que fuera en plena Capital. El empedrado realzaba sus líneas. Lo vi limpio, con la escandalosa ausencia de patente y una cierta inclinación en la cabeza de la dama, como de tolerancia.

Esa casa era mi principal trinchera de retaguardia.

Allí vivía desde tiempos inmemoriales mi tía María. Ella era grande de cuerpo y alma. Nacida en Italia y llena de vida y de ideas avanzadas.

Yo entraba en la pequeña casa y ella ponía un bife en la plancha. Parecía que esperaba con el fuego encendido y una mano en la puerta de la heladera. Eso, a pesar de que las frecuencias de mis visitas podían oscilar entre dos semanales o una anual, dejando de lado la cuestión horaria, que era siempre un inconveniente. Igual, la increíble María, mientras indagaba por las profundidades de mi hambre, se aprestaba a recibir el informe de situación. Porque aunque todas las apariencias conspiraban en contra, mi tía era una aguda observadora social y pronosticadora política. Del tipo del que se compromete en ambas disciplinas.

Así que, iniciada la aludida cocción, y sin preámbulos especulativos, me derrumbé en una especie de sofá-cama, atacué el informe político, desde el contexto internacional, como corresponde. La parte personal inevitablemente quedaba para el final. Siempre reivindicué mi calidad de ortodoxo. Finalmente, llegué donde quería:

–Hay un Falcon con una mina adentro que me viene siguiendo hace más de un mes. Aparece como por encanto, siempre a una cuadra de distancia.

–Eso te pasa por meterte en los líos de la política. ¿No hiciste la denuncia?

–Si voy a la cana me dejan adentro, por loco o mejor por estúpido. Probablemente me encuentre con la rubia del otro lado del mostrador.

–Así que es rubia.  
–Debería serlo.  
–Si no fuera tu tía te diría que, entonces, sí estás en verdaderos problemas. Las rubias son fatales.

La gorda quiso asomarse, pero se lo impedí. Cuando hube terminado el ciclo vital de mi visita, me fui. La hora, esa cosa convencional, no iba conmigo, de manera que podían ser las tres de la tarde o las once de la noche. Pero era de noche, y el Falcon estaba subido a la vereda, media cuadra arriba, en mi misma dirección.

Quedé paralizado cuando capté el mensaje. Me estaba diciendo en letras de molde tipo catástrofe: “Aquí, nunca más”

Es duro reconocerlo ahora. En ese momento pensé que la dama del Falcon estaba celosa.

Una semana después de este episodio, llegó el primer atentado.

Una bomba de mediano poder voló la puerta de mi casa-local, desparramó los vidrios de las mil ventanas por todo el barrio, descolgó mis posters de Trotsky y el Loco Gatti, y convocó a la policía de Pacheco, que con su habitual y sospechosa celeridad arribó al lugar de los hechos exactamente seis horas más tarde, a pesar de estar a pocas cuadras de distancia.

En esos casos, los uniformados funcionan como un reloj: el primero y casi único sospechoso es la víctima. ¡Para qué voy a recrear las condiciones políticas que sobrealimentaban esta tradicional conducta! No fuimos en cana por casualidad.

Recién la cosa tendió a emparejarse con las autoridades cuando, entre las muchas personas que se acercaron espontáneamente, la mayoría vecinos nerviosos y compañeros preocupados, aparecieron algunos personajes de la Unión Obrera Metalúrgica. Habida cuenta de que en esos momentos el gobernador de la provincia de Buenos Aires era, a su vez, secretario general de la seccional del gremio, y que mal o bien en la casa habían sido atacados tres delegados metalúrgicos, la visita oficial era casi obligada.

No se gastaron mucho. Miraron aquí y allá. Un par de apretones de manos a modo de condolencias o disculpas, según se lo mire. Un montón de frases comunes, entre las que pretendía destacarse la de “menos mal que no hay que lamentar víctimas” y la de “qué hijos de puta”, esta última de oblicuo destino.

Armandito me deslizó al oído que, en su opinión, estaban haciendo un relevamiento para que la próxima bomba fuera más efectiva.



En medio de las nubes de humo y el polvo que no terminaba nunca de sedimentar, pude ver a media cuadra de distancia, en medio de la calle de tierra, al Falcon, estacionado mirando hacia nosotros. Algún alambre dentro de mí no soportó la tensión. Sin interesarme la opinión de la pequeña multitud, tanto de amigos como de extraños, salí disparado como un bólido.

A pesar de mi juventud, mi mejor perfil no era el atletismo. Así que caí un par de veces en medio del barro, mis músculos se agrotaron y el aire se fue definitivamente de mis pulmones. Todo en treinta metros de carrera.

Aproveché tácticamente las revolcadas para tomar algunos cascotes de barro endurecido. Pero mis lanzamientos eran patéticos. Se perdían a los costados o simplemente se volatilizaban en el aire. Mientras tanto el Falcon retrocedía con la misma prontitud con que yo me quería aproximar. No huía pero tampoco aceptaba el contacto, y se despreocupaba de mi ataque frontal. La dama se bamboleaba a medida que el vehículo erraba las huellas del camino. La situación no dejaba de tener un ligero tinte ridículo.

A las dos cuadras, mi indignación y desesperación unidas dejaron el lugar correspondiente a los aspectos más mortales de mi voluntad. Las órdenes emanadas del cerebro no llegaban a los centros motores establecidos naturalmente. El hígado y algún otro sector interno debieron de insubordinarse. Quedé estático, ambas manos apoyadas en las rodillas. Agachado y llorando. El Falcon, a media cuadra, dueño de la calle, lamentaba la escena. Sólo se retiró cuando la turba, presumiblemente con mejor puntería, se acercó a distancia de peligro.

Sospeché que el verdadero motivo de su alejamiento era la presencia de gente ajena. Algo así como respetar un espacio de privacidad. Nuestra privacidad.

Como se dice comúnmente, después nada fue igual.

La marea descendía, y dejaba al descubierto deformaciones y ridiculeces antes disimuladas. Y algunas ruedas viejas y fierros oxidados que nada tenía que hacer allí. Algo ecológicamente inaceptable.

La discusión se encarriló, naturalmente, en la búsqueda de responsabilidades. Me corrijo, en la búsqueda de responsables. Sale más barato. No hay que andar buscando nada que no esté dado, y sobre todo nada que no esté escrito y que no se pueda citar, si es posible apelando a la seriedad del encomillado.

Además, si hay que aplicar una cachetada o patada, o empujón, cuando no una zancadilla –la política es prolongación orgánica–,

un *upercut* o golpe conejo, o alguna otra proyección sobre el responsable, esto es técnicamente factible. Para hacerlo alcanza con estirar la mano. El responsable puede fintear un rato, pero al fin colabora de buena fe. Ya llegará su turno en el otro extremo de la ecuación.

Así que una vez que se aplacaron los ecos del bombazo y las corridas y piedrazos histéricos, barridos los vidrios y vueltos a acomodar en su sitio periódicos y folletos, comenzó la discusión interna.

En síntesis, y siempre por la vía de analogías y aproximaciones –que algún lugar ocupó en la historia del pensamiento científico allá por la baja Edad Media–, vine a quedar como una especie de cómplice dentro de un complot liderado por una mujer que conducía nada menos que un Falcon. Ella rubia, verde él.

–Yo te avisé, boludo –me dijo Armandito, con tono solidario en un interregno de la reunión– ¿Cómo vas a ocultar semejante hecho al Partido, en un momento en que las bombas y otros artefactos empiezan a estar de moda? –Armandito, cuándo no, se hacía el desentendido con los datos que él manejaba.

Le iba a decir que en el fondo pensaba que el Falcon no tenía nada que ver con el atentado, pero entendí que la idea era insostenible. Igual el ejercicio me sirvió para descubrir la verdadera raíz de mi convencimiento. Era casi un instinto. Estaba seguro de que la dama del Falcon era inocente. Es decir, inocente respecto de ese hecho. Esta idea no podía dejar de conducirme a otra: su presencia obedecía a otros objetivos, como mínimo distintos a aquellos. ¿Cuáles? Tendría que inventar un nuevo lenguaje para esa nueva realidad.

Inocente, por ejemplo, era muy categórico. Exactamente en las antípodas de asesino, algo demasiado fuerte. Quizás no fuera sentimental sino solamente racional. Me sublevaba, racionalmente hablando, que la mujer del Falcon anunciara tan estúpidamente la acción punitiva. Le faltaba tocar la bocina. Tampoco podía estar haciendo Inteligencia, pues se mostraba abiertamente a todos. ¿A todos? Pregunta: ¿por qué no fue advertida su presencia por otros compañeros? Al menos seríamos varios en la picota.

El pensamiento se volatilizaba. No alcanzaba a amarrar ninguna idea. Y, definitivamente, la falta de heridos y/o víctimas de otra especie, en cierta forma nos enorgullecía. Quiero decir que, dialécticamente hablando, el bombazo operaba como un aliciente. Algo así como “los perros ladran, Sancho”. Siempre lo positivo empujando para afuera a los pusilánimes y otros detritus. Bien.

–Blass, al próximo Falcon verde que veas, interesalo en la discusión. Aunque no parezca, todavía vivimos en un Estado de Derecho –Armandito, en tren de ser irónico, siempre jugaba de visitante.

De todos modos, la referencia al presente político no dejaba de ser atinente. En realidad, constituía la verdadera clave para entender todo. La fecha. Vivíamos en febrero-marzo del año 74. Nada de esto parecería real apenas un par de meses después, por lo que tenía de inocente; y era sencillamente impensable, por lo terrorífico, en la mente de un ciudadano común uno o dos años antes.

Escondernos, no queríamos. Sacudirles, podría ser, pero más adelante. La defensa, calibre 22, iba del panfleto a la arcaica molotov preparada en la terraza. Cosas de las breves etapas en los grandes cambios.

Como prueba viviente de tamañas contradicciones que no llegaban a cosificarse, lo teníamos a Aquiles, una especie de nuevo inquilino. Era un aburrido policía, con gorra, barriga de cerveza y todo el resto del equipo, que hacía las veces de custodia. Fue una maniobra del Ministerio del Interior, medio para cubrir apariencias, medio para introducir su pezuña. Sin embargo –cosas veredes Sancho–, a los pocos días, y a fuerza de mates y de buscar la sombra en nuestra vereda, se hizo como de la familia. De todos modos, su interés por Hegel era prácticamente nulo.

Ajeno a tamañas y trascendentales discusiones, el Falcon –ahora institucionalizado– mantuvo su conducta anterior. El único signo de haber percibido algún cambio en nosotros, se tradujo en una cuestión meramente espacial: la distancia media tendía a superar la cuadra. Y de noche parecía ser que la mujer fumara despaciosamente. Creí adivinar el arco de la brasa, pensativa, rumiante, detrás del vidrio cóncavo, semitapado por las ramas bajas de los ceibos en flor. Pude imaginarme la combinación del olor a combustible y tapizado de cuero, ahora sesgado por el del tabaco. Y algún perfume de mujer, claro.

Pero esto no se lo dije a nadie. Ni antes ni después del desenlace. Que fue así.

Con cierta clásica tardanza imprimimos el volante donde denunciábamos la persecución política y de la otra, la bomba, apretábamos a las autoridades, buscábamos comprometer a los sindicatos oficiales y apelábamos a la solidaridad del resto. El Falcon, naturalmente, caía en la volteada. Era casi la bisagra. Fuera de toda discusión: ¡pasen y vean con sus propios ojos, estará parado y al acecho! ¡Vecino, pregúntele qué hace en el barrio!

Se me ocurrió la genial idea de dárselo en persona a la rubia.

Fue un momento de lucidez repentina. Después de comer. Salí a la vereda para terminar de hacer la digestión, y el Falcon, dibujado y adaptado definitivamente al barrio popular, pareció que esperaba ese lapsus de temeraria estupidez. El cana, Aquiles, atacaba la siesta recostado en su sillita prestada.

Desenvolví un volante con mucho despliegue. Lo planché aparatosamente contra mi muslo derecho, lo empuñé como una bandera, con franjas de tregua y franjas de batalla, y sin decir nada a nadie, encaré hacia el móvil por el medio de la calle de barro.

Sabía que esta vez no se retiraría. Lo sabía en la sangre. El sol caía perpendicularmente a la escena.

Cubrí con tranquilidad la cuadra de distancia. Saludé a algunos vecinos sumergidos en sus propios problemas, como exigía la lógica de la crisis del sistema.

También supe que el Falcon no arrancaría siquiera. Era domingo, debía de estar comenzando la transmisión de los partidos. Pero difícilmente la rubia tuviese la radio sintonizada en el fútbol. Quizás sí en un tango inoportuno.

Cuando llegué al Falcon comprobé que se trataba de un auto más de la conocida marca. Una cosa básicamente de fierro y chapa en bastante buen estado.

Estiré la mano con el papel, en el universal gesto de intento de comunicación. Pienso que a la vez estaba denunciando mi calidad de hombre-desarmado.

El Falcon, o ella, bajó la ventanilla del conductor hasta la mitad. Me incliné amablemente. Recuerdo que en ese momento pensé que la meta de borrar las fronteras de la tierra y hacer una sola, igualitaria y extraordinaria nación, era factible. Posiblemente, una sonrisa se dibujaría en mi cara. Era algo así como un triunfo.

Es todo lo que recuerdo. El escopetazo me dejó automáticamente sordo e inconsciente. No muerto, porque deliberadamente el disparo se efectuó apuntando a un blanco imaginario a cinco centímetros de mi cabeza. Bueno, lo que yo llamo deliberadamente aún hoy sigue siendo motivo de grandes discusiones. Pudo haber sido una desmesurada advertencia. O una absoluta y femenina falta de puntería.

Lo que es seguro es que el cañonazo despertó a todo el barrio, incluyendo al cana Aquiles, que –justo es señalarlo– haciendo gala de un oficio irreconocible en él, empuñó su 9 reglamentaria, corrió profesionalmente a resguardo de los árboles de la vereda, y justo cuando el Falcon aceleraba para irse en retro, le descerra-

jó el cargador en unos pocos segundos. La mayoría de los impactos dieron en el parabrisas y en la puerta del lado del acompañante. El Falcon se desvió de la huella, desaceleró instintivamente, metió las dos ruedas del lado derecho en la zanja y se detuvo cansado, aún con el motor en marcha pero sin presionar el claxon. Quedó escorado como un viejo remolcador en la playa. Muerto.



## Spasky en el tablero

El pueblo podría estar ubicado en cualquier provincia periférica. Me corrijo, en cualquier provincia, a secas. Menos en la Capital. ¿Capital de quién? Y algo lejos.

Se llegaría por una ruta poblada de camiones cargados con productos de la tierra. Camiones lentos y sudorosos rumbo a un puerto de ficción en un país de ficción, con camioneros de gorra, la barba crecida, puntiaguda, y puchos que se apagan entre los dedos.

Los costados de la ruta estarían salpicados, aquí y allá, por manchones plateados de zing que bien podrían ser silos, tanques australianos o simples techos de ranchos posmodernos. Vacas. Habría algunas vacas, pastando si hubiese pasto. Mirando directo a los ojos a través de las ventanillas de esas cosas plateadas que surcan su vida, sin encontrarle demasiada explicación. Las vacas suplantán este tipo de problemas por otros. Igual que nosotros. O caballos, más a mi medida, por lo de las leyendas de guerreros de los últimos veinte siglos. Nunca honraremos suficientemente a los caballos.

El largo camino se apagaba por el sueño cómplice. Sólo por momentos. Aquellos que no eran alterados por llantos chillones, señoras no lo suficientemente delgadas, viajantes perversos, todos sentándose copiosamente a mi lado, arrugándose el diario viejo de la mañana, sin poder molestarme con su probable charla convencional, seguramente sobrecargada de problemas como la falta de plata, de cultura en general y ¿dónde van a parar estos chicos? Sí, dónde van a parar.

—¿Dónde va a parar, señor?

—Y... no sé, yo siempre creí en la revolución permanente, en el cambio de estructuras. Además, sinceramente no creo que esto vaya a parar en lado alguno. No sé si me explico.

El chofer me devolvía una mirada atónita, la viejita del asiento vecino se interesaba, y el joven de la radio-oreja seguía ignorándome. El asalariado del volante me mostró los dedos juntos de su mano derecha, apuntando para arriba intermitentes, en el típico gesto itálico que tan cómodamente se instaló entre nosotros, los criollos de esta tierra.

–¡Ma qué revolución, viejo! Te pregunto dónde te bajás. Estamos en la terminal de General General, aunque no lo parezca.

–Todos deberíamos desconfiar de las apariencias –devolví, a modo de respuesta final, mientras iniciaba la operación rescate de mi columna vertebral del asiento símil silla eléctrica.

Fui el único pasajero en descender (probablemente en la última década), el único en permanecer en la vereda de tierra, mientras el colectivo se alejaba maldiciendo, el único en poblar la terminal de ómnibus estancada en un silencio opaco como de tapera. Lo único auspicioso era la hora temprana. Pero esa debilidad cedería, naturalmente, con el tiempo.

Sabía que Spasky –dicho sea de paso, fui yo quién le colgó ese nombre– era nativo de un pueblo de esta parte del mundo. Podía pifiarle por unos cientos de kilómetros, pero en las pampas esa diferencia es como si se disolviera. Las distancias son tan grandes que simplemente desaparecen.

Su ascendencia debía de ser polaca, y en este caso su aspecto coincidía con lo que el imaginario popular cree que es el polaco: rubio, grandote, coloradote, y en esa medida bastante torpe e inocente.

Me hubiese sido del todo útil conocer sus así llamados datos de filiación, como se acostumbra dentro de las normas tradicionales de la convivencia humana. Pero por los finales de los 70 la identidad no nos interesaba. Nos referimos a la identidad que está en los papelitos. Y es fácil darse cuenta porqué: no éramos una maldita oficina de registro civil.

Desconocer la verdadera identidad, además, agregaba otros beneficios tanto para el usuario directo como para la colectividad. El primero, el más formal, era un tanto ridículo pero gratificante: uno tenía la posibilidad –muy rara en la vida común de las gentes– de ponerse un nombre nuevo y no del tipo de apodo, precisamente. Podían ser nombres y apellidos en serio: John Smith, por ejemplo. O Segundo Sombra.

El otro, que tenía que ver con la ecología demográfica del sistema de aquellos años, era que vos no podías mandar a nadie en cana apelando a su verdadero nombre, dato interesante si los ha-



bía para Ellos. Aunque te lo propusieran. O cedieras al cachetazo. Es un inocente decir, para no caer en truculencias.

Todas estas absurdas ideas me atacaban mientras seguía parado en medio de una supuesta parada de colectivos, el polvo ya sedimentado, el eco de los ruidos absorbido por el éter. Ni siquiera me podía sentar sobre la valija porque no tenía valija. Nada más que un miserable bolso de ex metalúrgico con una muda de ropa interior y unos libros descuajeringados que mezclan London con Platón, o con Arlt. No se si leo para conocerlos o es que quiero fabricar un nuevo autor con ellos. En cuyo caso el autor, dejando de lado las vergüenzas, sería yo.

Por un momento pensé en dejar todo como estaba, o como no estaba, y ponerme a leer un poco. Quizás Spasky pasara a caballo por ahí, y me viese parado y leyendo un libro, como quién predica en el desierto. Y me hubiera reconocido por esto último. Pero la misión era encontrarlo y no que él me encontrase a mí.

Independientemente de mi voluntad, mis pasos se dirigieron a la única construcción razonable en los alrededores. Somos esclavos de la cultura. Era un almacén de ramos generales. Me corrijo: lo que antes tenía ese jugoso nombre. Ahora era un multirrubros en ruinas. Antes, las ruinas necesitaban de centurias para constituirse como tales, ahora apenas unos años. Perdían en nobleza y no dejaban de ser un fraude.

El almacén también estaba desierto. Tal vez nos habían invadido los marcianos y, por algún motivo a investigar, habían comenzado por General General. Un mostrador como la gente atravesaba de pared a pared toda la estancia. Algunas botellas y vasos a medio consumir confirmaban la especie de la invasión. Aunque no necesariamente de extraterrestres.

Era agradable estar allí solo, respirando esas sombras cargadas de sabor a alfalfa y caña quemada. Todos tenemos un gen agroganadero. Está en la sangre y en algún recuerdo muy lejano.

En una esquina del salón, no disimulado en sus colores primitivos, sobrevivía un teléfono público que había ignorado el ruinoso salto de lo público a lo privado. A su lado, y sobre una pila de bolsas, presumiblemente de maíz, yacía despatarrada una guía de teléfonos de hojas cuarteadas por las inclemencias del tiempo. Además de los pocos teléfonos de General General, para compensar estaban también los de un par de localidades vecinas con nombres indígenas. Sólo por cábala o por ese aburrimiento que siempre nos acompaña busqué "Spasky" en la letra correspondiente. Volví y revolví mis pasos abecedarios hasta caer en la cuenta de que la hoja en cuestión estaba

prolijamente arrancada de sus cimientos gráficos. Si alguien necesita papel, vaya a saber para qué urgencias, va a arrancar las primeras o las últimas páginas. Raramente las del interior. Raramente.

El ¡hurra! sonó fuera de todo contexto deportivo y venía de algún sitio detrás del establecimiento. Sólo tuve que seguir la onda sonora. Llegué a un patio limitado al fondo por la pampa, lo que al revés de lo que podría suponerse, no le quitaba entidad humana. Me encontré con un grupo de personas que rodeaban algo o a alguien, sentados frente a frente y separados presumiblemente por una pequeña mesa. Después de todo, los marcianos no habían acabado aún su tarea.

El grupo gozaba la sombra de un noble sauce en las postrimerías de su prédica vegetal. Otro ¡hurra! más acotado me confirmó que en el interior de la reunión había una competencia. Pulseadas, pensé. Pulseadas al mediodía en General General. Esto no va por cable a ninguna otra localidad del orbe.

Recién supe de qué se trataba cuando logré asomarme por encima de un buen par de hombros forjados con bolsas de trigo de setenta kilos. Había dos tipos jugando al ajedrez. Los hurras provenían de los momentos en que se habían comido recíprocamente un peón cada uno, los que yacían ya fuera de juego a pesar de ellos. Los dos miraban con resentimiento al resto de las piezas, como esperando que ellas dispusieran una estrategia como la gente.

El resto de los hombres del corrillo amenazaban y alentaban simultáneamente a ambos contendientes, encerrados en un espeso mutismo, sin esperar absolutamente nada, ni de los jugadores, ni del juego en particular, ni de la filosofía del enfrentamiento en general. Sólo trataban de detener el tiempo en cuestión. Usarlo para algo.

El de los hombros hercúleos no tuvo más remedio que dedicarme una mirada, ya que no se terminaba de acostumbrar a mi aliento de viajero en su nuca. No necesitó hablar para preguntarme qué diablos estaba haciendo allí, por cuánto tiempo seguiría molestándolo, y que recién mañana a la noche pasaba el colectivo de vuelta al exterior de General General.

Le iba a contestar puntualmente al gesto inhospitalario, pero en honor a mis años de paciente entrenamiento atacué con un: "Lo aconsejable es un peón cuatro alfil reina, para después sacar el caballo, me refiero a las blancas, claro". Creo que la palabra "caballo" fue la que produjo el milagro. En pocos segundos, me encontré empeñado en una conferencia acerca del rol de la apertura en el aje-

drez, tratando de recordar algunos gambitos y el siempre enigmático y sorprendente jaque Pastor.

La gente no participaba mucho pero ponía atención, más que en mis palabras, en mis gestos citadinos. El problema era que, independientemente de mi sanata pretendidamente científica –tachonada de lugares comunes como “lo importante es pensar bien antes de mover”, “hay que jugar para el golpe” (concepto del todo filosófico pirateado de la práctica del billar), “el ajedrez es un reflejo de las relaciones sociales”, etcétera–, al parecer nadie sabía jugarlo. Menos mal.

Sea como sea mi presencia fue un catalizador. Logré el desparrramo relativamente ordenado.

Alcancé al grandote justo cuando arrancaba un Fiat introducido en las pampas por Juan de Garay. Sin que le llegara a formular la pregunta y por sobre el estruendo del motor, me dijo:

–Alcanzó a enseñarnos cómo se colocan las piezas. Después se fue.

–¿De quién hablamos? –dije rápidamente, metiéndome nuevamente en la misión.

–¿Cómo de quién? De Spasky. Todos sabíamos que algún día alguien de allá lo iba a venir a buscar.

Fue inútil insistirle al buen hombre para obtener información sobre del actual paradero (de Spasky) y/o en su defecto acerca de cualquier indicio que condujera a tal efecto.

Además tenía la tarea de encubrir mi misión. Sería interesante preguntarse por la verdadera razón de que esto fuera así. ¿Se notaba la impostura al punto de que, por ejemplo, el del tractor me dominaba ampliamente, y no sólo por estar subido allá arriba? ¿Por qué no podía presentarme directamente como un pariente a punto de comunicarle una buena nueva a nuestro inapreciable Spasky, del tipo de “ha heredado usted un millón de dólares?” (¿y por qué un millón, y de dólares?)

Y si realmente hubiera heredado, ¿acaso no se trataría de evitar la polvareda? ¿Por qué era tan evidente que la naturaleza del misterio no se asociaba con buenas ni con nuevas?

El otro parecía querer asfixiarme con las negras bocanadas de su mítico tractor. Cada acelerada era una maldición mecánica y de la otra. Iba a proponerle un chantaje interesante. Un dato cierto a cambio de un curso acelerado de ajedrez primitivo. Pero el tipo jugaba de local y adivinaba todas mis movidas.

Un poco para ganar tiempo le disparé:

–No entiendo por qué estaban jugando afuera. El boliche que

tienen es un entorno interesante para desarrollar la necesaria bohemia ajedrecística.

–Spasky nos recomendó que no perdiéramos contacto con la naturaleza. Algo del adentro y el afuera. No sé.

Al momento de arrancar me gritó:

–¡Pregunte... comisaría!

¿Por qué no? Repuse para mis adentros; después de todo vivimos en una democracia que supimos conseguir, pensé.

Nunca como en ese momento ese absurdo me produjo tanta vergüenza.

No fui a la comisaría. La comisaría vino a mí. El milico me estaba esperando en la esquina. Supe que era milico por las medias blancas reglamentarias y por el bigote dibujado. El resto de la indumentaria, desprolija y carente de mensaje alguno, no alcanzaba a contrarrestar aquellas señales inequívocas, universales y casi provocativas.

El policía estaba apoyado sobre el centro de las plantas de sus pies, abiertos a veinte grados. No sobre los talones ni sobre sus dedos, no. Nadie que no sea militar se va a parar así sobre este mundo. A propósito, mi viejo, que fue boxeador, me decía que en el viril deporte uno debía saber con qué mano te iba a pegar el otro, y cómo, con sólo mirarle los pies. Lástima no haber aprendido la técnica.

Si la acción se hubiese desarrollado en una calle céntrica de Rosario o Mar del Plata, por ejemplo, la cosa hubiera sido fácil de manejar. Sólo se trataba de seguir de largo. O de jugar a los espejos retrovisores. Pero en General General todo era distinto. Haber aprendido tanto para nada.

Mi selector de opciones me indicó que lo menos comprometedor era encararme con el agente público. ¿Por qué la situación me parecía una mala copia de otra escena igual pero realmente dramática? ¿Cuál más dramática? Me faltaron metros para resolver el enigma. Tuve que iniciar el diálogo sin convicción.

–¡Lindo pueblo! ¡Acá sí que da gusto vivir! ¡Qué aire tienen ustedes! –podía seguir diciendo sandeces de ese tono toda la mañana. El policía pasó la ramita que estaba chupando del lado izquierdo de su boca a la comisura derecha. Lo que indicaba que estaba vivo. Me miraba directo a los ojos. Preocupante.

–Ando de paso por aquí, cosas de negocios. Recién bajé del cole. Y el ajedrez.... – buscaba algo en los bolsillos que realmente desconocía. Ya no fumaba, por desgracia. No es bueno cuando las manos buscan una salida por su cuenta. El milico devolvió la ramita

a la posición A y seguía mirando, a esa altura, mi cerebelo. Pensé que tal vez no tuviera poderes especiales como Superman o el Hombre Araña. Razonamiento que me llevó indirectamente a cambiar el trato tan tradicionalmente genuflexo.

–¡Y usted me a dar la manito que necesito! –dije con fuerza y ceño fruncido– Para eso está la cana ¿no?

El policía sintió el impacto como si le hubiera pegado una patada entre las piernas. Casi hace la venia. Recordé cuántas veces nuestra vida dependió de un milagro sociológico parecido.

–¡Pa' servirle, jefe! Acá estamos pa' servirle –y desapareció el balanceo cuartelero desde sus alpargatas para arriba–. Cabo Primero Molina, a cargo de la unidad policial de General. Justamente lo estaba esperando, por las dudas.

–Sí, claro. Voy a necesitar un alojamiento por hoy y mañana. Que no sea caro ni lejos del centro.

El milico achicó aún más los ojitos. Y era difícil decidir si era por lo del precio o por lo de la distancia.

–No va a tener suerte, aparcerero. Acá no hay alojamiento de ningún tipo ni forma.

Me sorprendió el giro lingüístico, pero insistí argumentando que la gente en algún lugar debe vivir. Comer, dormir, asearse. En fin. Mi tono ya no era jactancioso.

–Es que acá en General –el policía insistía en demostrarme cómo la gente llamaba a su propio pueblo– cada persona tiene dónde vivir. No hay hoteles porque se fundirían.

Iba a observar la peculiar mecánica del pensamiento oficial, pero al punto rechacé la idea. De lo que se trataba era de zafar de ese allí y de ese ahora. Empecé a alejarme con un “qué se le va a hacer” “ya se me ocurrirá algo”, cuando el policía me abarajó.

–De ninguna manera, aparcerero. Usted se me viene a la comisaría. Hay lugar de sobra, frazadas, agua y fuego para tomar mate. Acá no dejamos en banda a la gente. Claro que nunca viene nadie ¿vivo?

Mi mirada atropelló la pregunta ¿en qué momento perdí el hábito de fintear con la policía? Bajé la guardia y el milico me adivinó de acá a la China.

–El único debe haber sido Spasky. Sí señor, por lo menos en los últimos diez años. Ahora usted, claro. Y él también se alojó en la comisaría.

No sabía si me estaba invitando o metiéndome preso.

Cuando me dijo “llegamos” no pude menos que sonreír. La comisaría en cuestión era todo un rancho. O simplemente un rancho. Da

lo mismo. Al menos, como uno se imagina los ranchos. Esos que se solían entrever desde los trenes, cuando había trenes. O los que adornaban los almanaques o algunas ilustraciones del Martín Fierro.

Techo a dos aguas de paja firme y misteriosamente amarrada. Paredes macizas de adobe de barro, dispuestas sólidamente en un cuadrado perfecto de ocho por ocho, más o menos. Pensé que sería fácil huir por el techo. Debo reconocer que ando pobre de asociaciones. Y puedo atribuir a lo lentamente vertiginoso de la acción la sorpresa inicial cuando finalmente entramos al edificio: no había elementos a la vista que demostraran que estábamos dentro de una comisaría. No había rejas de hierro en las ventanas, ni escritorios grises e impersonales. No había escudos ovales ni biblioratos con agujeros para los índices derechos. Tampoco se sospechaba un calabozo. Cero máquina de escribir negra y cantarina. Quizás el cepo estaría debajo de la cama. Porque cama, mejor dicho, catre, sí había. Es más, parecía que el resto del mobiliario vivía en función del catre. Tal vez fuera así. Dos palos en cruz sostenían la lona endurecida por el uso. Un fino poncho a modo de sábana occidental, y un recado como almohada. El cepo, abajo, no asomaba por ningún lado. El catre ocupaba el lado más oscuro de la estancia. En el centro estaba ubicada la mesa con dos sillas de paja enfrentadas. Una cocina a leña devenida en gas a garrafa equilibraba el mobiliario definitivamente hacia lo privado y no a lo oficial.

No me hubiera sorprendido si se hubiera materializado una china con trenzas, con un mate recién cebado en la mano. Estaba dentro de un cuadro de Molina Campos.

Pero el del mate era el comisario-cabo. Y sí, estaba recién cebado.

–No será un hotel pero hay comodidades. Tenemos otro catre guardado debajo del catre oficial –la locuacidad del policía tenía que ver con que ahora jugaba de local–; claro que antes la comisaría era distinta.

Con la punta de la alpargata señaló una marca poco disimulada en el suelo de cemento que cortaba la pieza en dos partes iguales.

–Antes acá estaban los calabozos. Teníamos dos con puerta de fierro y todo.

–¿Todo?

–Claro, sin ventanas, catre de porlan y vinchucas como para hacer dulce. Pero eso fue antes.

Me quedé con el mate en la mano pensando en cuál sería la frontera histórica de que se trataba. Podía ser el “antes” de la campaña al desierto y después; el “antes” del voto calificado y después;

o el del Proceso y después, o sea ahora. Porque ahora es ahora, es decir después de, pero no tanto. Todos nos entendemos.

–Nos entendemos, repetí en voz alta como para confundir en serio la situación.

–Claro, antes de Spasky –en el agua de la zona debería haber algo que hacía que sus gentes adivinaran el pensamiento, o yo estaba con mis defensas totalmente bajas.

El funcionario policial interpretó a la perfección mi gesto de sentarme a la mesa, ligeramente despatarrado, la oreja derecha disimuladamente adelantada y el rictus contenido de mascar limón.

Lo entendió porque no necesitó mi venia para despacharse:

–Sí, Spasky cayó un buen día a la comisaría de General General. O sea acá mismo, más o menos como usted, medio perdido. Pero, ¿cómo le puedo decir? No perdido del todo. Porque había sido que el buen hombre era nativo de por estos pagos. Eso decía. Y que –claro– ya no conocía nada porque él se había ido hacía por lo menos veinte años. ¡Bah! ¡Se había ido! ¡Se lo habían llevado! Alguien se lo había llevado cuando apenas tenía tres años. Y el pobre había averiguado, vaya a saber cómo, la verdad de las cosas, y después de mucho pensar se había largado para hurgar un poco. Buscar la familia y todo eso. No por la plata y esas cosas, que él estaba seguro de venir de familia pobre. El quería rastrear a los viejos. Por ahí, algún hermano. El decía que todo lo que recordaba era un caballo viejo, ruano, flaco y sin tuser, y detrás un australiano grande como una cancha de fútbol y un molino roto más atrás, en medio de los eucaliptos Como una postal ¿vio? Todo esto no me lo contó a mí, claro. Yo para esa época recién entraba al servicio. Estaba más cerca de ser un preso que un agente. No, esto se lo contó al verdadero comisario, al comisario-comisario.

Spasky le cayó bien al comisario. Spasky le caía bien a todo el mundo. Fijese que el comisario se llegó a emocionar hasta las lágrimas con lo de este cristiano. Porque además traía un zapatito de bebé en el bolsillo y decía que el otro se lo había quedado la mamá, como una especie de profecía. Como que la Vieja le había dejado una pista. Y decía que un día, leyendo a un tal Hugo Víctor, se le había prendido la lamparita y revolvió cielo y tierra hasta dar con General General. Ahora venía lo más fulero.

–Y bueno, para que está la policía, ¿amigo? –le había dicho el comisario estirando lo de amigo, bajo el signo de interrogación, porque no se animaba a preguntarle de frente cómo se llamaba.

–Fernández. Macedonio Fernández. Igual, todos me dicen Spasky. Pero a esta altura del partido andá a saber cómo me llamo.

–No diga eso m’hijo, el nombre es lo más sagrado que hay. Casi es lo único sagrado.

–Si usted lo dice, mi comisario.

La tarde o la noche daban la pelea por quedarse con el escenario, infructuosamente. Es cuando las tinieblas de adentro superan a las de afuera. Las verdaderas tinieblas. Un perro le ladraba a otro por temor o por rutina, a lo lejos. El sonido horizontal de un motor lanzado hasta el final cortaba las cosas por la mitad, como sandías. Luego se fue afinando sobre sí mismo, sobrevivió aún un eterno instante y se fue, dejándonos a los dos incómodos en las rígidas interpretaciones de nuestros papeles.

Pensé que Spasky era un tipo interesante. Y un fanático de la improvisación.

El milico entendió que mi silencio era de espera. Despaciosamente, como haciéndose rogar por una tercera persona inexistente, desembarcó sobre el pobre escritorio los infaltables adminículos para armar cigarrillos. Seguía representando su rol con la firme y serena convicción de aquel que sabe que, finalmente, en algún momento va a llover. También podía ser una pose estudiada con algo de esmero. Pose o no, el cigarrillo lo armó como Dios manda. Sus finos dedos parecían incorporados al conjunto mediante algún tipo de pacto no del todo legal. Se rechazaban con el resto de su humanidad. Estaban pensados para exóticas tareas, descartando las típicamente policíacas. No amagó con convidarme, pero no me lo negó cuando se lo pedí, más que nada para preservar el clima, quebrando por única vez mi cruzada antipucho.

Recién retomó la historia cuando exhaló medio cigarrillo. Creo que el tabaco suavizó la segunda parte, como hermanados por la familiaridad que impone el humo al compartir un vicio menor, pero vicio al fin.

–Si usted me pregunta –es un decir– si el Comisario se creyó de entrada el cuento de Spasky, yo le diría que no. O sea que la parte superficial de la historia, no. Pero la médula espinal de la historia –y estoy diciendo palabra por palabra lo que el Comisario me repitió hasta pudrirme– sí. Y es que la verdad siempre tiene que venir en algún envase. Es como el vino. “El vidrio –cabo– no sólo limita el vino, lo ayuda, lo permite, lo contiene. El vidrio, mi amigo, es la negación del vino. Es su otra esencia.”

“¡Bueh! así las cosas, el Comisario lo aloja por unos días en el calabozo, con el compromiso de darle una mano a Spasky para que encuentre su pasado familiar. ¿Qué pidió a cambio? Y sí, que



Spasky le enseñara a jugar al ajedrez, con el siguiente doblez convenido: a él le enseñaría al cien por cien, pero también debía enseñarle a unos cuantos paisanos más. En este último caso sólo al cincuenta por ciento.

”Recuerdo entonces que Spasky le dijo: ‘lo que me pide es absolutamente impracticable. Lo que mueve el juego es el talento natural. Por más que le enseñe todo lo que sé, por ahí viene un boyerito genial que apenas sabe sentarse al tablero y lo pasa por encima’.

”-Entonces me va a enseñar a mí solo. A la peonada me le enseña a puro poner las piezas en el tablero. A lo sumo que muevan un par de piezas.

”-Algún peón.

”-Sí, acá todo el problema son los peones. Por lo menos es lo que decían los estancieros de por estos pagos.

”-No me refería a los peones ‘lucha de clases’.

”Y acá tengo que recordar (porque lo escuché por días enteros y a toda hora) que el Comisario quedó como hechizado con la frase ‘lucha de clases’. Se paraba con los pulgares haciendo fuerza para abajo en el cinto, el pecho salido, mirando al horizonte que partía el mundo en dos: “lucha de clases”. Repetía las palabras como invocando alguna cábala.

”Así que es de suponer que el comisario-comisario y el forastero llegaron a un acuerdo. Digo esto porque a mí, lo que es desde ese día, no me tiraron ni un mendrugo. Me refiero a la historia. Quedé totalmente afuera.

”Spasky se encerraba con el jefe dentro del calabozo con el farol a querosén y se pasaban las horas. Si uno se arrimaba con cuidado a la puerta de fierro sólo se escuchaba un murmullo de vez en cuando. Pero no parecía una charla o una lección. Más bien una confesión. ¡Vaya a saber!

”Eso duró una semana y dos días y medio más. El martes a las doce fui, como todos los mediodías, con la viandita para tres que prepara doña Argentina, que ese día se le había dado por el osobuco. Así que llego medio al trote para que no se enfríe la comida y fijese que no encuentre a nadie en la comisaría. Espero un rato como manda el Reglamento y nada. Me pongo a almorzar solo para no ofender a la comida, que es sagrada. Pasan un par de horas y nada. Decido irme al boliche, que es como ‘el centro nervioso del sistema’ –decía el comisario y tenía razón–, pero tampoco pasa nada. O sea, para hacerla corta, que desde ese día sencillamente los dos desaparecieron de General y también del mapa. El Comisario

no vino ni a cobrar el sueldo atrasado –como corresponde– de tres meses. Y Spasky había dejado como recuerdo un tablero de ajedrez con todas las piezas.”

Acá, el comisario a secas hizo un alto, más que nada porque pensó que era lo que correspondía a un buen narrador. Se veía que tenía unas ganas bárbaras de seguir hablando, pero se tomó el tiempo largo que exige un buen armado, con el salivazo final reflexivo. Somos esclavos de las convenciones, sobre todo de aquellas que sospechamos existen. Recién después continuó:

“Pero mire que soy bruto, me olvidaba de lo más importante. Es que no estoy acostumbrado a contar historias verdaderas. En la primera noche en que los dos desaparecieron (que justo venía a coincidir con el primer franco largo que me tomaba después de dos meses), alguien anduvo trabajando duro en la comisaría. ¿Vio cómo es? Al otro día nadie había escuchado nada. ¡Mire si nadie va a escuchar! ¡Habían tirado abajo nada menos que los dos calabozos, y arrancado de cuajo todas las rejas de fierro de las ventanas. Los candados desaparecieron como por encanto, al igual que el Ré-  
mington, que no era del Comisario pero tampoco de la repartición.

Me llevó como una semana acomodar todo de nuevo, hasta que quedó como usted lo ve ahora, como una verdadera oficina de Turismo. ¿Qué le parece?”

Rebusqué en mi archivo memoria una frase hecha que cerrara definitivamente la amable charla y que a la vez me ubicara como neutral en esa suerte de interna no del todo reconocida. Una frase del tipo: “El hábito no hace al monje” o algo por el estilo. Me salió: “Sólo estamos prisioneros de nosotros mismos”.

Suficiente para preparar el inmerecido descanso nocturno.

Un cloqueo monocorde intermitente. Y próximo. Un rugido gassolero, dentro de todo parejo y bastante más distante. Un relincho muy a pesar suyo. Delante y sólido un aroma a chorizo como para jerarquizar todos los sentidos. Y detrás, el silencio propiciatorio de una mañana con un sol de cosecha.

Allí me di cuenta de que estaba soñando. Porque ¿cómo podía adivinar el sol si aún estaba dormido? Los ruidos, vaya y pase. El ruido o su ausencia son el espíritu del tiempo. Para destrabar el malentendido me propuse abrir por lo menos el ojo derecho.

Una gallina bataraza en edad de merecer me miraba planamente de costado. Cuando acomodaba su cogote para apuntarme mejor, cloqueaba. O murmuraba. Apenas se distraía para picotear aquí y allá restos de algún naufragio de pan.

Aproveché el ojo abierto y seguí mirando por encima de la gallina querendona. A través de la puerta abierta asomaba la masa temblorosa de un tractor que me resultó familiar. Respecto del olor a chorizo, presumiblemente de campo, tuve que reconocer que era patrimonio de la última parte del último sueño alusivo a mi nueva situación. Aparte de la bataraza, no había nada para comer en esa, mi primera mañana en General General.

Una vez levantado del catre, no pude evitar un ramalazo de vergüenza al comprobar que había dormido perfectamente vestido. Sabía que no habíamos estado bebiendo, pero el viejo sentido de culpa era el sentimiento más adecuado a las circunstancias.

Además estaba solo. Mi comisario ad-hoc estaría de rondín por las calles del pueblo. El rugido del tractor era la cosa más apremiante por resolver. Así que salí al exterior desperezándome un tanto afectadamente, como quien representa el papel de alguien que recién se levanta. Arriba del tractor había un hombre conocido. Pensé: “El grandote adivino adivinó mi falta de rumbo”. Efectivamente.

–¿Preguntó?

–...

–Y está más perdido que turco en la neblina –aseveró apelando al clásico pampeano.

–No tanto como antes pero más adentro –le dije usando uno de mis trucos dialécticos favoritos para confundir al enemigo.

El grandote del tractor, vestido como para un combate agrario de proporciones, me asombró una vez más. Ahora con su carácter para discernir estupideces y su poder de conducción.

–Lo llevo.

–Me lleva.

–Si quiere lo llevo hasta la segunda parada de Spasky. Queda a una legua y media –y se quedó mirando con la certera ironía del que obliga al otro a sacar una improbable cuenta dentro del escolástico orden métrico decimal. El hombre de campo aún se gratifica con ese tipo de venganzas.

–Es acá cerca y...

–¡Ya sé! –salté como un poseso, anticipándome enteramente dentro de su propio terreno– y no me pregunte cómo sabía que usted sabía que yo quería hacerlo.

–Nos estamos entendiendo –dijo el grandote, señalándome por dónde podía trepar al monstruo de todos los ruidos.

Viajar enacado a un tractor así era lo más parecido a invadir un territorio no necesariamente enemigo a bordo de un Sherman.

Me encontré hurgando los conceptos de paz y guerra y viceversa. Antes, una asonada carapintada en verano en la Gral. Paz. Y antes aún, una feliz caravana de tanques en el 8 de Tanques Gral. Necochea de Magdalena a través de los campos y de todo el futuro de un colimba de veinte años. Sí, no es posible concebir en forma aislada semejantes construcciones humanas. Debe de ser por lo que no tienen de humanas.

Yo envidiaba el asiento del grandote, fabricado particularmente para su culo monumental, salvo que el adminículo se adaptase a una mutación de la especie. ¿Y qué otros cambios menos sutiles se habrían operado en la raza agropecuaria? Quizás se tratase de celos. No hay que olvidar que estas cosas están pensadas para un solo pasajero. Yo permanecía de pie, sobre una especie de estribo, agarrado como podía de unos guardabarros ideados para atajar el diluvio pampeano.

Pensé que mientras durara la travesía no podíamos hilvanar ninguna conversación como la gente excepto que ambos nos leyéramos los labios, algo del todo impracticable. Nuevo error ciudadano.

—¿Habló? —las palabras cortas gritadas de costado podían atravesar la cerrada malla sonora.

—¡Sí! —dije con fuerza, apuntando a su oído derecho.

—¿Entendió?

—No —iba a decir que todavía no, que más o menos, pero un poco más que antes. Pero la humanidad entera había descendido hasta el lenguaje simple de las palabras simples y fáciles como piedras. Estaba un poco descompensado con la ebullición nerviosa del lenguaje interior, pero no dejaba de tener su poesía.

Mientras, los brazos del titán, aferrados al escuálido volante de metal, ganaban segundo a segundo la batalla contra el camino. Había allí un equilibrio perfecto. Un momento de reencuentro con el mundo de los mortales, ese que yo había abandonado en mi adolescencia y ocasionalmente entreveo con un poco de estupor y otro de vergüenza. Debería estar contento por el hallazgo.

—¡Busque! —y fue lo último que dijo hasta completar la famosa legua y media de rastrojo, eucaliptos y algunos pinos con pinta de intrusos. Legua y media de hacer camino hacia la nada, sugiriendo la imposibilidad de volver, y no sólo retóricamente. ¿Por qué me acordé de aquel camino de Machado? ¿Por qué en pleno 2000 todo seguía machacándome los 70? ¿Por qué me estaba olvidando de la misión y qué clase de misión era? ¿Por qué las cosas y las gentes procedían de manera tal que evocaba una obra teatral improvisada y del todo ficcional? ¿Ficcional? ¿Y qué hace esta idea nueva-

mente entre nosotros y en este momento? ¿Por qué todos mis desvaríos en los últimos diez años venían a morir en la duda metafísica de la identidad entre realidad y ficción, sus fronteras y mutuas y perversas invasiones? Y sus gobiernos. El gobierno de la ficción. La realidad del gobierno, su única realidad. ¿Qué tiene que ver el gobierno con todo esto? El escape del gasoil estaría envenenándome dulcemente.

Como el “llegamos” era obvio, no lo dijo para nada. En cambio me señaló, con su dedo de longaniza, un casco de estancia en medio de un monte símil oasis que producía una sombra a esa hora del todo aconsejable.

Me dio lástima abandonar la máquina de guerra. La certeza de la tierra firme bajo mis pies no compensaba la seguridad mecánica lograda en la última hora de aventura. En fin, hay todo tipo de sensualidades.

No sabía cómo despedirme, o siquiera si debía despedirme. “Este viaje está cambiando mi personalidad”, pensé en un apretado pliegue de la circunstancia. Los viajes son para eso, me retruqué, conforme.

El grandote se despidió con un saludo monopalábrico, ahogado por la necesaria acelerada. Pudo haber dicho “suerte”, o también “fuerte” o “muerte”. Preferí “suerte”. Llevándome las manos en forma de bocina le grité lo mismo. Un empate me pareció lo más justo. De todas formas, no creo que él necesitara que alguien como yo le deseara suerte. Preferí quedarme solo del todo antes de empezar el nuevo capítulo que podría intitularse “El ataque a la estancia”.

Estancia era un decir. O un ridículo imaginario escolar. O quizás esa era una verdadera estancia ahora, Argentina 2000. Esa fue la reflexión a la que me precipité cuando arribé al caserío.

El primer círculo representaba un museo mecánico-agrícola-industrial. Se trataba de una verdadera exposición de máquinas, ruedas de fierro sublime, arado de rejas de campo más duro que los de ahora, motores mostrando impudicamente sus cilindros y cigüeñales, en fin, científicismo puro de la tracción y del dominio férreo –dicho sin metáfora alguna– del hombre sobre natura.

Además, el primer círculo representaba una corta exposición socioeconómica de nuestra historia reciente, digo, desde la derrota, bien que episódica, de la tracción a sangre y la madera. Por eso era el primero, el de los fierros más nobles, sin plásticos equívocos. Los rayos de las ruedas ciclópeas, torneados exquisitamente, los engranajes semienterrados rebosantes de salud, muertos vivos, con sus aristas sin mella; mecanismos de transmisión frescos,

fáciles, ingeniosos, infalibles, eternos. ¡Hasta el óxido los embellecía! Esa máquina enfrentaba a la naturaleza desde su propia naturaleza, siendo parte de ella y no su enemiga, dándole a aquella otra parte toda su posibilidad y respeto.

Podríamos estar hablando de la década del 10 o del 20 hasta la del 50, época de conservadores, incluyendo en el concepto a los radicales. Época de oro burguesa si la hubo. Única. Granero del mundo. Quinta flota de los siete mares, diría mi viejo. No se podía caminar por la casa del tesoro de la nación, diría Perón. ¡Oh chatarra opulenta! ¡Paraíso viviente de cuanto ciruja ha sido concebido! Si un cataclismo universal redujese a polvo toda la civilización y sus construcciones mecánicas, incluyendo su tecnología mecánica, sólo sobrevivirían orgullosas las de esta generación, pensadas precisamente para burlar al tiempo. No sólo proviene de estos días la especie de que la historia se ha detenido porque llegó ya donde debía. Las máquinas de esa generación, al igual que la ideología que las inspiraban, reflejaban sin tanta alharaca como ahora que por aquellos tiempos el capitalismo y Dios eran lo mismo.

El segundo círculo era del todo previsible. Es increíble cómo las herramientas concentran toda la cultura de una época. Esta época podría reemplazar a sus sacerdotes simplemente por estos objetos. O por lo que queda o se insinúa de ellos. En primer lugar los asientos despanzurrados, que muestran sus feos interiores. Entrañas de un material indefinible, seguramente sintéticos, recreando una suerte de arcada de la cosa sobre el viandante. Los gallardos fierros devinieron en alambres más carcomidos que aquellos, pobrementemente bañados en un níquel vergonzoso. Hasta el viento los doblaba con facilidad. Finalmente hicieron su aparición los fríos e impersonales acrílicos. Opacados por la humedad y la tierra, observaban el paso del tiempo con la estúpida superioridad del material invencible, quinta esencia del progreso humano.

Pude haber inventariado a su vez las distintas generaciones de este último período, hasta llegar a la insólita actualidad de la chapa de papel, del transistor contaminante y de la bolsita masiva de plástico. De hecho, los últimos metros semejaban un fantástico cementerio de bolsitas de plástico con diversos logotipos, flameando en libertad. No hay nada que entristezca más al campo, a los bosques e incluso a los desiertos que la grosera provocación del plástico en su estúpida forma de bolsa al viento. Esa cosa de llevar, barata, despreciable, en la base de sustentación de la vida ciudadana. Y de su música perversa. Sabemos que cuando todo termine sólo nos heredarán estas formas.

Semiborracho por estas reflexiones casi tropiezo, finalmente, con lo que en sus buenos años habría sido el casco de la estancia. No lo supe enseguida, pero en realidad ya estaba caminando por el casco de la estancia. Más bien se trataba de la falta de ese casco. Era un lugar vacío, señalado aquí y allá con referencias edilicias de lo que inevitablemente ha sido destruido y no talado por el tiempo. El centro venía a estar representado por un techo milagrosamente sostenido por viejos postes de tronco. Tenía el aspecto de una carpa. A su alrededor, se contabilizaban varias decenas de metros de terreno trabajado. A medida que me internaba en esa falta de construcción, iba identificando distintas plantas comestibles. Un cuadro de rabanitos, otro de lechuga, más allá un primoroso surco de tomates convenientemente amarrados a una estructura de cañas. Quizás pimientos y, por supuesto, choclos. Se trataba de una verdadera venganza de la planta sobre la civilización. La casa se había disuelto en sus primitivas composiciones químicas.

Pero también era la forma que tenía la naturaleza de testificar a favor del hombre. El hombre estaba allí por todos lados.

Y justo cuando iba a probar con un tomate relativamente pin-tón, la voz me detuvo.

–Le sugiero las habas. A los tomates todavía les falta. Como se sabe, todo es una cuestión de tiempo y oportunidad.

–Creí tener la mía antes de saber del hortelano.

–Bueno, no soy un can, si a eso se refiere, y todavía no sé si un hortelano en serio. Y no me pregunte más de la anécdota porque es lo único que sé. Los lugares comunes son de utilidad esencialmente práctica.

El hombre llevaba su larga barba con excelente dignidad. Todo en él giraba en torno a la barba, o, mejor dicho, a lo que ésta nos hacía acordar de historias pasadas. Blanca, desordenada en su caída sobre el pecho amplio, resaltando los ojos insólitamente celestes, enmarcando el resto de la cara apenas tocada por las inclemencias del tiempo. La barba se adueñaba del hombre y de su filosofía. Esta última seguía brotando como parte de un simposio que podría haberse titulado “Acerca de los hábitos del hortelano no vegetariano y su fiel compañero”.

–Además, yo dejo comer. Es más, insisto en que el otro coma. No tomates verdes precisamente. Pero eso es un detalle. De lo que se trata es de no subestimar al perro. En todo caso, no fue sorprendido: sabía que usted estaba viniendo. Es el curso lógico de los acontecimientos. Este fue el segundo paradero de Spasky y de su propia investigación, por llamarla de algún modo.

–Sí, a esta altura todo esto se parece a una persecución policial.

–Es que nuestro país se ha transformado en una cuestión básicamente policial.

–No se por qué presiento que ese tipo de sentencias son de reciente adquisición.

–No me avergüenza reconocer lo aprendido de Spasky. Me sorprende haberlas ignorado ex profeso durante tantos años. Al igual que el sentido de la autocritica, como fácilmente puede apreciarse.

Dicho lo cual, me tomó de un brazo, amistosamente, o todo lo amistosamente que pudo, y nos trasladamos hacia una pequeña cabaña que estaba perfectamente disimulada detrás de unos insólitos tamariscos. Pero no estaba disimulada detrás de ninguna falsa ideología, que viene a ser lo más importante.

El lugar era agradablemente confortable. Uno de esos lugares donde las cosas no te asaltan. Están allí para agrado del hombre. O de esa parte del hombre que tiende a ignorar las cosas, precisamente. Por ejemplo, las sillas, ligeramente ladeadas al sol de la mañana, dejando que sus rayos dejen ver el venerable polvo acumulado. La mesa, con los restos de desayuno mostrándose agradecidos. El hombre, o al menos ese hombre encajaba allí perfectamente, o sería menos mecánico decir no que encajaba sino que danzaba.

Imponía respeto la biblioteca atiborrada de libros verdaderamente leídos, mal dispuestos por relecturas a destiempo. Un lecho, porque sería injusto llamarlo cama a secas, convenientemente ahuecado al centro, cubierto por unas mantas hechas manualmente. Una especie de fogón casi en el centro de la estancia, del que emergía, altivo, un calentador Primus, como una seria imposición a determinadas costumbres que debieran dejar paso a otras más modernas y no por ello menos costumbres.

El único inconveniente a la vista era que todo estaba pensado para uno. No alcancé a elaborar ninguna teoría que, a partir de ese descubrimiento, pusiera en tela de juicio mis exámenes anteriores. Sin embargo, tenía el tiempo –quizás otorgado ex profeso– para gastar en tamañas reflexiones, porque el barbudo se tomaba el suyo al parecer saludando o pasando revista a lo que a todas luces constituía todo su patrimonio terrenal. Sedimentada que hubo la situación, y bajo la atenta presencia de sus cosas, comenzó la charla:

–El muchacho andaba buscando a su familia, creo. Al menos fue lo que dijo cuando llegó a la estancia. Cuando La Romilda era



una estancia. Alguien –después supe que había sido el Comisario antes de perderse en la pampa– le había sugerido que yo podía ponerlo en la pista. Creía tener, y en esa medida sí que la tenía, cierta evidencia de su natalicio por estos pagos. No sé, un zapatito o algo así. Pero le confieso que esa parte de la historia siempre me pareció muy elaborada, como metida a martillazos.

La cosa es que el caballero cae muy respetuoso, muy humilde, pidiendo permiso. Eso fue lo que me convenció a ayudarlo. Mire que le estoy reconociendo, indirectamente, que yo no era muy solidario que digamos. Sí, eso de que la gente de campo ayuda a todo el mundo es un cuento chino. O a lo mejor me impresionó el insólito hecho de que los perros no le ladraran. Y aquí me tiene, dándole excusas a usted, otro extraño, de mis cambios de conducta a solo segundos de conocerlo a Spasky. Parece que se trata de una experiencia religiosa. Tal vez lo sea.

El caballero se presenta de forma bastante rara. Me da la mano y me dice: “Spasky ... para servirlo, o bueno, el nombre que sea, pero igual para servirlo. O sea que soy Spasky, pero en busca de mi verdadero nombre. Y estoy acá porque creo que usted me puede ayudar”. Y después viene la historia que usted ya debe conocer, si no, no estaría en mi casa. Historia bastante fragmentada e inverosímil. Lo curioso es que mi contacto con ella era del todo irrelevante. Parece que en La Romilda trabajó un matrimonio, allá por fines de los sesenta, con un nene chiquito. El padre rubio, grandote, la madre petisa, aindiada. Parece mentira la cantidad de parejas que acá en el campo se acercan a esa descripción. Y bueno, esa gente habría desaparecido de golpe y porrazo, y el pibe habría quedado en banda. No sé cómo se enteró este cristiano, pero se le había puesto en la cabeza que se trataba de él mismo. Se acordaba de un caballo y de un tanque australiano en un fondo de eucaliptos. Otra imagen estándar.

Yo de entrada le dije que no sabía nada, y noté el impacto en la mirada del muchacho. Así que me arrepentí en el acto. Después di vueltas con el asunto del matrimonio de caseros, que dicho sea de paso tampoco trabajaban más por estos pagos. Nunca estuve muy atento a la vida familiar de la peonada, pero por más que me concentraba no lograba recordar a aquella gente con un chico a cuestas. Menos con un chico rubio. Recuerdo que a medida que charlábamos los hombros se le vencían ligeramente. O es lo que me pareció después, que fue lo que debió ocurrir. Bueno, lo hice pasar y se sentó a la mesa, mirando a campo traviesa por el ventanal de la sala. No me quedó más remedio que invitarlo a quedarse unos

días y que hiciera las gestiones que quisiera. Se acovachó con el resto de los peones, que por esa época eran más de veinte.

Spasky vivió por espacio de quince días en La Romilda. Fue cuando, precisamente, dejó de llamarse La Romilda. Spasky se integró de tal forma a las tareas diarias, que llegó un momento en que nadie quería mover un dedo si no lo hacía con este muchacho. Se levantaba a las cuatro con el resto de la gente y se quedaban tomando mate y charlando entre ellos. Bueno, charlando. En realidad se trataba de pequeñas conferencias. Casi asambleas. Me tendría que haber dado cuenta enseguida.

Pero fue leal. Una mañana se me acerca y me dice: "Le va a llegar un petitorio. Son cosas que pide la gente" Largué la carcajada, no sólo por lo absurdo de la idea, sino porque ni había nada que pedir, ni nadie que se atreviera a hacerlo. Lo que me hizo cambiar fue la mirada de él. No era de soberbia. Era una mirada tan cargada de afirmación, tan llena de fuerza y convencimiento, que no pude sino reconocer inmediatamente que en algún lugar yo estaba haciendo algo mal. Y desde cuándo.

Mucho tiempo después pensé que, en realidad, siempre había esperado que esto terminara de alguna forma. Quiero decir, se trataba de una vida metida dentro de otra. Yo dirigía la estancia, cosechaba, vendía, hacía y deshacía, pero siempre tenía otro tipo dentro de mí con posturas escépticas, gestos irónicos, frases malditas. No cedí La Romilda a ese experimento ridículo de la Comuna de Productores Libres por convencimiento, ni menos aún por temor frente a algún tipo de presión u amenazas. La cedí porque Spasky me lo explicó.

Fue durante tres noches consecutivas. Nos sentábamos afuera, resguardados en el gran porche, en unos sillones de quebracho. Los grillos y las cigarras cantaban para nosotros. También el viento fresco del campo. Spasky no me habló de política, me habló de la vida. De cómo debemos encontrarnos nuevamente con nosotros. O eso fue lo que yo le entendí. Y fijese que él era un pibe comparado conmigo. Y lo hacía de tal forma que daba la impresión de que era yo el que aportaba esas ideas. También sabía que él mismo no pretendía nada con todo eso. El seguiría buscando. Y yo, supongo, comencé a hacerlo desde aquellas grandes noches.

Al principio me fue mal. Me acuerdo de que un día carneé un novillo porque sí nomás, y me les caí con un vino reserva del mejor. Claro que comimos y chupamos hasta reventar, pero no pudimos charlar de otra cosa que no fuera de la lluvia, de que hacía falta arreglar el molino, y vuelta de la lluvia. Era como que yo quería decirles algo, pero no me salía. Recién al final Spasky propuso un

brindis, que decía más o menos así: “Brindemos porque la tierra nos recupere”. Sospecho que de alguna forma los otros (¿y por qué no yo mismo?) lo veían como a un santo. Algo que la iglesia nos vendió y mató al mismo tiempo. Porque es muy probable que los santos sí existan. No van con halos, ni en sandalias, ni con esas chucherías marquetineras. Van simplemente entre los hombres, hablándoles, para que recuerden que son hombres.

Un buen día, Spasky siguió su rumbo. Y fíjese lo curioso, nadie lo lamentó, en realidad. Claro que se lo extrañó, pero no con pesar. Al poco tiempo comenzaron las transformaciones. Y más transformaciones sobre lo transformado anteriormente. Tuvimos momentos muy atrapados por el delirio. Repartíamos entre todos hasta los juegos de cucharitas. Destruimos todo lo que funcionara con pilas y las parejas y matrimonios sanamente constituidos comenzaban a disolverse en la asamblea permanente. Los sumisos de antaño parecían senadores de la antigua Grecia. Los que querían dormir dentro de mi casa ya no pedían permiso. El trabajo, claro, se resentía día a día. Pero todos nos comprometíamos a levantarlo a la mañana siguiente.

Hasta que una buena noche nuevamente todo comenzó a cambiar. Parecía que el fantasma de Spasky hubiese retornado subrepticamente. Me di cuenta cuando un ex peón me trató nuevamente de “señor”, que si me hubiera dicho “patrón” hubiese pensado que era una cargada. Otro aportó que la Comuna era bárbara, pero que si no sembrábamos en esos días jodíamos el año entero. Yo dije que la Comuna estaba para sembrar.

La historia es más larga, pero le digo el final. La mayoría de la peonada, a medida que hacía unos mangos, hacía el monito y arrancaba para otras latitudes, probablemente a algún campito de su propiedad.

Eso sí, lejos de General General. Hubo un par que se dedicó a la docencia, pero también se fueron, aunque no tan lejos. Y hasta tuvimos un borrachín, que desertó del campo pero no del pueblo. Por ahí anda. Dice que es el secretario adjunto de la Comuna. Pero lo dice con cariño y cuando se pasa definitivamente del otro lado. Todos terminaron yéndose de un campo rendidor como él solo, prácticamente de ellos, que se veía a la legua que tenía mucho más para dar. Fuimos los primeros en aplicar industrialmente lo que ahora llaman “orgánico”: practicábamos técnicas de riego traídas de Israel y de Ucrania; sistematizábamos el trabajo operativo y administrativo desde Internet. Empezaron a venir de otros campos a copiarnos o a aprender de nosotros, que no es lo mismo.

No sé. Creo que en el fondo ellos estaban convencidos de que la tierra ésta no les pertenecía. Creo que Spasky lo hubiera llamado no la metafísica del ser sino la metafísica del tener.

Así que cuando quedé definitivamente solo, terminé de regalar lo que me anclaba a mis varios pasados, me dejé la barba, como siempre había querido pero no animado, y me dediqué a leer y a pensar lo que leo.

A veces le hago a la escritura, que no es lo mismo que escribir. Yo me entiendo. ¡Ah! y resisto desde mi huerta.

Recién en ese punto del relato, a todas luces punto final del relato, las cosas que me habían sorprendido por su existencia cobraban la auténtica vida de cosas en nuestro cosmos. Entraban cómodamente aquí. Y se trataba de una verdadera presencia. El hombre, de quien aún no sabía el nombre, se acariciaba la barba pensativo. Se veía que no estaba acostumbrado a contar a extraños semejantes historias, fueran éstas verídicas o imaginarias. Quizás dudara del papel que él mismo se había asignado en esa historia. Tal vez alguna ausencia notable. Todo lo que fuera su familia, su mujer e hijos, habían desaparecido en esa versión. Más adelante podrían reaparecer.

Debo reconocer que la ensoñación me había atrapado. Cuando el relato y el relator son buenos, es mentira que uno se olvida de uno mismo. Sucede lo inverso. Uno se acuerda, compara, se proyecta. Escuchando cada palabra y sin perder detalle, reviven otros hombres, otras imágenes tan distintas y tan exactas con lo que el otro cuenta o inventa.

—Es lo que yo llamo la magia de Spasky —me sorprendió leyéndome la mente—, que de ser el gran protagonista de la historia ha desaparecido sin pena ni gloria.

Iba a preguntar de qué historia había desaparecido, de la contada o de la otra, que también estaba por contarse. Todo es aire en movimiento.

—Quiero decir que nunca pudimos ayudar al muchacho en lo que respecta a su verdadera identidad. O ponerlo sobre alguna pista de sus padres, hermanos o parientes cercanos. Tampoco dejó dicho cuáles serían sus próximos pasos, pero seguro que allá no volvió —dio un cabezazo que apuntaba al nornordeste—. Yo que usted pregunto en los viejos talleres del ferrocarril; sé que no están en la trayectoria lógica de Spasky, pero sí en la política. Además, por muchos años ese lugar fue el cerebro de General y alrededores.

–No le pregunté si jugaban al ajedrez con Spasky. Creo que de alguna manera está íntimamente ligado a esta historia. Pero es casi una cábala.

–Iniciamos una partida y no llegamos a finalizarla. Lo sorprendí con una apertura que él no conocía. Fue de lo único que no hablamos nunca: de esa partida. Quizás la usáramos para mandarnos algunos mensajes. Una noche, con mi torre le di a entender que era mejor esperar. Pero él no estuvo de acuerdo y decidió cambiar nuestros mejores peones. Estaba orgulloso de que lo llamáramos Spasky. Es difícil encontrar gente que esté contenta con el nombre que le pusieron.

–En su caso fue un acto de necesidad y también de cierta veleidad artística de la que presumíamos por aquellos años. Porque fui yo el que le puso ese nombre.

–¡No me diga que usted es quien es! Lo mencionó un par de veces. Creo que hablando de los padres posibles.

–O de los reyes posibles y sus muertes.

¿Quién quiere esta lluvia? ¿Por qué la madre Naturaleza intenta comunicarse conmigo de esta maldita forma? ¿Por qué odio la lluvia? ¿Por qué el campo? Pude haber elegido un millón de formas distintas de perderme en la nada. Varias veces lo ensayé en la ciudad, en mis ciudades preferidas. En mis barrios de ultratumba, de noche, solo y triste. Y final. El Gordo Soriano escribiendo sobre el olvido. Nuestro olvido querido. Como la almohada que usamos para no dormirnos sobre ningún laurel.

Se hace camino al andar, al andar se hace camino y al volver la vista atrás verás un sendero en el rastrojo mojado que tardará sólo un rato en olvidarme. Un rastrojo mecanizado exactamente a cuarenta centímetros de este suelo pampeano que supimos ignorar. Un rastrojo mutilado, despreciado, utilizado nada menos que para alimentar a medio mundo, pero sin darle el más mínimo crédito. Un resto maldito, útil sólo para las ratas y los viajeros perdidos. Para testimoniar que van hacia algún lado, presumiblemente el poniente.

Un mar amarillo en calma chicha se extiende a mi alrededor. La lluvia copiosa cae sobre los muñones contranatura, que a esa altura ya no extrañan a sus trigales. Quizás sólo aquel movimiento, aquellas olas doradas, que la rigidez del tallo impide. El vaho a pasto mojado es único, viene para quedarse. Empalaga el andar. Lo asocia con el chasquido blando que producen mis pasos al quebrar la inexistente resistencia de esta alfombra sosa. Por momentos pienso que puedo caer en un pozo y partirme el pescuezo. Pero el

llano es aquí la verdadera entidad. Un pozo sería todo un fraude. Hay que convencerse de esa idea.

Podría estar más mojado. El viento debe de estar secándome mientras me sigo mojando. Tal vez se trate de una cuestión de prioridades. Mientras siga perdido no me sentiré tan mojado.

El barbudo, cuyo nombre quizás nunca sepa, y que a los efectos que pudiera corresponder de aquí en más llamaré Comunero, me había indicado un rumbo en la presunción de que yo sería todo un *boyscout*, o un guerrillero agrario de los sesenta. De más está decir que en General no hay señalamientos de ningún tipo. Una especie de anonimato socialmente extendido. Por la zona de los comuneros o ex comuneros podría justificarse hasta la falta de alambrados, por obvias razones. Pero la idea se había desarrollado a todo el orbe restante. Estaríamos recuperando el globo terráqueo de la invasión del hombre. Por no decir de los burgueses agrarios. O las siete plagas ya habían hecho lo suyo y todo, simplemente, estaba desaparecido. Sólo habían dejado el rastrojo y la lluvia que moja el rastrojo, y a un tipo que lo surcara oblicuamente a ningún lado.

El Comunero me dijo que iba a tropezar con las vías del ferrocarril, y que a partir de allí era pan comido. Se refería tautológicamente a que ese era el camino. Ignorando el hecho de que en realidad son dos caminos. Aunque, pensándolo bien, es seguro que no lo ignoraba.

Fallé al entretenerme con la pseudo semántica discusión de si tenía que llamarlo ferrocarril o ex ferrocarril. Fallé porque no vi las vías, y efectivamente cumplí el designio de tropezar con ellas. El rastrojo es vengativo con el hombre. Seguirá su lucha hasta taparlo todo.

Decidí tomar por la derecha. En parte los rieles sobrevivientes atacaban la poesía del entorno incontaminado, en parte le ponían otro acorde. Un delicado trazo que sugiere un destino. O que lo exige.

La canción del linyera me atacó de entrada y ya no pude librarme de ella mientras duró la caminata. El sol de la tarde intentaba esparcir las nubes y extendía sus dominios en zonas enteras del cielo. Zonas liberadas. La pureza y la calma después de la batalla. Desde el terraplén apenas elevado, yo participaba de todo el entorno celestial. ¡Cuántas batallas habrá que no conocemos! ¡Qué solo está el hombre! ¡Qué inútil es la palabra!

Ninguna nube como la gente vino en mi auxilio. Quizás lo mío ha sido siempre el gris, el natural y el otro. También el imaginario. Una larga vida gris. Gris compañero. Así que tuve que seguir ca-

minando, mirando esta vez para abajo. Las vías del ferrocarril son una forma de tiranía.

Un mundo dentro de otro. El síndrome de las cajitas rusas, con perdón de la palabra. Los mundos yuxtapuestos de Asimov. Como se sabe, las vías no sólo unen, también alejan. Y separan. Seccionan. Aquí trazaban una frontera entre el universo agrícola ganadero y el otro. Ese que tal vez nunca existió.

Esta última variante sería un problema para explicar por qué se levantaba contra el horizonte de agua una inmensa mole de ladrillos, a modo de catedral pagana. Resultaba del todo ilógico, pero daba la impresión de que en ese muro terminaba el campo, absolutamente.

Llegué hasta su base. Parecía un caballero que hubiera chocado contra el castillo de un ignoto rey, allende los territorios conquistados. Me sorprendió la falta de foso. Pero puentes colgantes quizás hubiera. No tuve más remedio que comenzar a circuncaminar el fenómeno. De vez en cuando, un par de rieles penetraban en el edificio. Pero lo que debería ser una puerta o un portón se encontraba bloqueado por una símil construcción estándar. Se podía pensar en que la obra de refacción no era tal, sino más bien un intento de disimulo mal logrado, casi un mamarracho. Allí estaban las vías, muriendo en una estúpida pared. Aquí la pretensión de prolongar una hermosa arquitectura de magníficos ladrillos, rojos, potentes, eternos. Se podía tratar de una venganza, pero es probable que a esta conclusión haya llegado con posterioridad. No sabía qué estaba por comenzar, pero no era un buen comienzo.

Debo de haber caminado bastante. Ahora tenía el sol a mi espalda, y no recordaba haber doblado en ninguna esquina. ¿Y si en toda la construcción no hubiese aberturas? Tendría que haber marcado con una tiza el inicio de mi camino, método un tanto infantil pero efectivo. Estaba lamentando la falta de apego por las lecturas de fábulas, cuando encontré la puerta. Se trataba de un fiero chapón de hierro oxidado hasta el cansancio. Lucía impenetrable, con sus remaches agresivos. Quizás su fuerza se concentrara en el hecho de que se trataba de una puerta concebida para enanos, y alejaba todo intento por vulnerarla.

No hizo falta. Apenas la empujé se abrió sin estrépito. Sin dudar, me interné en el otro mundo, aunque para ello tuve que agacharme considerablemente.

Hay que imaginarse un cielo techado, con cabreadas que se pierden a la altura ideal de ciertas nubes interiores. Un horizonte

de ladrillos ahora oscuros, cavernarios. Una estancia llena de ecos que quizás seguían multiplicándose desde años atrás. La luz entraba en forma de columnas macizas por unas supuestas ventanas ubicadas demasiado alto, y se perdía en la distancia. Por alguna razón cromática, todo a mi alrededor flotaba en un azul fuerte, un azul prusia o similar, y los corpúsculos que flotaban en el aire, suspendidos por la refracción de la luz, parecían la solución de una gran pecera. Estaría sumergido en un estanque sin saberlo. O sí.

El piso era de adoquines de piedra, finamente colocados, sin sobresaltos ni interrupciones. Serían grises o rojos, como las viejas calles de Buenos Aires. Aún así, estaba seguro de que no me encontraba en la capital de orbe alguna. Aunque me resistiera a creerlo, estaba en un inmenso taller diseñado para fabricar o reparar elementos no menores al eje del planeta.

Debo de haber andado vacilando entre esa tenue penumbra un tiempo considerable. También noté que la dimensión del tiempo se ajustaba a tamañas realidades. O mejor sería decir se desajustaba. Creo que escuché voces humanas más por deseo que por simple hallazgo. Provenían de un extraño ámbito.

Se trataba de un pequeño departamento, modestamente amueblado, pero aparentemente con lo necesario como para enfrentar la rutinaria vida de hogar. Porque se trataba de un verdadero hogar. La cocina provista de un moderno artefacto a querosén; una alacena suspendida, con tarros de alimentos primorosamente etiquetados; una mesada de hierro forjado demasiado pesada para su modesto uso, y, en fin, una típica mesa pequeña, de patas rígidas e inquebrantables, cuadrada y lisa, con restos de masa con que se elabora el famoso pan. Detrás de un breve cortinado se podía adivinar la pieza, la que gozaría de los mismos atributos que su hermana menor. Tal vez un gran espejo en forma de luna suspendida daría más personalidad a lo tan remanido, y una cama no tan ahuecada al centro.

Claro que todo esto adquiriría una perspectiva especial por hallarse absolutamente desprovista de paredes. Es decir, por ser sus paredes las de la monstruosa construcción antediluviana. Se asemejaba a un departamento de utilería en un escenario también de utilería de alguna obra de teatro expuesta permanentemente.

Las cuatro personas estaban reunidas alrededor de la mesa y charlaban en voz demasiado alta, como si cada uno se hallara separado del otro por distancias insalvables. O como si estuviesen compenetrados de las distancias que los rodeaban y hablaran para un público en la periferia de la verdadera casa.



El eco deformaba la conversación. Por momentos, daba la impresión de que los diálogos se superponían. Quizás, más simplemente, hablaran a la vez, una práctica no necesariamente oriunda de tamañas latitudes y escondrijos. A medida que me acercaba, podía reconstruir los discursos. Parecía que estaban practicando.

“Lo que resulta totalmente inadmisible... agravado por el hecho de que es el segundo Libro de Actas que desaparece”; “Lo que no equivale a que desaparezcan las conclusiones arribadas...”; “Ni su Secretario respectivo... dicho esto con un dejo de sorna, claro”; “Digo, es delictivo”; “Delito es la apropiación, incluida la intelectual” “No es que intente rehuir a una discusión, pero insisto en que acá se trata de la ruptura más elemental...”

Acá llegué yo. Tengo que decir que ninguno se sorprendió en lo más mínimo. Se podría pensar que me estaban esperando. Sólo me saludaron con movimiento de cabeza, que incluía la invitación a sentarme y, de hecho, a compartir una polémica que parecía provenir de bastante tiempo atrás.

Al momento de sentarme sufrí la falta de paredes, es decir, de cierta contención edilicia. Un hombre de las cavernas hubiese sentido lo mismo. En el centro de la mesa había, dibujado toscamente, un tablero de ajedrez donde resaltaban las casillas “negras”, pintadas con un fuerte rojo. Tapado apenas con una pátina de harina seca, aparecía una leyenda en gruesos caracteres símil góticos: “La fraternidad piensa”.

Automáticamente busqué algún indicio de Spasky en los alrededores, pero de momento eso era todo. Mi vista se perdía en la distancia, y no sólo mi vista. Probablemente también mi ánimo. No podía concentrarme en la discusión en curso, o en la representación de la obra, o en lo que ese grupo estuviese haciendo. Alguien puso sobre mi hombro una mano grande como una grúa. Se sentía cálidamente amigable.

–Sepa disculpar, compañero –el dueño de la mano también hablaba cálidamente–; nos cuesta interrumpir una discusión como ésta, de gran importancia. Pero no somos descorteses con los forasteros. Faltaríamos a un principio ético fundamental.

–Por eso votamos un cuarto intermedio –acotó un petiso con voz de falsete– hasta darle la bienvenida e instalarlo.

–Puede arrimarse a los salamines si gusta –agregó un tercer miembro, flaco y alto como un mástil. Parecía una competencia de cordialidad, que de alguna manera estaba vinculada a la postergada discusión.

–¿Y por qué no a un vinito? –completó obligadamente el cuarto en discordia, un hombre trajeado con un feroz pañuelo rojo y negro asomándole a borbotones desde el pecho.

Esto último tuvo el efecto de una campanada. O el de un armisticio de sólidas bases. Todo el mundo se levantó y a los pocos segundos regresó a sentarse a la mesa pertrechado de sendos vasos de dimensiones acordes con el entorno. No eran de cristal. Y el vino de que gozaban tampoco sería de primerísima línea. Aunque uno nunca sabe.

El cuarto intermedio era generoso en tiempo y forma. Los contendientes o actores contendientes se comportaban extremadamente cariñosos entre sí. Y ese fluido también me envolvía. Ahora reían y bromeaban. Estaban hambrientos, además. Y como ocurre en circunstancias parecidas, calmada que hubo la primera oleada de animal requerimiento, comenzaron a observarme.

–Sabemos a qué se debe su presencia en estos parajes, compañero –el de las grandes manos disparaba el apelativo a cada oportunidad–. De alguna forma lo estábamos esperando –dijo esto último sin pedir consentimiento del resto, pero lo tenía–; en fin: bienvenido.

–Bienvenido a Grandes Talleres Ferro-General –apuntó el Petiso con sincera veneración.

–Último Taller Sobreviviente –el bocadito del Flaco.

–Donde anida la Resistencia y La Fraternidad vive –el trajeado cerraba la idea.

Pensé que me tendría que acostumbrar al diálogo en forma de ronda. Parecía una mano de truco. Ahora tocaba mi turno. Pero preferí el recurso de irme al mazo. Para algo están las reglamentaciones.

Pensé que el cuarto intermedio incorporaría la tradicional siesta provinciana como una prolongación del mismo. No llegué a percibir que en ese ambiente todo formaba parte de un cuarto intermedio que separa dos trozos de asamblea, o de una asamblea que separa dos cuartos intermedios. Más o menos como la guerra y la paz mundiales. Sea como sea, a las catorce horas, exactas, sonó una sirena sólo comparable con la del Titanic, finalizando la jornada laboral. Me di cuenta por la automática distensión en los rostros. Se diría que guardaban los rictus y las poses para más tarde, para cuando fueran necesarias nuevamente. Como el trozo de mendrugo que acovacha el preso.

Ahora de civil, el Compañero se ofreció a una recorrida guiada. Mientras los otros iniciaban sus prácticas domésticas, como prepa-

rar la comida o asear la cocina, nosotros nos alejamos con un rumbo incierto. La recorrida incluía, lógicamente, la historia del lugar y alrededores. El Compañero habló siempre mirando para adelante, con tono exageradamente docente.

“Hace apenas unos años, acá trabajábamos más de quinientos obreros. Fabricábamos y reparábamos material ferroviario. Se llegaron a fabricar, inclusive, máquinas locomotoras diesel. Aunque ésa es una historia dentro de otra. Una especie de desafío con la anterior generación de trabajadores que, según ellos, también habían fabricado de la nada una locomotora a vapor. Nada oficial. Quedó como una travesura entre nosotros. Los ingenieros engrasaban el mameluco como cualquier hijo de vecino. Los mecánicos reparaban las máquinas que producían máquinas. Parecíamos dueños absolutos de todas las posibilidades de la creación material. Había broncas, claro. Todo tipo de broncas. Una vuelta estuvimos en huelga como tres meses, y terminamos enfrentando al Ejército a bulonazos limpios. Otra vez tuvimos que sacar a patadas a nuestros representantes en el Directorio porque se querían pasar de vivos. Pero, ¿cómo le puedo decir? Eran peleas dentro de una familia que sabíamos inextinguible. Todo lo que hacíamos era verdaderamente macizo, parte de un proyecto macizo, con una vida concreta sobre rieles, que terminaban inevitablemente, pero con la felicidad que logra lo previsto al cumplirse. Aunque este destino fuera la jubilación o el cementerio. Desde el lunes a las seis de la mañana, hasta el sábado a las trece, el mundo estaba en su sitio. El tornero, el calderero, el soldador y el trazador, el técnico y hasta el administrativo, cada uno dentro de sus fronteras, ejercía la república, el país verdadero que era también el de todos. Éramos nietos ferroviarios –porque salvando algunas viejas discusiones, todos nos reivindicábamos ferroviarios– de abuelos ferroviarios, y éstos herederos o miembros fundadores de la dinastía que arrancaba más o menos con el siglo veinte. Claro que tuvimos desertores, y primogénitos que pegaron portazos. Pero estos casos nos afirmaban más en esa cultura de ocho horas al servicio de millones.

”No ganábamos mal, aunque siempre nos quejábamos. La mayoría vivíamos en casas del ferrocarril. Los solteros en barracones y los casados en casas sacadas de una pintura inglesa del siglo diecinueve, con largas chimeneas y ladrillos rojos a la vista. Nos pasábamos el tiempo armando sociedades cooperativas con destinos inciertos. Algunas andan todavía por ahí, como la biblioteca, o la cooperativa de agua y energía. El Club se disolvió prematuramente por diferencias irreconciliables, con excepción de la cancha de

bochas, que acaba de fundirse en estos días. Quiero decir que la gente aprovechaba bien los ratos libres. Las mujeres se juntaban para hacer empanadas u obras de teatro de la vieja escuela. La radio ayudaba bastante, y la televisión también, porque nunca llegó a General General. Nunca supimos si por una disposición oficial o por un impedimento técnico. Quizás algún ilustre antepasado decidió, por la salud mental de las generaciones venideras, impedir la colonización cultural de la televisión.

"Cuando circuló el rumor, no quisimos darle crédito. Cuando el rumor tomó el cuerpo de una avalancha de mierda sobre nuestras cabezas, no tuvimos más remedio que darle bola. La privatización del ferrocarril ni siquiera nos consideró como parte a reestructurar. Ni como algo a modernizar, ni reciclar, ni nada de esa parafernalia burocrática con que nos sepultaron por esos años. No. Los Talleres de General General sencillamente no existían en sus mapas.

"Así que la gente empezó a irse por su cuenta. Tuvimos asambleas que duraron días enteros, creo que nunca salimos del último cuarto intermedio. Estaban los que proponían interminables comisiones de negociación, los que se negaban terminantemente a cualquier negociación, los que sugerían medidas de acción directa más o menos asociadas a la química de la dinamita, los que proponían una marcha tipo éxodo jujeño, no necesariamente con retorno incluido. Como ni siquiera nos pagaban lo que nos debían legalmente, muchos se organizaron para llevarse parte del taller a otro lado menos contaminado. Cuando nos quisimos acordar, el taller se transformó en un gigantesco desierto pelado. Un desierto con techo y paredes de aberturas taponadas. Y como la fiebre se transformó en plaga, también las viviendas cayeron en la volteada. Era una venganza no del todo práctica. Ladrillo a ladrillo, chapa a chapa, fueron mudándose las casas, como esos castillos que viajaron a través del océano para regocijo de los aristócratas. Nadie se detuvo a averiguar sus nuevos paraderos. Quien abandonaba el barco lo hacía sin mirar atrás y sabiendo que nunca volvería. Y secretamente preferían la soledad del exilio, esto es, no sólo mudarse del Taller sino también de cada uno de sus ex compañeros.

"Todo esto en un tiempo récord. El giro cultural nos agarró con las defensas por el suelo. Personalmente, nunca encontré una respuesta satisfactoria a algunas preguntas: ¿Cómo pudimos perder tanto sin siquiera defender a muerte aunque sea un pedazo del territorio? ¿No sería que, en el fondo, una parte de nosotros estaba de acuerdo, que compartía esa especie de sed de sangre que emborrachó a tanta gente y que vendía un destino individual mejor?"

Acá, el Compañero hizo un alto. Habíamos estado caminando en línea recta hacia lo que se suponía era la salida del taller. Aún no habíamos llegado, pero él se paró a recoger una herramienta herrumbrada del suelo. La limpió con las manos. La sostenía como sopesándola e imaginando al resto de sus compañeras desaparecidas. El rictus de indignación por el hallazgo desapareció enseguida. Se impuso terminar la historia antes de abandonar la construcción, como si fuese pecado hacerlo afuera. O como si alguna suerte de autoridad pudiese impedirselo.

“De los quinientos, quedamos cuatro. Claro que no de un día para otro. Eso fue lo más desgarrador. Teníamos compañeros que se destacaban en abogar por una “salida local”, como le decíamos al rechazo a abandonar con cualquier excusa nuestra fuente de trabajo. Bueno, esos mismos compañeros también terminaban yéndose, sin ponerlo en consideración, sin ofrecer disculpas por lo anteriormente sostenido. Sin perder tiempo en argumentaciones. Fueron oleadas. Descendíamos en número, pero ese movimiento no equivalía a consolidar nuestras propias creencias. Como si se tratara de un sustrato, de una esencia, que al heredarla tuviese mayor verdad por simple acumulación. Las últimas trincheras no se nutren, precisamente, del repliegue forzoso de las más avanzadas. Sólo recogen sus despojos, certezas del curso de la batalla, y una determinación, si se quiere más religiosa, a morir allí mismo. Lo cual no constituye ventaja alguna.

“Nosotros cuatro somos esa última trinchera. Aunque aceptamos la caracterización de que, al revés de todos los otros, real y sinceramente no teníamos dónde caernos muertos. Tal vez nuestra actitud encierre una respuesta autocrítica a lo acontecido en estos últimos años. Y ya que está, le confieso que no estamos cómodos para nada. Lo soportamos con estoicismo, y bastante aburrimiento.”

El portón de ingreso había sido sustituido por una tranquera de campo. No era un intento de síntesis. El portón sería transportable, y a simple vista podía aquilatarse su valor. Me imaginé a varios obreros predadores con el soplete oxicorte, mazas y molas atacando finalmente la puerta del cielo. O del infierno. Y sumiéndola en el fondo de la historia de un país.

Era cierto que, cuando saliéramos, la recorrida guiada y su comentario debían terminar. El Compañero, agotado por el esfuerzo y un tanto encandilado por el sol aún lluvioso de la tarde, atinó a cerrar el acto con un gesto a todo cuerpo. Extendió los brazos, encogió los hombros y alzó su cara al cielo. No creo que se estuviera

dirigiendo a mí. Mostraba estrictamente la soledad de la pampa. Porque allí donde supuestamente debió existir una pequeña ciudadela, ahora había árboles talados. Eso sí, dispuestos en perfecta escuadra urbana. Pensé en decir algo parecido a “huelgan las palabras”, pero por esta vez preferí callarme la boca.

El camino de vuelta fue más distendido. El Compañero me contó cómo la venida de Spasky coincidió con la salida de escena del último grupo “desertor”.

“Precisamente, Spasky nos convenció de que de desertor no tenía nada. Se ve que era un muchacho preparado. Es más, buena parte de las conclusiones que le volqué hace apenas un rato, seguramente tiene que ver con sus propias enseñanzas. Era un tipo que enseñaba sin proponérselo. Ahora me es difícil diferenciar qué parte del relato era auténticamente nuestro, y qué parte inspirada por sus propias reflexiones. Creo que el Flaco piensa que todo lo que pasó desde siempre es una historia inventada por Spasky para explicar por qué estamos donde estamos.

”Entre otras cosas, Spasky nos pidió que le ayudáramos a resolver una especie de acertijo familiar. Pasados los primeros días, no volvió a insistir en ello. Parecía que lo indagaba por una cierta obligación, como quien lleva adelante algo por encargo. Preguntaba por una familia con pinta de polacos, que al parecer habían vivido por estos pagos y que aparentemente habían cedido o le habían robado un pibe. Y en qué circunstancias pudo haberse dado el hecho. Fechas que era difícil de compatibilizar. Edades que no cuadraban en el relato. En fin, como dije, pasados unos días, abandonó la cosa, como con cierto alivio. Y ya se concentró en nosotros. Claro que de eso, de ese poder de concentración que él tenía, nos dimos cuenta recién cuando se fue. Mientras duró, sólo advertíamos su presencia por las cosas triviales de la vida, por los aspectos menos destacables. Así era. Cuando te dabas cuenta de que él quería pasar desapercibido, era cuando lo encontrabas.

”Es probable que la Sociedad Fraternal la fundáramos a su entera iluminación. Por lo menos, los Estatutos son de su autoría. En lo que quedó de la Biblioteca, encontró unos volúmenes de Historia del Movimiento Obrero. Decía que algunas páginas pudieron haber sido escritas por nuestros abuelos. Algunas ilustraciones parecían copias de nuestro taller. Quizás lo fueran. Insistió en retomar la vida desde aquel momento. Decía que si nosotros lo podíamos lograr, tal vez otros también lo podrían hacer. Creo que se estaba refiriendo a él mismo. Era como una máquina del tiempo. Si él podía retornar, podría volver al momento en que se estaba

decidiendo su propia pérdida, su destino. Se imaginaría que podía alterar el curso de su propia historia y, entre todos, el curso de la historia del país. Si lo hubiese planteado así, nos hubiéramos muerto de risa. Pero no hacía falta. Spasky enseñaba con lo que decía tanto como con lo que callaba. Yo creo que eso fue lo que nos convenció.

"Terminamos haciendo la Sociedad precisamente en el momento en que Spasky se iba. Se despidió agradeciéndonos por todo lo aprendido, armó su destartalada carpeta de novedades, y se fue por la vía silbando bajito.

"Claro que se nos hizo difícil. Por lo general, estamos peleándonos. Nos dividimos por aspectos a veces teóricos, a veces tácticos. No podemos eliminar las intrigas y los apetitos de poder. Perdemos de vista los objetivos centrales, y pasamos largos momentos de apatía y confusión. Por momentos, lamentamos haber iniciado la aventura; pero, según Spasky, estos avatares –que él previó puntualmente– son parte de la naturaleza humana. La parte más humana de su naturaleza. 'Tienen que tomarlo siempre desde el punto de vista de un aprendizaje' nos insistía Spasky. 'Cuando crean estar seguros, duden. El verdadero sentido del conocimiento es la crítica. Toda seguridad es conservadora, un concepto, como la línea recta, rematadamente humano'. '¿Y qué pasa si dudamos de esto que nos decís?' –un día se atrevió el Flaco, sin mala intención. 'Entonces, si fuera Cristo diría: no he predicado en el desierto. Pero como no lo soy, no dejaría de molestarme un poco'. Todo un tipo."

–Me llama la atención que no mencionaras para nada su manía por enseñar ajedrez –ni bien lo dije, me arrepentí por la trivialidad. Se suponía que era una línea de investigación.

–¡Ah! Sí, eso. Creo que no nos quería enseñar. Jugaba para él solo, y a regañadientes nos mostró algunas de sus aperturas favoritas. En algún momento, se le escuchó decir que el ajedrez había sido un error del que estaba saliendo. Pero que "antes" le había sido muy útil. De todas maneras, no renunciaba a su nombre de ajedrez. Parecía más bien una historia de amor.

–Todo se explica desde esa perspectiva. Es una historia de amor.

Cuando nos acercamos a la cocina *sui generis*, el olor a guiso carrero se materializó en un espectacular potaje acogedor, pero sólo concebido para valientes. El extraño buen vino, claro, dominaba infalible el centro de la mesa. El Petiso, el Flaco y el Traje nos esperaban con los cubiertos en las manos. Seguíamos como en un esce-

nario, lo que daba a la acción un cierto aire de ensayo permanente. Obligaba a pensar dos veces antes de hablar. Por el qué dirán. ¿Y qué dirán?

Comimos en silencio. Tenía la sensación de que, por distintas razones, todos éramos conscientes de que estábamos al final de un camino. Desde nuestras propias perspectivas, nuestro encuentro oficiaba de fin y principio. Por un momento, me sentí obligado a contarles la verdadera historia. Mejor dicho, la supuesta verdadera historia de Spasky. Tal vez en el esfuerzo me pudiera convencer de lo que estaba contando.

El almuerzo había terminado cadenciosamente. La falta de paredes próximas relativizaba la idea del afuera. Por eso la lluvia, el canto de los pájaros o la luminosidad de las nubes eran parte de otro mundo sólo posible. Quizás fue esa angustia lo que me indujo a callar.

Decidí, sencillamente, no hablar más.

Había algo que me empezaba a molestar, y me molestaba que me molestara: ya no sabía, definitivamente, qué diablos estaba haciendo en esa fantasmal recorrida por ningún lugar, entre gentes del todo extrañas, nuevas o recicladas. En un pueblo de dudosa existencia, detrás de un principio de identidad que, como se sabe, sólo se da en la lógica formal. Al menos, no creo que se de en la Argentina ésta de post-dictadura, de post-democracia, siempre de post-post.

Quizás, el curioso buen vino descubrió mi cansancio, relajó mis músculos y soltó sutiles amarras aquí y allá. ¿Quién era yo? ¿Quién era Spasky y su maldita manía de saber quién era? ¿Qué pasaría si a los miles de tipos como nosotros se nos ocurriera simultáneamente ponerse a averiguar quiénes somos? ¿Y quiénes somos los tipos como nosotros? ¿Y qué de esta gente a quienes venimos a preguntarles? ¿Necesitarían ellos saber, a su vez, quiénes eran ellos mismos para satisfacer nuestro patético reclamo? ¿Cuántos mundos entran en estos dos mundos?

Empezaba a revisar mi inquebrantable decisión de callar para siempre. La necesidad de hablar surgió, en realidad, para cauterizar el río de ideas. Tengo la mala costumbre de no pensar cuando hablo.

—Como ustedes deben de saber, estoy buscando a Spasky, un joven amigo de ideas, quien ha desaparecido de sus lugares comunes, allá lejos en el tiempo y el espacio. Tiene que ver con el reciente hallazgo de hijos más o menos robados, hijos nacidos en cautiverio y expropiados como botines de guerra, hijos con su pa-



sado saqueado y sus padres por lo general muertos, pero no olvidados. Sí, Spasky se metió en una historia de identidades falseadas. Su excusa puede ser el hecho cierto de que nunca conoció a sus padres. Anduvo rebotando en casacunas, orfelinatos y la gran ancha calle de las ciudades. En algún lugar, alguien le insinuó una historia llamada a ser protagonizada. Se adueñó de un zapatito a modo de talismán. Una idea robada a Víctor Hugo. Y se embarcó hacia unas coordenadas dictadas por la cábala y unos datos tomados de prestado por un vago recuerdo, presumiblemente inventado: un caballo y más atrás un tanque y unos árboles. Más que buscar unos hipotéticos padres progenitores, Spasky está buscando otra vida posible. Quiere descubrir cómo hubiese sido esa historia verdadera.

¿Es esto último lo que me ofende? Porque no sólo soy el que le di el ridículo nombre de un ajedrecista, que además prestaba un tipo centroeuropeo coincidente con su propio aspecto. ¿Me siento responsable de ese acto de impostación, inocente pero efectiva? ¿Ese nombre –con el que vamos a morir, afirmábamos sonrientes– fue corroyendo lentamente la mampostería montada ex profeso para subsistir en esta sociedad en decadencia que pretendíamos revolucionar? Quizás lo hizo hasta llegar a algún hueso, o simplemente al vacío. Entonces sucedió que, finalmente, se aferró al nombre apócrifo, pero esta vez sabiendo, siendo plenamente consciente de que era una mentira. Una mentira prestada. Una mentira funcional. Inocente, descuidada, calculada, pobre. Una mentira que, sin embargo, había dado interesantes dividendos. Una especie de capital que puede ir siendo intercambiado por otras figuritas.

Como muchos de nosotros, Spasky buscó su identidad en los recuerdos difusos de una Argentina distinta de este gran cráter. De un lugar joven, duro pero vital. Con padres y vecinos que iban y venían del trabajo. Con la barra blanda de la esquina, el guardapolvo y el buen puchero. La bici, la secundaria más o menos completa y un futuro a un tiro de piedra. Spasky sabe que pudo haber tenido lo que busca, que le pudo haber correspondido tenerlo. Aunque sepa que ese destino probable le fue rapiñado por el azar de las circunstancias, no por ello fue menos legítimo y, por ello, real. Queremos encontrar las posibles vidas reales que nos robaron. Con zapatitos únicos colgados al cuello o no, tenemos ese derecho. Digo, todos los argentinos.

Silencio.

–Hago una moción para que apoyemos al compañero.

–Aprobado por unanimidad.

Cuando quise acordarme, estaba de vuelta en el espacio físico que debió corresponder a la terminal de colectivos de General General. El viaje fue en una zorrita con motor a explosión, que navegó rauda por entre el pasto húmedo que se abría a nuestro paso. Fue una bella despedida del paisaje. Y de los hombres que lo habían construido. Todos tuvieron un espacio en ese trayecto del viento. Todos, y Spasky, claro. Finalmente lo había encontrado. Y había encontrado el porqué de mi errática búsqueda.

Esperé un par de horas, parado, estático. No me atrevía a ordenar algún trozo de mis autores preferidos para ver qué salía. Pero no era desidia ni desdén. Realmente me sentía cómodo ahí parado, sin hacer nada. Cuando divisé el tumultuoso colectivo que se aproximaba, un pinchazo de nostalgia me hizo dudar. Para colmo, un ¡hurra! proveniente de un lugar conocido aportó su canto de sirena. ¿Qué hacemos?

–¿Qué hacemos, Flaco? ¿Subís o no subís? –era el mítico chofer, evidentemente único en la línea única.

–Y sí, tendría que subir, pero me parece que vas para el otro lado –dije, tratando de orientarme. Mi fuerte no es la geografía.

–¡Ma que otro lado, querido, nosotros siempre vamos pa'delante!

–En ese caso, llevame. Estoy podrido de volver siempre al mismo lugar.

El estruendo del colectivo al arrancar atacó la claridad de la sentencia del chofer, pero estoy convencido de que dijo algo así como la imposibilidad de bañarnos en no sé que río. Heráclito es cada vez más popular. Menos mal.

La última imagen que tuve de General General, ya en movimiento, fue la de un ruano flaco, atado blandamente a un palenque; detrás, un tanque australiano oxidado, con yuyos que asomaban de su interior; más allá, un macizo de eucaliptos que protegería un camino, sólo sospechado. Podría haber sido perfectamente un cuadro. Pero también podía ser un destino. O una eterna búsqueda.

**F I N**